

Venerable Madre de Agreda



El Discípulo Amado
de Jesús
y el
Humildísimo Esclavo
de María



D
28

D-2

449

B.P. de Soria



1045957
SS-D 228



EL DISCÍPULO AMADO DE JESÚS
— y EL —
HUMILDÍSIMO ESCLAVO DE MARÍA

El Discípulo Amado de Jesús

Y EL

Humildísimo Esclavo de María

SEGÚN LA VENERABLE MADRE DE ÁGREDA

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



ZARAGOZA

Tip. «La Editorial», Coso, núm 86

1917

Es propiedad de las Religiosas
Concepcionistas de Ágreda.



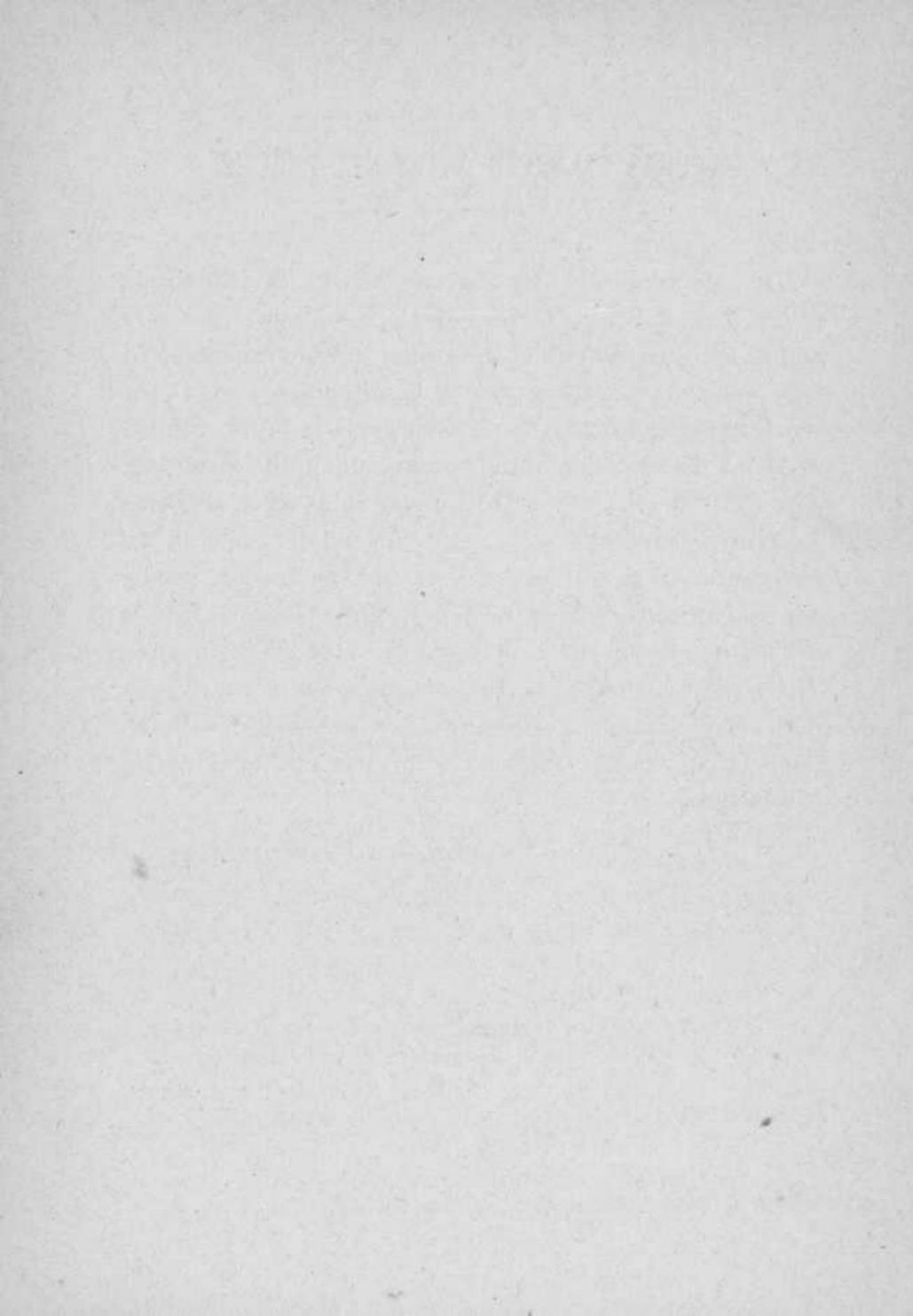
Tomado de un cuadrito que tiene una arquilla que se halla en el Convento de las Concepcionistas de Agreda, y en la que se guardan autógrafos y escritos de la Venerable Madre.

ALGUNAS PALABRAS ANTES DEL PRÓLOGO

Dejando el prólogo de este libro para la autorizada pluma del R. P. Nazario Pérez, S. J., que con tanta amabilidad ha accedido a nuestro ruego de escribirlo, sólo debemos prenotar: a) que entresacamos la presente obra de la 2.^a y 3.^a Parte de la Mística Ciudad de Dios, de la Ven. Madre Sor María de Jesús de Agreda, (edición nueva); b) que las citas de la Sagrada Escritura intercaladas en el texto están tomadas del autógrafo de la Mística, en el que se hallan anotadas por su autora, a diferencia de las colocadas debajo del texto, que son del P. Samaniego; c) y que dedicamos este libro a todos nuestros hermanos en el sacerdocio, pero de una manera especial a los socios de la Unión Apostólica y a los sacerdotes de María, Reina de los Corazones.

Eduardo Royo.

U. A. el S. M.



PRÓLOGO

Inútil sería este prólogo si se propusiera reconciliar con la Autora de este libro a los lectores, que están prevenidos contra ella. ¿Cómo habíamos de condensar en una página los tomos en folio que se han escrito en pro y en contra de la Mística Ciudad de Dios? Vea quien tenga paciencia para ello el contundente prólogo galeato que precede a las ediciones antiguas y seguirá como apéndice a la nueva; vea a lo menos nuestro opúsculo “La V. Sor María de Jesús” (1); y esperamos que se convencerá de que estos escritos, aprobados por la Iglesia como auténticos y que nada contienen contra el dogma, y alabados por tantos varones doctos y santos, no merecen el desprecio con que muchos los tratan, sea cualquiera el juicio que se forme sobre algunas de sus ideas, en que la Autora misma confiesa que se pudo equivocar.

Pero nuestro querido amigo, D. Eduardo Royo, bien conocido por sus ediciones auténticas de las obras antiguas y nuevas de la Venerable y por su activa e inteligente propaganda de ellas; y benemérito de la ascética y de la mística, de la literatura y de la historia por los tesoros que en el archivo de Agreda ha descubierto: no presenta este opúsculo a los enemigos, sino a los amigos de la admirable escritora, cuales serán sin duda los sacerdotes de la Unión Apostólica y los sacerdotes de María Reina de los Corazones; ya que el espíritu del B. Monfort

(1) La Ven. Sor María de Jesús. Sus reliquias, su vida, sus obras. Apuntes de un viaje a Agreda Bilbao. Mensajero.

que les guía, es el mismo que el de la Doctora Francisca, como acaso en otra ocasión lo probaremos. Pues a los sacerdotes de la Unión Apostólica y a los demás sacerdotes de María, que en gran número formaron parte de la peregrinación sacerdotal a Zaragoza, se ofrece este ramillete de los jardines de la Mística Ciudad de Dios.

Admirable modelo de Sacerdotes de María aquél a quien hizo primer Capellán de María el mismo Jesús; modelo completo de sacerdotes de la Unión Apostólica el Discípulo Amado del Divino Corazón, el predicador incansable de la unión y la caridad entre los hermanos y el enemigo irreconciliable de los herejes, que no quería saludarles ni comer con ellos. Su virginal figura, bien delineada en el Evangelio y en la tradición, se ilumina con nuevos resplandores en estas páginas.

La Ven. Agreda nos da luz para conocer el secreto de su formación espiritual, al descubriarnos que ya antes del Calvario se había educado en la escuela de Nuestra Señora. Y quien conozca la doctrina del Beato Monfort fácilmente echará de ver que San Juan se había formado en aquel *molde viviente de Dios*. Por eso, aun antes de Pentecostés, parece más maduro en la vida espiritual que los demás Apóstoles. El sólo permanece al pie de la Cruz, cuando los demás huyen; y sin embargo aparece como postergado en las apariciones después de la Resurrección; como si se nos quisiera con esto enseñar que el buen hijo de María no necesita de consuelos sensibles, sino que debe vivir de fe; ya tiene bastante con tener por Madre a la Santísima Virgen y acompañarla en sus dolores. Con su vista de águila será el primero en conocer desde lejos al Señor; pero no tendrá prisa por ir a abrazarse con la Santísima Humanidad, porque se siente ya unido con la Divinidad.

Y ya que hemos tocado la comparación entre San

Juan y San Pedro, completémosla con las palabras de los Santos Padres, que sacan de ella sus más excelentes panegíricos. Hablando hermosamente San Pedro Damiano de la Iglesia y de María, continúa: "De estas dos madres, y las dos siempre vírgenes, la una quiso encomendar el Señor a Pedro, la otra a Juan; de manera que bien ponderada la importancia de uno y otro ministerio parece quedar igualada la dignidad de los dos senadores celestiales. Dice a Pedro el Señor: yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y ¿acaso la Virgen Santísima en cuyo seno virginal permaneció nueve meses toda la plenitud de la Divinidad, no es también un cielo? Pues llavero del cielo hizo también el Señor en cierto modo a San Juan, cuando decretó que fuera custodio de su Madre". "A Pedro—dice otro venerable escritor de la época patristica, (Erinaldo)—le encomendó los atrios del templo, el vestíbulo, el altar de la sangre; a ti Juan, el altar del incienso y el Sancta Sanctorum."

El abad Guerrico, después de explicar la misma comparación, añade que porque Juan dió prueba de fidelidad en el servicio de la Madre incorrupta, mereció que se le confiaran los misterios de la Divinidad incorruptible.

San Efrén le compara con el profeta Elías y dice que el virgen del Antiguo Testamento fué arrebatado al Paraíso en un carro de fuego; pero el virgen del Nuevo Testamento subió recostado en un pecho de llamas, cuando se durmió sobre el Corazón de Jesús.

San Antonino le compara con San José; y dice que son los dos leones en que se apoya el trono de Salomón, figura de María.

Nuestra Liturgia Mozárabe le compara con la misma Virgen Inmaculada; y dice que los dos modelos de virginitad, así como fueron semejantes en la vida, lo fueron en la muerte y en la incorrupción de su cuerpo. Y San

Anselmo de Cantorberi, no acertando tampoco a separar al hijo adoptivo de la Madre, encomienda a los dos juntos su cuerpo y su alma en una de sus devotísimas oraciones.

Después de tales elogios de los Santos Padres, no nos sorprenderá cuanto la V. Agreda nos diga sobre las excelencias de este gran santo.

Sirvan estas páginas para que todos los que las leyeren y singularmente los sacerdotes a quienes van dedicadas, se esmeren lo más posible en la hermosa virtud de la pureza a la que atribuyen los Santos Padres estas prerrogativas del Apóstol virgen; y para que todos se dediquen a formarse como él en la escuela de María, y merezcan así recostarse sobre el Corazón de Jesús y beber en él los secretos de la Sabiduría celestial.

Nazario Pérez, S. J.



CAPITULO I.

Vocación de San Juan al Apostolado.

A los diez meses, después del ayuno, que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea, obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo, no porque antes hubiese hablado en oculto de la verdad que enseñaba, sino porque no se había declarado por Mesías y Maestro de la vida, y llegaba ya el tiempo de hacerlo, como por la Sabiduría infinita estaba determinado. Para esto volvió Su Majestad a la presencia de su precursor y bautista Juan; porque mediante su testimonio (que le tocaba de oficio darle al mundo) se comenzase a manifestar la luz en las tinieblas (Joan. I). Tuvo inteligencia el Bautista por revelación divina de la venida del Salvador, y que era tiempo de darse a conocer por Redentor del mundo y verdadero Hijo del eterno Padre; y estando prevenido San Juan con esta ilustración, vió al Salvador que venía para él, y exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo: "Ecce Agnus Dei": Mirad al Cordero de Dios, Este es.

Oyeron a San Juan dos de los primeros discípulos que con él estaban, y en virtud de su testimonio y de la luz y gracia que interiormente recibieron de Cristo nuestro Señor, le fueron siguiendo: y convirtiéndose a ellos Su Majestad amorosamente, les preguntó qué buscaban; y respondieron ellos, que saber dónde tenía

su morada; y con esto los llevó Consigo, y estuvieron con El aquel día, como lo refiere el Evangelista San Juan. El uno de estos dos dice que era San Andrés, hermano de San Pedro, y no declara el nombre del otro: pero, según lo que he conocido, era el mismo San Juan Evangelista, aunque no quiso declarar su nombre por su gran modestia. Pero él y San Andrés fueron las primicias del Apostolado en esta primera vocación; porque fueron los que primero siguieron al Salvador, sólo por testimonio exterior del Bautista, de quien eran discípulos, sin otra vocación sensible del mismo Señor. Luego San Andrés buscó a su hermano Simón, y le dijo cómo había topado al Mesías que se llamaba Cristo, y le llevó a El; y mirándole Su Majestad, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Joná, y te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro." Sucedió todo esto en los confines de Judea, y determinó el Señor entrar el día siguiente en Galilea, y halló a San Felipe y le llamó, diciéndole que le siguiese; y luego Felipe llamó a Natanael y le dió cuenta de lo que le había sucedido, y cómo habían hallado al Mesías que era Jesús de Nazaret, y llevóle a su presencia: y habiendo pasado con Natanael las pláticas que refiere San Juan en el fin del capítulo I de su Evangelio, entró en el discipulado de Cristo nuestro Señor en el quinto lugar.

Con estos cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva Iglesia, entró Cristo nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Y esta fué la primera vocación de estos Apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron a su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del divino amor, y los previno con bendiciones de dulzura.

Todas las obras y maravillas que nuestro Salvador hacía en la vocación de los Apóstoles y discípulos, y en la predicación, conocía la Reina del Cielo por los

medios que dejó repetidos (1). Y luego daba gracias al eterno Padre por los primeros discípulos, y en su espíritu los reconocía y admitía por hijos espirituales, como lo eran de Cristo nuestro Señor, y los ofrecía a Su Majestad divina con nuevos cánticos de alabanza y júbilo de su espíritu.

(1) La V. se refiere aquí a lo que escribe en el n.º 990 del t. III de la Mística Ciudad de Dios. «Para dar noticia de todo lo que hacía el Salvador a su beatísima Madre pudiera bastar la divina luz y continuas visiones y revelaciones que tenía, pero sobre ellas añadía su amorosa sollicitud las ordinarias legacías que con los santos ángeles enviaba a su Hijo Santísimo. Y esto disponía el mismo Señor para que por medio de tan fieles embajadores oyesen recíprocamente los sentidos de los dos las mismas razones que formaban sus corazones, y así las referían los ángeles y con las mismas palabras que salían de la boca de Jesús para María y de Ella para Jesús, aunque por otro modo las tenía ya entendidas y sabidas el mismo Señor y también su Santísima Madre».

CAPITULO II.

San Juan se señala más que los otros Apóstoles en el amor y veneración a la Santísima Virgen. Desea la Madre de Dios que la Venerable imite a San Juan.

El místico edificio de la Iglesia militante, que se levanta hasta lo más alto y escondido de la misma Divinidad, todo se funda en la firmeza incontrastable de la santa fé católica que nuestro Redentor y Maestro, como prudente y sabio arquitecto, asentó en ella. Y para asegurar en esta firmeza a las primeras piedras fundamentales, que fueron los primeros discípulos que llamó, como queda dicho, desde luego comenzó a informarlos de las verdades y misterios que tocaban a su divinidad y humanidad santísima. Y porque dándose a conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo, que por nuestra salud había bajado del seno del Padre a tomar carne humana, era como necesario y consiguiente les declarase el modo de su Encarnación en el vientre virginal de su Madre Santísima, y convenía que la conociesen y venerasen por verdadera Madre y Virgen, les dió noticia de este divino misterio entre los demás que tocaban a la unión hipostática y Redención. Y con este catecismo y doctrina celestial fueron alimentados estos nuevos hijos primogénitos del Salvador.

Antes que llegasen a la presencia de la gran Reina y Señora, concibieron de ella divinas excelencias, sabiendo que era virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y les infundió Cristo Nuestro Señor una profundísima reverencia y amor, con que deseaban des-

de luego llegar a verla y conocer tan divina criatura. Y esto hizo el Señor, como quien celaba tanto la honra de su Madre, y por lo que a los mismos discípulos les importaba tenerla en tan alto concepto y veneración. Y aunque todos en este favor quedaron divinamente ilustrados, quien más se señaló en este amor fué San Juan; y desde que oyó a su divino maestro hablar de la dignidad y excelencia de su Madre purísima, fué creciendo en el aprecio y estimación de su santidad, como quien era señalado y prevenido para gozar de mayores privilegios en el servicio de su Reina, como adelante diré, y consta de su Evangelio.

Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese aquel consuelo de ver a su Madre y reverenciarla; y concediéndoles esta petición, caminó vía recta a Nazaret, después que entró en Galilea, aunque siempre fué predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Y muchos comenzaron a oírle y a acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina y de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitían; aunque no llamó por entonces a su séquito más de a los cinco discípulos que llevaba. Y es digno de advertencia, que con haber sido tan ardiente la devoción que estos concibieron con la divina Señora, y tan manifiesta para ellos la dignidad que tenía entre las criaturas, con todo eso todos callaron su concepto; y para no publicar lo que sentían y conocían, eran como mudos, e ignorantes de tantos misterios, disponiéndolo así la sabiduría del cielo; porque entonces no convenía esta fe en el principio de la predicación de Cristo, ni hacerla común entre los hombres. Nacía entonces el sol de justicia a las almas (1), y era necesario que su resplandor se extendiese por todas las naciones; y aunque la luna de su Madre santísima estaba en el lleno de toda santidad.

(1) Malach. IV. 2.

era conveniente que se reservase oculta para lucir en la noche que dejaría en la Iglesia la ausencia de este Sol, subiendo al Padre. Y todo sucedió así, que entonces resplandeció la gran Señora, como diré en la tercera parte (2); sólo se manifestó su santidad y excelencia a los apóstoles, para que la conociesen y venerasen, y oyesen como a digna Madre del Redentor del mundo y Maestra de toda virtud y santidad.

Prosiguió su camino nuestro Salvador a Nazaret, informando a sus nuevos hijos y discípulos, no sólo en los misterios de la fe, sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicación evangélica. Y para esto visitaba a los pobres y afligidos, consolaba a los tristes y enfermos, en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacía obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas; aunque no se declaró por autor de ningún milagro hasta las bodas de Caná (como diré en el capítulo siguiente). Al mismo tiempo que hacía este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre Santísima previniéndose para recibirle con los discípulos que Su Majestad llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, alió su pobre morada, y previno solícita la comida necesaria, porque en todo era prudentísima y advertida.

Llegó a su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre le aguardaba en la puerta, donde, entrando Su Majestad a ella se postró en tierra, y le adoró besándole el pie y después la mano, pidiéndole la bendición. Y luego hizo una confesión a la Santísima Trinidad altísima y admirable, y a la humanidad, y todo en presencia de los nuevos discípulos; no sin gran misterio y prudencia de la Soberana Reina, porque a más de dar a su Hijo Santísimo el culto y adoración que se le debía como verdadero Dios y hombre, le dió

(2) Mist. c. tom. IV, n. 18 28.

también el retorno de la honra con que le había engrandecido antes con los apóstoles o discípulos: y así como el mismo Hijo estando ausente les había enseñado la dignidad de su Madre y la veneración con que debían tratarla y respetarla, así también la prudentísima y fidelísima Madre en presencia del mismo Hijo, quiso enseñar a sus discípulos el modo y veneración con que habían de tratar a su divino Maestro, como a su Dios y Redentor. Y así fué, que las acciones de tan profunda humildad y culto, con que la gran Señora trató y recibió a Cristo como Salvador, infundió en los discípulos nueva admiración, devoción y reverencial temor con el divino Maestro; y para adelante les sirvió de ejemplar y dechado de Religión; con que vino a ser María Santísima desde luego Maestra y Madre espiritual de los discípulos de Cristo, en la materia más importante del trato familiar con su Dios y Redentor. Con este ejemplo los nuevos discípulos quedaron más devotos de su Reina, y luego se pusieron de rodillas en su presencia, y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos. Y el primero que hizo este ofrecimiento y reverencia fué San Juan, que desde entonces en la estimación y veneración de María Santísima se aventajó a todos los apóstoles, y la divina Señora le admitió con especial caridad; porque el Santo era apacible, manso y humilde, a más del don de su virginidad.

Hospedó la gran Señora a todos los discípulos, y sirviéles la comida, estando siempre advertida a todas las cosas con solicitud de Madre, y modestia y majestad de Reina, que su incomparable sabiduría lo juntaba todo con admiración de los mismos ángeles. Y a su Hijo Santísimo servía hincadas las rodillas en tierra con grandiosa reverencia; y a estas devotas acciones añadía algunas razones de gran peso, que decía a los Apóstoles, de la majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella

noche, retirados los nuevos huéspedes a su recogimiento, el Salvador se fué al oratorio de su Madre purísima como solía, y la humildísima entre los humildes se postró a sus pies, como otras veces lo acostumbra; y aunque no tenía culpas que confesarse, pidió a Su Majestad la perdonase lo poco que le servía y correspondía a sus inmensos beneficios; porque en la humildad de la gran Reina todo lo que hacía le parecía poco, y menos de lo que debía al amor infinito y a los dones que de El había recibido; y así se confesaba por inútil como el polvo de la tierra. El Señor la levantó del suelo, y la habló palabras de vida y salud eterna, pero con majestad y serenidad; porque en este tiempo la trataba con más severidad, para dar lugar al padecer, como advertí arriba (1) cuando se despidió para ir el Salvador al bautismo y al desierto.

Doctrina que dió la Reina del Cielo a la Venerable

Hija mía, veo tu cuidado y emulación santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo Santísimo, y más de San Juan, mi siervo y favorecido. Cierto es que yo le amé especialmente; porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma, y en los ojos del Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenía. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y Conmigo. No ignoras, carísima, que Yo soy Madre purísima, y que admito y recibo con maternales entrañas a todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor; y con los impulsos de caridad que Su Majestad me comunicó, y los brazos abiertos, los abrazaré, y seré su intercesora y abogada. Y tú, por más inútil, pobre y desvalida, serás mayor

(1) Mist. tomo III, n.º 960.

motivo para que se manifieste más mi liberalísima piedad, y así te llamo y te convido para que seas mi hija carísima y señalada por mi devota en la Iglesia.

Pero esta promesa se cumplirá con una condición que quiero de tu parte; y ésta es, que si tienes verdaderamente santa emulación de lo que Yo amé a mi hijo Juan, y del retorno que me dió su amor santo, le imites con toda perfección conforme a tus fuerzas; y así me lo has de prometer y cumplir, sin faltar a lo que te ordeno; pero antes quiero que trabajes hasta que en ti muera el amor propio, y todos efectos del primer pecado, y que se extingan las inclinaciones terrenas que siguen al fomes; y te restituyas al estado de sinceridad columbina y sencillez, que destruye toda malicia y duplicidad. Y en todas tus operaciones has de ser ángel, pues la dignación del Altísimo para contigo es tan liberal, que te ha dado luz e inteligencia de ángel, más que de criatura humana; y Yo te solicito estos grandes beneficios, y es razón que corresponda el obrar con el entender; y Connigo has de tener un incesante afecto y amoroso cuidado de darme gusto y servirme, estando siempre atenta a mis consejos, y puestos los ojos en mis manos, para saber lo que te ordeno y ejecutarlo al punto. Con esto serás mi hija verdadera, y Yo tu Protectora y Madre amorosa.

CAPITULO III

San Juan en las bodas de Caná. El novio no es este Evangelista.

El Evangelista San Juan, que al fin del capítulo I refiere la vocación de Natanael (que fué el quinto discípulo de Cristo), comienza el segundo capítulo de la Historia evangélica, diciendo: "Y el día tercero se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fué llamado Jesús y sus discípulos a las bodas". De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo santísimo a estas bodas. Y para concordar esto con lo que dejó dicho en el capítulo pasado, y entender qué día fué éste, hice algunas preguntas por orden de la obediencia. A las cuales me fué respondido, que no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y del Evangelio se conforman. (1)

Estando la Reina del mundo en Caná, fué convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenía, a las bodas; y su dignación, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Y fué luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle, y dar principio a la confirmación de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocación y autorizar su doctrina, para que la creyensen y admitiesen. Y por esta razón, aunque Su Divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente; pero

(1) Véase en la Mística Ciudad de Dios la explicación bien detallada de este suceso.

no se había declarado ni señalado por autor de ellas en público, como hasta aquella ocasión; que por eso llamó el Evangelista a este milagro (1): “Principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea”. Y el mismo Señor dijo a su Madre Santísima que hasta entonces no había llegado su hora (2). Y sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador y correspondía a la Adoración de los Reyes, como lo tiene la Santa Iglesia Romana, que celebra en un día estos tres misterios a seis de enero; y la edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años, y entrado en treinta y uno los trece días que hay de su Natividad santísima a la Epifanía.

Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas, y saludó a los moradores, diciendo: La paz del Señor y la luz sea con vosotros, como verdaderamente estaba asistiendo Su Majestad con ellos: y luego hizo una exhortación de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él. Y lo mismo hizo la Reina del Cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones: y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme a declarar que este novio no era San Juan Evangelista. Basta saber que, como dije en el capítulo pasado, venía ya con el Salvador por discípulo. Y en esta ocasión no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino a las bodas para autorizarlas y acreditarlas, y hacer santo y Sacramento al Matrimonio: y no era consiguiente a este intento disolverle luego; ni el Evangelista tuvo jamás intento de ser casado. Antes bien, nuestro Salvador

(1) Joan. II, 11.

(2) Joan. II, 4.

habiendo exhortado a los desposados, hizo luego una ferviente oración y petición al Eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendición sobre la propagación humana, y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar a los que en la Santa Iglesia lo recibiesen, y fuese uno de sus Sacramentos.

La beatísima Virgen conocía la voluntad y oración que su Hijo santísimo hacía, y le acompañó en ella, cooperando a esta obra como a las demás que hacía en beneficio del linaje humano; y como tenía por su cuenta el retorno, que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor convidando a los santos ángeles que la acompañasen en él, y así lo hicieron; aunque sólo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como Ella en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrían a las bodas; pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas, y ordenándolas a ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras, y sólo cuando era preguntada o muy forzoso; porque siempre oía y atendía a las del Señor y a sus obras, para guardarlas y conferir las en su castísimo corazón.

En la mesa comieron el Señor y su Madre santísima de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Y aunque a solas no comían de estos manjares, pero los Maestros de la perfección, que no querían reprobar la vida común de los hombres, sino perfeccionarla con sus obras, acomodábanse a todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no era reprehensible y se podía hacer con perfección. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó también por doctrina a sus apóstoles

y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban a predicar (Matth. X; Luc. X), y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sabios en el camino de la virtud: y porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares.

Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: "Señor, el vino ha faltado en este convite". Respondióla Su Majestad: "Mujer, ¿qué me toca a Mí y a Ti? Aun no es llegada mi hora". Esta respuesta de Cristo no fué de reprensión, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente; antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo santísimo, y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la Redención, y del orden que en ellas había de guardar nuestro Salvador, a qué tiempos y en qué ocasiones las había de ejecutar. Y también es de advertir que Su Divina Majestad no pronunció palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque no llamó a la Virgen madre, sino mujer, era porque, como arriba dije, no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fué confirmar a los discípulos en la fe de la Divinidad, y comenzar a manifestarla a todos, mostrándose Dios verdadero e independiente de su Madre en el ser divino y potestad de hacer milagros. Y por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: "¿Qué te toca o qué tenemos que ver Tú y Yo en esto?" Que fué decir: la potestad de hacer milagros no la recibí Yo de Ti, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar; porque sólo a mi divinidad toca el hacerlos, y para ella no es llegada mi hora. Y en esta palabra dió a entender

que la determinación de las maravillas no era de su Madre santísima, sino de la voluntad de Dios; no obstante que la prudentísima Señora lo pedía en tiempo oportuno y conveniente: pero junto con esto quiso el Señor se entendiese que había en El otra voluntad más que la humana, y que aquélla era divina y superior a la de su Madre, y que no estaba subordinada a Ella; mas antes la de la Madre estaba sujeta a la que tenía como verdadero Dios. Y en consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió Su Majestad en el interior de los discípulos nueva luz con que conocieron la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo; y que la humana la había recibido de su Madre, y la divina por la generación eterna de su Padre.

Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo a los criados que servían a la mesa: "Haced lo que mi Hijo ordenare". En las cuales palabras (a más de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo, que conocía la prudentísima Madre) habló como Maestra de todo el linaje humano, enseñando a los mortales, que para remediar todas nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada, que deseosa de nuestro bien, y como quien conocía la causa que suspende o impide el poder divino, para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos a la ejecución de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien.

Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las

convirtió, y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio, y le dijo: Cual quiera hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados, y cuando están ya satisfechos pone lo peor; pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida.

No sabía el architriclino entonces el milagro cuando gustó el vino; porque estaba en la cabecera de la mesa, y Cristo nuestro Maestro con su Madre santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina (Luc. XIV); que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Pero luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino, y se manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos, como dice el Evangelista (Joan II); porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fé. Y no solos creyeron ellos, pero otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaúm (Matth. IV), a donde con su Madre y discípulos dice el Evangelista que fué Su Majestad desde Caná; y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por Maestro de los hombres.

CAPITULO IV

Acompaña María Santísima a nuestro Salvador en la predicación. Remedio que hallaban en María los discípulos y mujeres que seguían a Jesús.

Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnaúm, ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberias, donde estuvo algunos días, como dice el Evangelista San Juan (Joan II), aunque no muchos; porque llegándose el tiempo de la Pascua se fué acercando a Jerusalén, para celebrarla a los catorce de la luna de Marzo. Acompañóle desde entonces su Madre santísima, despedida por entonces de su casa de Nazaret, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la Cruz: salvo en algunas ocasiones (que por pocos días se apartaban), como cuando el Señor se fué al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares, como a la Samaritana, o porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas: pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al Sol de justicia hasta el ocaso de su muerte.

A todos los discípulos que seguían al Señor, y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y a los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio; pero de todos cuidaba como Madre y a todos acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba a los ángeles (cuando no había otro modo de buscarla) que para ellos y algunas muje-

res de que cuidaba, la trajesen de comer: pero de estas maravillas no daba más noticia de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender; no sólo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos; pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Y disponiéndolo así el Señor, cuando se hallaban los Apóstoles y discípulos con alguna duda (que tuvieron muchas a los principios), o sentían alguna oculta tentación, luego acudían a la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en Ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados: con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos, con su modestia compuestos; y todos los bienes juntos hallaron en aquella oficina del Espíritu Santo y sus dones. Y por todos estos beneficios, por la vocación de los discípulos, por la conversión de cualquier alma, por la perseverancia de los justos, y por cualquiera obra de virtud y gracia daba el retorno, y era para la divina Señora día festivo, y hacía nuevos cánticos por ello.

Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, como lo dicen los Evangelistas. San Mateo, San Marcos y San Lucas dicen (Matth. XXVII, 55; Marc. XV, 40, et XVI; Luc. VIII, 2) que le acompañaban y servían algunas que había curado del demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su secuela, imitación y doctrina; y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación, disponiéndolo su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre Santísima tuviese compañía con ellas por la mayor decencia. De

estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina, y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba Ella tan ilustrada de la sabiduría y doctrina del Evangelio; con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valía siempre de lo que todos habían oído a su Hijo santísimo, y con esto daba principio a las exhortaciones y pláticas que hacía a estas mujeres y a otras muchas que en diferentes lugares iban a Ella después o antes de oír al Salvador del mundo. Y aunque no todas la seguían, pero la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Y fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo, y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto más, que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor; porque no era necesario para el intento de los Evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabras, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos; curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados. En las cuales obras (si todas se hubieran de referir) era necesario gastar mucha parte de esta Historia o añadirla.

Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que hizo la gran Reina en el tiempo de la predicación de Cristo Nuestro Señor; porque solo escribieron de los que hizo el mismo Señor, en cuanto convenía para la fe de la Iglesia; y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella, primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Ma-

dre Santísima. Pero según lo que se me ha dado a entender, es cierto que no sólo hizo muchas conversiones milagrosas, pero que resucitó muertos, curó ciegos y dió salud á muchos. Y esto fué conveniente por muchas razones: lo uno, porque fué como coadjutora de la mayor obra a que vino el Verbo del eterno Padre a tomar carne al mundo, que fué la predicación y redención; y por Ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre: lo otro, porque en estas maravillas fué gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo, y llegase ella al colmo de todas las gracias y merecimientos correspondientes a su dignidad y premio: y porque con este modo de obrar acreditase a su Hijo santísimo y su doctrina, y así le ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. Y el estar ocultas estas maravillas de María santísima fué disposición del mismo Señor y petición de la prudentísima Madre; y así las hacía con tanta disimulación y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Y este modo guardaba también en enseñar a las almas; porque no predicaba en público, ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacían por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina; porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres (1); pero en pláticas y conversaciones privadas hacía estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Y por este modo y sus oraciones hizo más conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

(1) I Cor. XIV, 34.

CAPITULO V

Favores que recibieron los Apóstoles, en especial San Juan, de Cristo nuestro Redentor, por la devoción con su Madre Santísima; y por no tenerla Judas caminó a su perdición.

Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María, Señora nuestra, con el sagrado colegio de los sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor y su Hijo santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado a entender, fuera necesario escribir un gran volumen de sólo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco: de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza.

A todos los discípulos que recibía el Señor en su divina escuela, les infundía en el corazón especial devoción y reverencia con su Madre santísima, como convenía, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Pero aunque esta semilla santa de la divina luz era común a todos, no era igual en cada uno con el otro; porque, según la dispensación del Señor y las condiciones de los sujetos, y los ministerios y oficios a que los destinaba, distribuía Su Majestad estos dones. Y después, con el trato y conversación dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneración; porque a todos los hablaba, amaba, consolaba, acudía,

enseñaba y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior, de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedía. Pero el fruto bueno o mejor de estos beneficios era conforme a la disposición del corazón donde se recibía esta semilla del cielo.

Salían todos llenos de admiración, y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora, de su prudencia y sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo también lo disponía así; porque, como dije arriba, libro v, capítulo xxviii, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra más en su corazón; así los sagrados Apóstoles, violentados dulcemente del silencio propio, reducían sus fervores en mayor amor de María santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Y como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia conocía los naturales de cada uno, su gracia, su estado, y ministerio a que estaba diputado; en correspondencia de esta inteligencia procedía con ellos en sus peticiones al Señor, y en la enseñanza y palabras y en los favores que convenían a cada uno según su vocación. Y este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fué en los santos ángeles de nueva y grande admiración; y por la oculta providencia hacia el Todopoderoso, que los mismos Apóstoles correspondiesen también a los beneficios y favores que por su Madre recibían. Y todo esto hacía una divina armonía oculta a los hombres, y sólo a los celestiales espíritus patente.

En estos favores y sacramentos fueron señalados San Pedro y San Juan: el primero, porque había de

ser Vicario de Cristo y Cabeza de la Iglesia militante; y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre Santísima a San Pedro y le reverenciaba con especial respeto: y al segundo, porque había de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo, y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. De manera que estos dos Apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habían de repartir la Iglesia mística, María Santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo: pero como San Juan era elegido para servirle y llegar a la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el Santo particulares dones en orden al obsequio de María Santísima, y desde luego se señaló en él. Y aunque todos los Apóstoles en esta devoción excedieron a nuestra capacidad y concepto; el Evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta ciudad mística del Señor, y recibió por ella tanta luz de la divinidad, que excedió en esto a todos los Apóstoles, como lo testifica su Evangelio (1); porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este Evangelista entre todos los Apóstoles de llamarse el *Amado de Jesús*, la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre santísima; y por la misma razón fué también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fué el discípulo amado de Jesús y de María.

Tenía el santo Evangelista algunas virtudes (a más de la castidad y virginal pureza) que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina (como de sus escritos se conoce) y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los pacíficos y humildes de corazón llamaba la divina Madre re-

(1) Joan. xxi, 20.

tratos de su Hijo santísimo. Y por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó más la Reina, y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Y desde la primera vocación, como arriba dije, comenzó San Juan a señalarse entre todos en la veneración de María Santísima, y a obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. Asistíala con más continuación que todos; y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso Apóstol ocuparse en éstas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los ángeles de la misma Reina; y a los unos y otros los vencía Ella, y las hacía por sí misma, porque en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que nadie la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era también muy diligente el amado Discípulo en dar cuenta a la gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando Ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos a su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que más la serviría y daría gusto, y como lo entendía, así lo ejecutaba todo.

Señalóse también San Juan en la reverencia con que trataba de palabra a María Santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora, o mi Señora; y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro JESÚS: y después de la Ascensión del mismo Señor la llamó el primero Madre de Dios y del Redentor del mundo; y en presencia, Madre y Señora. Dábale también otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes: y en particular fué San Juan el primero que la llamó María de JESÚS, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dió este nombre, porque conoció que en su alma santísima de nues-

tra gran Señora hacían dulcísima consonancia estas palabras, cuando las oía. Y en la mía deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó a la luz de la Santa Iglesia y fe, y a la vocación de la religión que profeso debajo de este mismo nombre. Conocían los demás Apóstoles y discípulos la gracia que San Juan tenía con María Santísima, y muchas veces le pedían a él que fuese intercesor con Su Majestad en algunas cosas que le querían proponer o pedir; y la suavidad del santo Apóstol intervenía por sus ruegos como quien conocía tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte (1), y se pudiera hacer una larga historia sólo de los favores y beneficios que San Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

Después de los dos apóstoles San Pedro y San Juan, fué muy amado de la Madre santísima el apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos veremos en la tercera parte (2). Y también San Andrés fué de los carísimos de la Reina; porque conocía que este gran apóstol había de ser especial devoto de la Pasión y Cruz de su Maestro, y había de morir a imitación suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás Apóstoles, pero a unos por unas virtudes, y a otros por otras, y a todos por su Hijo santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad.

En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo santísimo, y porque

(1) Par. III, n. 590.—(2) *Ibid.* n. 325, 352, 384, 399. Se ha publicado un folleto titulado «El Apóstol Santiago según la Venerable de Agreda» en el que minuciosamente se describen los favores de la Virgen Santísima a Santiago. Se vende en el Convento de Concepcionistas de Agreda (Soria) y en las librerías católicas.

conoció que el corazón de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María Santísima muy familiarmente entre las demás mujeres y la dió luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación; y la dulcísima Maestra le dió una grandiosa instrucción de la vida que en el yermo guardó después la Santa, y fué a él con su beneplácito y bendición; y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las otras mujeres que seguían al Maestro de la vida fueron también muy favorecidas de su Madre santísima; y a ellas y a todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia; porque todos y todas la hallaron con abundancia en Ella, y por Ella, como en su oficina y depósito, donde la tenía Dios para todo el linaje humano. Y no me alargo más en esto; porque a más de no ser necesario, por la noticia que hay en la Santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

Sólo del mal apóstol Judas diré algo de lo que tengo luz; porque lo pide esta Historia, y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores y de escarmiento para los obstinados, y aviso para los poco devotos de María Santísima: si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida, los ángeles con todas sus fuerzas espirituales, los Apóstoles y Santos con íntimo y cordial afecto, y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía, y todo será menos de lo que debe

ser amada. Este infeliz apóstol comenzó a errar este camino real de llegar al amor divino y a sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue.

Vino Judas a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior, y en lo interior del buen espíritu que movía a otros. Y traído con estos auxilios, pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que a ninguno desecha si con verdad le buscan. Recibió Judas en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó a algunos de los demás discípulos, y fué señalado por uno de los doce apóstoles; porque el Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacía como los demás. La Madre de la gracia y de misericordia le miró también con ella por entonces; aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traición que alevosamente había de cometer en el fin de su apostolado. Pero no por esto le negó su intercesión y caridad maternal; antes con mayor celo y atención tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo santísimo con este infeliz apóstol, para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni humana, cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se vencería con rigor, antes llegaría más presto a su obstinación, cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase a Judas de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudía, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fué de manera, que llegando alguna vez los discípulos a tener entre sí sus emulaciones sobre quién había de ser más privado de la Reina purísima (como también con el Hijo

lo dice el Evangelio) (1): y nunca Judas pudo tener estos recelos ni achaques; porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios, y él se mostró tal vez agradecido a estos beneficios.

Pero como el natural le ayudaba poco a Judas, y entre los discípulos y Apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debía, y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que a los propios. Y admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fué creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con más indiscreta presunción miraba las pajuelas en los ajenos, y murmuraba de ellas, pretendiendo enmendar en sus hermanos (con más presunción que celo) las faltas más leves y cometiéndolas él mucho mayores. Y entre los demás Apóstoles notó y juzgó a San Juán por entremetido con su Maestro y con su Madre santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo esto, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas más que a culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante: pero éstas eran de mala condición y muy voluntarias; porque a la primera, que fué de alguna vana complacencia, le dió entrada muy libre; y ésta llamó luego a la segunda de alguna envidia; y de aquí resultó la tercera, que fué calumniar en sí mismo, y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacían: y tras éstas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devoción, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos, y se le fué remitiendo y extinguiendo la luz del interior; y ya miraba a los Apóstoles y a la santísima Madre con algún hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

(1) Luc. XXII, 24.

Todo este desconcierto de Judas iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio, y curarle en salud, antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas; pero no perseveraba en su tranquilidad, y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando más entrada al demonio, llegó a enfurecerse contra la mansísima paloma; y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas o negarlas, y darlas otras salidas, como si pudiera engañar a sus divinos Maestros, o recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior a la Madre de misericordia, despreciando sus amonestaciones, y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente, y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo (1); porque él mismo, desviándose de la gracia e intercesión de María santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. Y de este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego a indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina, y juzgando por muy pesada la vida de los Apóstoles y su comunicación.

Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia, y siempre le enviaba auxilios interiores a su corazón, aunque estos eran más comunes y ordinarios de los que antes recibía; pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y a más de estos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora para que se redujese y humillase a pedir perdón a su divino Maestro y Dios verdadero; y le ofreció de

(1) Eccli. XV, 14.

parte del mismo Señor la misericordia, y de la suya que le acompañaría y rogaría por él, y haría la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales; y sólo quería de él que se doliese de ellos y se enmendase. A todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caída de Judas, como quien conocía que no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podía negar el soberbio discípulo a su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado; pero comenzando a endurecerse temió la confusión que le podía adquirir gloria, y cayó en la que le aumentó su pecado. Y con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba a su Maestro y a los demás, y que no tenía en esto de qué enmendarse.

Admirable ejemplo de caridad y paciencia fué el que nos dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre santísima en el proceder que tuvieron con Judas después de su caída en pecado; porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que a los demás. Y esta fué la causa de ocultárseles tanto a los Apóstoles el mal interior de Judas; no obstante que su ordinaria conversación y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu; porque no es fácil (ni casi posible) violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas; y en las cosas que no son muy de liberadas, siempre obramos conforme al natural y costumbres; y entonces por lo menos las damos a conocer a quien nos trata mucho. Esto mismo sucedía con Judas en el apostolado. Pero como todos conocían la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre santísima, sin hacer mudanza en

esto, desmentían sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caída. Por esta misma razón se hallaron todos atajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar; y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque San Juan con la mayor familiaridad llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas, y vivía en esto con más recelos, por esto se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio; pero hasta entonces nunca Su Majestad dió indicio de lo que en Judas pasaba. Y en María Santísima es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo santísimo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

Y porque no me reprenda el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas en su ruina. Desde que fué creciendo el número de los Apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas, y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes, y pagar los tributos imperiales; y sin señalar Cristo nuestro Señor ninguno, se lo propuso a todos. Al punto le apeteció y codició Judas, temiéndole todos, y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló a pedir a San Juan lo tratase con la Reina santísima, para que Ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo San Juan, como lo deseaba Judas; pero la prudentísima Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas por medio de San Pedro y otros Apóstoles para que lo pidiesen, y tampoco se le lograba, porque la clemencia del Altísimo quería impedirlo, o

justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazón de Judas (poseído ya de la avaricia), en lugar de sosegar y entibiarse en ella, se encendió más en la llama que infelizmente le abrasaba; instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes, y culpable el admitirlos, mucho más en Judas, que era discípulo en la escuela de mayor perfección, y a la vista de la luz del sol de justicia Cristo, y de la luna María. Ni en el día de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugerencias, cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba; ni en la noche de la tentación, pues en ella la luna de María le influía lo que le convenía para librarse del veneno de la serpiente. Pero como huía de la luz y se entregaba a las tinieblas, corría tras el precipicio, y se arrojó a pedir él mismo a María Santísima el ministerio que pretendía, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Llegóse a Ella, y la dijo que la petición de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habían propuesto, era con deseo de servirla a Ella y a su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudían a esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: Considera bien, carísimo, lo que pides, y examina si es recta la intención con que lo deseas; y advierte si te conviene apeteer lo que todos tus hermanos los discípulos temen, y no lo admitirán, sino son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. El te ama más que tú a ti mismo, y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate a su santísima voluntad, y muda de intento, y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caído, que Yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa

misericordia.—¿A quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oídas de tan divina y amable criatura como María Santísima? Pero no se ablandó ni movió aquél corazón fiero y diamantino; antes se indignó interiormente, y se dió por ofendido de la divina Señora, que le ofrecía el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu desenfrenado de ambición y codicia en la concupiscible luego irrita a la irascible contra quien le impide, y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable páloma disimuló con Judas, no hablándole más entonces, por su obstinación.

Despedido de María santísima, no sosegaba Judas en su avaricia; y desnudándose del pudor y vergüenza natural (y aun de la fe interior), se resolvió en acudir él mismo a Cristo (su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó a Su Maejstad y le dijo: Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad, y serviros con ser dispensero y depositario de las limosnas que recibimos; y acudiré con ellas a los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con orden y razón y a vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacía. Estás y otras razones dijo el fingido hipócrita a su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez; porque en primer lugar, mentía, y tenía otra intención segunda y oculta; a más de esto se fingía lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecía, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer. Murmuró también de sus hermanos, desacreditándolos y alabándose a sí mismo; que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Pero lo que más es de ponderar, perdió la fe infusa que tenía, pretendiendo engañar a Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía

que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le había de engañar, pues como Dios conociera lo más oculto de su corazón (Joan. vi, 65), que le era patente; y no sólo como Dios, con su ciencia infinita, pero como hombre, con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podía conocer, como de hecho lo conocía, desistiera de su doloroso intento. Todo esto descreyó Judas, y a los demás pecados añadió el de la herejía.

Cumplióse en este desleal discípulo a la letra lo que dijo después el Apóstol (1 Tim. vi) : *Que los que desean ser ricos vienen a caer en la tentación, y se enredan en los lazos del demonio, y en deseos inútiles y vanos, que arrojan a los hombres a la perdición y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores.* Todo esto sucedió al avariento y pérfido apóstol, cuya codicia fué tanto más vil y reprehensible, cuanto era más vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenía presente en Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, y todo el apostolado, donde sólo había algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que con los grandes milagros de su Maestro, y con los muchos que le seguían y se le allegaban, crecerían las limosnas y ofrendas, en que pudiese meter las manos. Y como no lo conseguía conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasión que la Magdalena gastó los preciosos aromas para ungir al Salvador (1), donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio, y dijo que valían más de trescientos reales, y que se les quitaban a los pobres, a quien se podían repartir. Y esto decía, porque le dolía mucho no haberlos cogido para sí; que de los pobres no tenía cui-

(1) Matth. XXVI, 6: Mar. XIV, 4: Joan. XII, 1.

dado: antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibía más, para entregarse de ello, y con los Apóstoles y discípulos, porque no pedían: y con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte del Salvador se comenzó a desviar muchos ratos de los demás Apóstoles, alejándose de ellos y del Señor; porque le atormentaba su compañía, y sólo venía a coger las limosnas que podía. Y en estas salidas le puso el demonio en el corazón que acabase del todo con su Maestro, y le entregase a los judíos, como sucedió.

Pero volvamos a la respuesta que le dió el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas el oficio de dispensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición, y que en ella buscaba este codicioso apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: *¿Sabes, oh Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.* Replicó Judas: Yo, Maestro, deseo serviros, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregación, y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta. Con está porfía de Judas en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió a la luz y se endureció contra ella; y mostrándole el agua y el fuego (Ecci. xv, 17), la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdición, quedando justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fué a convidar y entrar por las puertas de su corazón, de donde le arrojó, y admitió al demonio. Otras cosas diré más adelante, de las in-

felices maldades de Judas, para escarmiento de los mortales, por no alargar más este capítulo, y porque pertenecen a otro lugar de la Historia donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos a pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su santísima Madre, criado a los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, justo, y que hacía los mismos milagros y maravillas que los demás, a otro estado de demonio? Y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas, y de ellos pasó a los gravísimos y más horrendos. Entregóse al demonio, que ya tenía sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenía contra El descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña grey. Pero si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, después que a su pesar conoció a Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar el alma que se entrega a tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenación eterna?

CAPITULO VI

Hállase San Juan en la Transfiguración del Señor.

En las ausenciás de Cristo asiste a su Madre Santísima. Resurrección de Lázaro y Cena en Betania.

Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría, para volverse al Padre por medio de su pasión y muerte; y con ella dejar satisfecha la divina justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salud y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer, y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria, que desfigurado con las penas. Y esta promesa había hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el Evangelista San Mateo (xvi, 28). Para esto eligió un monte alto, que fué el Tabor, en medio de Galilea, y dos leguas de Nazaret hacia el Oriente; y subiendo a lo más alto de él con los tres apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia, como lo cuentan los tres evangelistas San Mateo (xvii, 14), San Marcos (ix) y San Lucas (ix, 28); también se hallaron presentes a la transfiguración de Cristo nuestro Señor los dos profetas Moisés y Elías, hablando con Jesús

de su Pasión. Y estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del Eterno Padre, que dijo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien Yo me agrado; a El debéis oír."

No dicen los Evangelistas que se hallase María Santísima a la maravilla de la transfiguración, ni tampoco lo niegan; porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía en los Evangelios manifestar el oculto milagro con que se hizo; pero la inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es, que la divina Señora al mismo tiempo que algunos ángeles fueron a traer el alma de Moisés y a Elías de donde estaban, fué llevada por mano de sus santos ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado a su Hijo Santísimo, como sin duda le vió; y aunque no fué necesario confortar en la fe a la Madre Santísima como a los apóstoles, porque en Ella estaba confirmada e invencible; pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración; y en su Madre santísima había otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención, y lo había de ser hasta la cruz; y convenía confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer: y que habiendo de quedar por Maestra de la Iglesia santa fuese testigo de este misterio, y no le ocultase su Hijo santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar; pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Y no era el amor del Hijo para la divina Madre de condición que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con Ella, de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto; y para la gran Reina era de excelencia y dignidad. Y por estas razones, y otras muchas que no es nece-

sario referir ahora, se me ha dado a entender que María Santísima asistió a la Transfiguración de su Hijo santísimo y Redentor nuestro.

No me detengo en declarar otras cosas de este misterio, y en qué consistió la transfiguración del cuerpo sagrado de Jesús: basta saber que su cara resplandeció como el sol, y sus vestiduras estuvieron más blancas que la nieve.

Celebrada la Transfiguración, fué restituída la beatísima Madre a su casa de Nazaret; y su Hijo santísimo bajó del monte y luego vino a donde Ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalén donde había de padecer en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y pasados no muchos días, salió de Nazaret acompañado de su Madre santísima, de los apóstoles y discípulos que tenía, y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaría, hasta llegar a Judea y Jerusalén.

Con disposición y afectos ocultos a los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazaret para Jerusalén por Galilea, a donde no volvió más en su vida el Salvador del mundo. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salud de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasión y muerte, como las cuentan los sagrados Evangelistas (Matth. XIII; Marc. X; Luc. IX; Joan. VII) y desde esta partida de Galilea hasta el día que entró triunfando en Jerusalén, como adelante diré. Y hasta entonces, después de celebrada la fiesta o pascua de los Tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado, en que se había de ofrecer al sacrificio, cuando y como El mismo quería.

Acompañóle en esta jornada continuamente su

Madre santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos a diferentes obras y beneficios de las almas; y en este ínterin quedaba San Juan asistiéndola y sirviéndola; y desde entonces observó el sagrado Evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Virgen y Madre, y fué ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las más señaladas, y con mayores realces de caridad, cuando encaminaba sus afectos y peticiones a la justificación de las almas; porque también Ella como su Hijo santísimo, hizo mayores beneficios a los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando a los pobres y afligidos, a los necesitados y desvalidos; ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y más a los más desamparados, llagados y doloridos. Y de todo era testigo el amado Discípulo, que ya tenía por su cuenta el servirla: pero como la fuerza del amor había crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno, y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre, padecía la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazón y deseos de verle, que llegaba a sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato el volver a Ella. Y el Señor, como Dios e Hijo miraba lo que sucedía en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondía con recíproca fidelidad, respondiéndola en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron a la letra (Cant. iv, 9): "Vulneraste mi corazón, hermana mía, herístele con uno de tus ojos". Porque como herido y vencido de su amor le traía luego a su presencia. Y según lo que en esto se me ha dado a entender, no podía Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar lejos de la presencia de su Madre, si daba lugar a la fuerza del afecto, que como a Madre, y que tanto le amaba, la tenía; y natu-

ralmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba, y hacía suaves los trabajos y penalidades; porque la miraba como fruto suyo único y singular de todos; y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de su Majestad.

Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días entre otras sucedió la resurrección de Lázaro en Betania (1), a donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén se divulgó luego en ella el milagro; y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio (Joan. xi), donde decretaron la muerte del Salvador, y que si alguno tuviese noticia de El, le manifestase; porque después de la resurrección de Lázaro se retiró Su Divina Majestad a una ciudad de Efrén, hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba lejos. Y cuando fué tiempo de volver a celebrarla con su muerte, se declaró más con los doce discípulos, que eran los Apóstoles; y les dijo a ellos solos que advirtiesen subían a Jerusalén (Matth. xx, 17; Marc. x, 32; Luc. xviii, 31; Joan xi, xii), donde el Hijo del Hombre, que era El, sería entregado a los príncipes de los fariseos, y sería prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. Y en el ínterin los sacerdotes estaban cuidadosos espiándole si subía a celebrar la Pascua. Y seis días antes llegó otra vez a Betania, donde había resucitado a Lázaro, y donde fué hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María santísima su Madre, y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fué Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

(1) Joan. XI, 17.

Estando recostado el Salvador del mundo en este convite (conforme a la costumbre de los judíos) entró María Magdalena llena de divina luz, y altos y nobilísimos pensamientos; y con ardentísimo amor, que a Cristo su divino Maestro tenía, le ungió los pies, y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y los pies limpió con sus cabellos, al modo que otra vez lo había hecho en su conversión y en casa del fariseo, que cuenta San Lucas. Y aunque esta segunda unción de la Magdalena la cuentan los otros tres Evangelistas (Matt. XXVI; Marc. XIV; Joan. XII) con alguna diferencia; pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino una sola la Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenía a Cristo nuestro Salvador. De la fragancia de estos unguentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos; y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez, y en obsequio de su Maestro. Y el avariento apóstol Judas, que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes, decía, se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo esto era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

El Maestro de la verdad y vida disculpó a la Magdalena, a quien Judas reprendía de pródiga y poco advertida: y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen; porque aquella acción no era ociosa y sin justa causa; y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día; y con su persona no siempre se podía hacer aquel obse-

quió, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas: pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Maestro, porque justificó la obra de la Magdalena. Y viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio contra el Autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte, y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fué a ellos y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores: que era amigo de convites, de gente perdida y profana; y a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía, que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina, que después no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos a ellos y a Judas el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y de él salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

Todos los pensamientos de Judas eran patentes, no sólo al divino Maestro, sino también a su Madre santísima. Y el Señor no habló palabra a Judas, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas a su obstinado corazón. Pero la Madre de clemencia añadió a ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite (que fué sábado antes del domingo de Ramos) le llamó y habló a solas, y con dulcísimas y eficaces palabras, y copiosas lágrimas, le propuso su formidable peligro, y le pidió mudase de intento; y si tenía enojo con su Maestro, tomase contra Ella la ven-

ganza, que sería menor mal; porque era pura criatura, y El su Maestro y verdadero Dios. Y para saciar la codicia de aquel avariento corazón le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre había recibido de mano de la Magdalena: pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas, ni tan vivas y dulces razones hicieron mellá en su corazón más duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder, y le hacían fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció más y calló, mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dió; porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María Santísima, y se fué a su Hijo y Maestro; y llena de amargura y lágrimas se arrojó a sus pies, y le habló con razones prudentísimas, pero muy dolorosas, de compasión o de algún sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecía algunas tristezas por las mismas razones que después dijo a los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte. Y todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habían de malograr su pasión y muerte, como adelante diré.

CAPITULO VII

San Juan fué uno de los enviados a preparar la cena legal. Preguntó a Cristo quién era el traidor. Favores que recibió en el Pecho de Jesús.

El sábado que sucedió la unción de la Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro divino Maestro a su recogimiento; y su Madre santísima, dejando a Judas en su obstinación, se fué a la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía.

Llegado el día, que fué el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en llegando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme a las profecías de Isaiás (Isai. LXII, 11.) y Zacarías (Zach. ix, 9), que muchos siglos antes lo dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (Matth. xxi, 4; Marc. xi, 1; Luc. xix, 30; Joan xii, 13), y cuentan lo que fué visible y patente a los ojos de los circunstantes.

Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los santos ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Y entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo, y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró. (1)

Estuvo Su Majestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania (2), de donde había venido, y después los días siguientes hasta su Pasión volvió a Jerusalén.

El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén (3) (que fué el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo) se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (Matth. xxvi) (4), para maquinare dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque los había irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad. Y esto cayó sobre el milagro de resucitar a Lázaro, y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo; y habiendo resuelto que convenía quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás (5), profetizando lo

(1) Matth. XXI, 12; Luc. XIX, 45.

(2) Matth. XXI, 17, 18.

(3) Matth. XXII, 17.

(4) V. 3 y 4; Marc. XIV, 1.

(5) Joan. XI, 49.

contrario de lo que pretendía. Como Judas estaba ya ya entregado a su misma codicia y maldad, y destituido de la gracia que para revocarla era menester, acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto, y trató con ellos de la entrega de su Maestro, y se remató la venta con treinta dineros (1), contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Y así estaba dispuesto por la sabiduría infinita, cuya providencia lo disponía.

Al mismo tiempo sucedió lo que refiere San Mateo que dijo nuestro Redentor a los discípulos (2): Sabed que después de dos días sucederá, que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. No estaba Judas presente a estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego a los apóstoles, y como pérfido y descreído andaba inquiriendo y preguntando a sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, a qué lugar habían de ir desde Betania, y qué determinaba su Maestro hacer aquellos días.

Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, después que volvió del triunfo de Jerusalén, acompañado de sus apóstoles. Volvamos ahora a lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió a su Hijo santísimo aquellos tres días que pasaron desde el domingo de los Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver a Jerusalén y enseñar en el templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió a Jerusalén, como ya he dicho. En estos últimos viajes informó a sus discípulos con más abundancia

(1) *Matth.* XXVI, 15.

(2) *Matth.* XXVI, 2.

y claridad de los misterios de su pasión y redención humana.

Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos a su pasión tan altos sacramentos y misterios de la redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. Y de los que yo he conocido puedo manifestar muy poco: pero en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó David incierto y oculto de su sabiduría (Psalm. 1); que fué el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fué nuestra reparación, glorificación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Ordenóle Su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba a recibir, y la previno de nueva luz y enseñanza.

Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada a Jerusalén el jueves, que fué el de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los apóstoles que consigo tenía.

En seguimiento del autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de la Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y seguían a Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando a sus apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le vieses padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás; así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando vieses morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente.

Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Re-

dentor el jueves a la tarde, que precedió a su pasión y muerte; y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían, y a todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso, con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los apóstoles; porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor.

Preguntáronle (1) dónde quería celebrar la Pascua del cordero (que aquella noche cenaban los judíos, como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo, y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor, y de los misterios que El mismo y por El se habían de obrar; aunque entonces no estaban los apóstoles harto capaces para conocerlos). Respondióles el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan, que se adelantasen a Jerusalén, y preparasen la cena del cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal, y devoto del Salvador, y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el Autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos apóstoles, y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped, para celebrar la gran solemnidad de los Azimos, que así se llamaba aquella Pascua.

(1) Matih. XXVI. 17; Marc. XIV, 12; Luc. XXII, 9.

Fué ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias, y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande (1), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía (aunque él y los doce apóstolés lo ignoraban) para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos: y en breve espacio fué también su Madre santísima con su congregación de las santas mujeres que la seguían: y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró a su Hijo santísimo, como acostumbra, y le pidió la bendición, y que la mandase lo que debía hacer. Ordenóla Su Majestad que se retirase a un aposento de la casa (que para todo era capaz), y allí estuviese a la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche, y que confortase y diese luz a las mujeres que la acompañaban, de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora, y se retiró con su compañía.

Nuestro Salvador y Maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce apóstoles y otros discípulos, y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (2), sin faltar a cosa alguna de los ritos que El mismo había ordenado por medio de Moisés. Y en esta cena última dió inteligencia a los apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habían dado a los antiguos Padres y Profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo, y había de obrar como Reparador del mundo; y que la ley antigua de Moisés y sus figuras quedarían eva-

(1) Luc. XXII, 12.

(2) Exod. XII, 3.

cuadas con la verdad figurada; y no podían durar más las sombras, llegando en El la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual sólo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que El mismo enseñaba: y con la eficacia que daría a los nuevos Sacramentos de su nueva ley, y todos los antiguos cesarían, como ineficaces y sólo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término a sus ritos y obligación de la ley, pues toda se había encaminado a prevenir y representar lo que Su Majestad estaba obrando; y conseguido el fin, cesaba el uso de los medios.

Con esta nueva doctrina entendieron los apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando; pero los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los apóstoles. Judas fué quien atendió y entendió menos, o nada en ellas; porque estaba poseído de la avaricia, y sólo atendía a la traición aleposa que tenía fraguada, y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto.

Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del eterno Padre, por haberse cumplido en Sí mismo las figuras de la antigua ley, y por la exaltación de su nombre, que de ella redundaba; y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró, y alabó a la Divinidad como a superior infinitamente, y hablando con el eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorósima exclamación.

Acabada la cena legal y bien informados los apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice San Juan (Joan. XIII, 4), para lavarles los pies. Y primero

hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena.

Levantóse nuestro divino Maestro de la oración que hizo, y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó Su Majestad sentar con orden a sus discípulos, como haciéndolos a ellos grandes, y ser Su Alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies, aunque no los cubría.

Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista (1), recibió una toalla o mantel largo, y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Y luego echó agua en una vacía (Joan XIII, 5) para lavar los pies de los apóstoles, que con admiración estaban atentos a todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

Llegó a la cabeza de los apóstoles, San Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso apóstol vió postrado a sus pies al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo y renovada en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba, y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo (2): *¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies?* Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: *Tú ignoras ahora lo que Yo hago, pero después lo entenderás.* Que fué decirle: obedece ahora primero a mi dictamen y voluntad y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento, y creer que conviene lo que Yo hago, y después de haber creído y obedecido, entenderás los misterios ocultos de mis obras, a cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia; y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Ni tampoco tu humildad se

(1) Joan, XIII, 4.

(2) Joan, XIII, 6.

puede anteponer a la mía; Yo me humillé hasta la muerte (1) y para humillarme tanto obedecí; y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina; y con color de humillarte eres inobediente, y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.

No entendió San Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro; porque aunque estaba en su escuela, no había llegado a experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto; y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad, replicó al Señor y le dijo (2): *Jamás consentiré, Señor, que Tú me laves los pies.* Respondióle con más severidad el Autor de la vida: *Si Yo no te lavare, no tendrás parte Conmigo.*

Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia; porque, al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenía san Pedro en resistir a una obra tan inaudita, y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que a sus pies estuviera postrado el mismo Dios, a quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega, y sin buscar otra razón para resistir a ella. Y en este misterio quería nuestro Salvador saldar lá inobediencia (3) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo; y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de san Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no

(1) 2 Phillip. II, 8.

(2) Joan. XIII, 8.

(3) Rom. V, 19.

obedecía no tendría parte en El: que fué excluirle de sus merecimientos y fruto de la Redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino; donde aunque se quería dar el Señor, no por partes, sino por entero, y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo; con todo eso la inobediencia pudiera privar al apóstol de este amoroso beneficio, si en ella perseverase.

Pero con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó san Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego (1): Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza, para que todo me lavéis. Que fué decir: Ofrezco mis pies para correr a la obediencia, y mis manos para ejercitarla, y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este rendimiento de san Pedro, y le dijo (2): Vosotros estáis limpios, aunque no todos (porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas), y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies. Esto dijo Cristo señor nuestro porque los discípulos (fuera de Judas) estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina; y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves o veniales, para llegar a la comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia, y con mayor plenitud y eficacia; que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó San Pedro, y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas; porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

(1) Joan. XIII, 9.

(2) Joan. XIII, 10.

Pasó el divino Maestro a lavar a Judas, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo, para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas en dos cosas: la una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies, y se los lavó, besó, y llegó al pecho; la otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia; porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas que con otro de los apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas, y de todo punto se había alejado de Dios, y entregado al demonio, y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad; con esto resistió a todos los favores e inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Juntóse el temor que tuvo a los escribas y fariseos de faltarles a lo contratado con ellos. Y como a la presencia de Cristo exterior, y a la fuerza interior de los auxilios quería la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura, y le encendió en ira, y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiel amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

Resistió la maldad de Judas a la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado todos los tesoros (1) y virtud de hacer maravillas, y enriquecer a todas las criaturas. Y aun-

(1) Joan. XIII, 3.

que no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del Autor de la vida, y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada; el semblante grave y sereno, de una hermosura apacible y dulcísima; el cabello nazareno uniforme; el color entre dorado y castaño; los ojos rasgados, y de suma gracia y majestad; la boca, la nariz, y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo, y en todo se mostraba tan agradable y amable; a los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor. Y sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas a sus pies, y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios: pero tal fué su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón; antes se irritó de la suavidad del Señor, y no le quiso mirar al rostro, ni atender a su persona; porque desde que perdió la fe y la gracia, tuvo este odio con Su Majestad y con su Madre santísima, y nunca los miraba a la cara.

Dió fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies, y volviendo a tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos, y les hizo aquel gran sermón que refiere el Evangelista San Juan, comenzando por aquellas palabras: ¿Sabéis lo que Yo he hecho y obrado con vosotros? Llamáisme Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy (1). Pues si Yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis vosotros la-

(1) Joan. XIII, 15.

varos unos los de los otros; porque Yo os he dado este ejemplo, para que lo hagáis como Yo lo acabo de hacer; pues no ha de ser el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el apóstol ha de ser mayor que quien le envía.—Y prosiguió Su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo a los apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo a repetirla, remitiéndome a los Evangelistas.

Este sermón ilustró de nuevo a los apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, Encarnación, y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía, y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados san Pedro y san Juan; porque cada uno recibió mayor o menor ciencia, según su disposición y la voluntad divina. Y lo que refiere san Juan de las preguntas que á instancia de san Pedro hizo a Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le había de vender, según le dió a entender Su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde san Juan estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro (1). Y san Pedro lo deseó saber, para vengarlo o impedirlo con los fervores que ardían en su pecho, y solía manifestar sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró san Juan, aunque él le conoció por las señas del bocado que dió Su Majestad a Judas, en que dijo al Evangelista le conocería (2); y lo conoció para sí solo, y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

En este favor y otros muchos fué privilegiado san Juan, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador; porque allí conoció altísimos

(1) Joan. XIII, 25.

(2) Joan. XIII, 26.

misterios de su divinidad y humanidad, y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de Ella; y porque en la cruz no le dijo: Ella será tu Madre, ni El será tu Hijo; sino, véis ahí a tu Madre (1), porque no lo determinaba entonces, sino que fué como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado (a).

De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies, y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Señor, las miraba, no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba; sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de Moisés lo estaba la ley (2). Y de todo lo que convenía informar a las santas discípulas que Consigo tenía, les daba luz, y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima

Hija mía, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los más importantes para todos los que viven en carne mortal y con peligro de perder el bien eterno; porque en solicitar la intercesión de mis ruegos y clemencia, y en temer con discreción los juicios del Altísimo (3), se reduce el eficaz medio de la salvación y adelantarse en el premio. Y quiero que

(1) Joan. XIX, 27.

(a) «Lo que hizo el señor al pie de la cruz en público, —dice la Ven. en su obra inédita. *Leves de la Esposa. Conceptos y suspiros...* pág. 33. — hizo aquí en secreto, de darle título de hijo de su Madre santísima; y por eso dijo después. ves ahí a tu hijo; y al discípulo, ves ahí a tu madre; y no dijo, él será tu hijo y tú serás su madre, porque no era determinario de nuevo, sino confirmar lo que estaba hecho.»

(2) Deut. V, 22.

(3) Psalm. CXVIII, 20.

de nuevo entiendas cómo entre los secretos divinos que mi Hijo santísimo reveló a su amado y mío Juan en la noche de la cena, fué uno de que este amor le había adquirido por el que me tenía, y que Judas había caído por haber despreciado la piedad que Yo mostré con él. Y entonces entendió el Evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró Conmigo; y en lo que me había de ejercitar en la Pasión, trabajar y padecer; y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de Mí. Carísima, la pureza de alma que de ti quiero ha de ser más que de ángel; y si te dispones para alcanzarla, conseguirás también el ser mi hija carísima como Juan, y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el que sin merecerlo te manifiesto.

Y quiero también que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados más feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia, y en especial Yo que fuí escogida para Madre suya y remedio universal de todos. Y si el no amar a los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor (1) y a los Santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos (2) y amor? Este consejo monta mucho más de lo que puedes conocer en la vida mortal, y es una de las señales de reprobación aborrecer a los justos.

(1) *Matth.* XVIII, 35.

(2) *Psal.* XXXIII, 16.

CAPITULO VIII

En la cena sacramental que Cristo celebra con sus Apóstoles, fué muy ilustrado de algunos misterios el evangelista San Juan.

Cobarde llego a tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía, y lo que sucedió en su institución; porque levantando los ojos del alma a recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se me manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos, y como inhábil en las potencias, por no faltar a la obediencia, y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María Santísima. Y si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condición y admiración; que no es fácil descender a las palabras exteriores y propias cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar a solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos; porque ésta era la costumbre de los judíos. Y acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando

fin con esta ceremonia a las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas, y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia: y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que permanece en la Iglesia católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato o salvilla, y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los sagrados apóstoles para consagrar cuando pudieron, y fué tiempo oportuno y conveniente. Sentóse a la mesa Cristo nuestro bien con los doce apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura, y púsolo sobre el plato, y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester.

Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima a sus apóstoles; y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad y humanidad y obras de la Redención. Encomendóles la paz (1), y unión de la caridad (2), y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Ofrecióles, que amándose unos a otros, los amaría su eterno Padre como le amaba a El. Dióles inteligencia de esta promesa, y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y ley de gracia. Renovóles la luz interior que tenían de la suprema dig-

(1) Joan. XIV, 27.

(2) Joan. XVII, 26.

nidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. Y de todos estos misterios fué más ilustrado San Juan, por el oficio a que estaba destinado. Pero la gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba todo lo que su Hijo santísimo iba obrando en el Cenáculo; y con profunda inteligencia le penetraba y entendía más que todos los apóstoles y los ángeles juntos que asistían. Fueron traídos por los mismos ángeles al Cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes a la nueva maravilla y fundación de la ley evangélica, y participasen de sus misterios admirables.

Estando juntos todos los que he dicho, esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el Cenáculo la persona del eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Jordán y en el Tabor. Y de esta visión, aunque todos los apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron; en especial el evangelista San Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasladóse todo el cielo al Cenáculo de Jerusalén; que tan magnífica fué la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la ley de gracia, y se previno nuestra salud eterna. Y para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo; por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen, y se dicen, o predicán de una misma persona, como también la misma se llama Dios y hombre y conforme a esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado a su eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre (1), sino

(1) Joan. X, 30.

en la humana, en que era menor (1), porque consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el Cenáculo confesó con alabanza y magnificencia a su eterno Padre por su divinidad y ser infinito; y pidiendo luego por el linaje humano, oró, y dijo:

Padre mío y Dios eterno, Yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprendible, en la cuál soy una misma cosa Contigo (2) y con el Espíritu Santo, engendrado *ab æterno* por tu entendimiento (3) como figura de tu sustancia (4) y tu imagen de tu misma individua naturaleza. La obra de la redención humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumir, y darle la suma perfección y plenitud de tu divino beneplácito, y pasar de este mundo a tu diestra, y llevar a Ti a todos aquellos que me diste (5), sin que se pierda alguno en cuanto a nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (6), y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos, si los dejo sin mi asistencia, no quedándome con ellos. Quiero, Padre mío, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre y restaurar copiosamente el derecho que perdieron a la felicidad eterna para que fueron criados.

Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario que les queden otros reme-

(1) *Ibid.* XIV, 28.—(2) *Joan.* X, 30.—(3) *Psalm.* CIX, 5.—(4) *Hebr.* I, 3.—(5) *Joan.* XVII, 12.—(6) *Prov.* VIII, 51.

dios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna; con que determinamos su creación de la nada para ser y tener existencia, fué para comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad; y tu amor, que fué el que a Mí me obligó a nacer pasible, y humillarme por ellos hasta la muerte de cruz (1), no se contenta ni satisface, si no inventa nuevos modos de comunicarse a los hombres según su capacidad, y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas a lá sensible condición de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible e inmaterial.

Para estos altísimos fines de vuestra exaltación, y gloria pido, Señor y Padre mío, el *fiat* de vuestra voluntad eterna en mi nombre y de todos los pobres y afligidos hijos de Adán. Y si provocan sus culpas a vuestra justicia; su miseria y necesidad llama a vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo Yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble a mi divinidad; la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir; la humildad con que me sujeté a los hombres y a sus depravados juicios y la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasión, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria, y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mío, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza (2), y de todos los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre; para

(1) Phillip. II, 8.

(2) Colos. I, 18.

que como hijos sean herederos Conmigo de tus bienes eternos (1), y como miembros (2) participasen el influjo de lá cabeza que les quiero comunicar, según el amor que como a hermanos les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos Conmigo a tu amistad y participación en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.

Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mío, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengenerados con el sacramento del Bautismo en tu amistad y gracia con plenitud, y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros para que renazcan en la de tu aceptación. Sean desde luego herederos de tu gloria: queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan: queden limpios de la mácula del pecado original: reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperando y amándote por Ti mismo. Reciban también las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado, y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este Sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás Sacramentos, y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo también que tras este Sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar, y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razón. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley, y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el sacramento de la Penitencia, donde reconociendo sus culpas con dolor, y confesándolas, se res-

(1) Rom. VIII, 17.

(2) I Cor. VI, 15.

tituyan al estado de la justicia, y continúen los merecimientos de la gloria que les tengo prometida, y no queden triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

Justificados los hombres por medio de estos Sacramentos, estarán capaces de la suma participación y amor que Conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal; y ésta ha de ser recibíendome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino: y en las del pan dejaré mi cuerpo, y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente; aunque así dispongo este sacramento misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado a la condición humana y al estado de los viadores, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros (1). Y para que tengan otro Sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de vida, les ordeno el sacramento de la Unción extrema, que también será alguna prenda de su resurrección en los mismos cuerpos señalados con este Sacramento. Y porque todos se ordenan a santificar los miembros del cuerpo místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y orden, dando a cada uno el grado conveniente a su ministerio; y quiero que los ministros de estos Sacramentos tengan orden en otro que los ponga en el supremo grado de sacerdotes, respeto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el sacramento de la Orden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia; y aunque todos la recibirán de Mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y

(1) Matth. XXVIII, 20.

sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo, y todos le obedezcan en la tierra. Y para más perfección de mi Iglesia ordeno el último sacramento de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena a la propagación humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos a todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.

Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra, y ofreció al eterno Padre como Madre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria a las obras de su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió a Ella esta petición, como en otras ocasiones; fomentando de su parte a la misericordia para que el eterno Padre no mirase a su Unigénito sólo, pero siempre en compañía de su Madre. Y así los miró a entrambos, y aceptó las oraciones y peticiones (respectivamente) de Hijo y Madre por la salud de los hombres.

Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo, bien nuestro, el pan que estaba en el plato; y pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo a que entonces, y después en la santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente, real y verdaderamente en la hostia, como quien las obedecía, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que a los apóstoles, a los ángeles y a la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido transustancialmente en

su verdadero cuerpo; y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz y convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el eterno Padre: Este es mi Hijo dilectísimo, en quien Yo tengo mi agrado, y le tendré hasta el fin del mundo; y estará El con los hombres el tiempo que les durare su destierro.—Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia a la Divinidad en el Sacramento de su cuerpo y sangre. Y la Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró a su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los ángeles de su custodia, y con ellos hicieron lo mismo todos los ángeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre, y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

Todos los apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio (excepto el traidor Judas), le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían a esta misa nueva, y así lo hicieron todos. Y en esta elevación fué más ilustrada su purísima Madre, y San Juan, Enoc y Elías, para conocer por especial modo cómo en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo, y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima, y su cuerpo y sangre; y cómo estaba la Divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo; y por estas uniones y existencias, inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres

Personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora, y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración, y cómo tenían ya virtud divina, para que pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan en su cuerpo, y la del vino en su sangre, dejando a los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el sagrado cuerpo de Cristo nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos a él; porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra; y está todo en toda la hostia, y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo a la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto a la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos, y éstas del pecho, y así las demás; pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio.

extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar sólo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

Entendió asimismo que el ságrado cuerpo, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durásen sin corromperse los accidentes del pan y del vino; porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y ésta fué como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede después de recibido el Sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, o por otras causas que pueden hacer lo mismo; entonces crea Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación; y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo ságrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta, y se introduce la forma humana que es el alma. Y esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente a la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza; porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añade de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

Todos estos y otros milágnos recopiló la diestra del Omnipotente en este augustísimo sacramento de la Eucaristía; y todos los entendió la Señora del cielo

y tierra, y los penetró profundamente; y en su modo San Juan y los Padres que allí estaban de la ley antigua, y los apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando Ella las gracias al eterno Padre y a su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Y esta atención le duró toda la vida, y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprehensible y torpe olvido.

Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo Sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho, le dividió con sus sagradas manos, y se comulgó a Sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior a la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió, y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la Comunión en el cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables; porque por un breve espacio redundaron en El los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor; pero esta maravilla sólo fué manifiesta a su purísima Madre, y algo conocieron San Juan, Enoé y Elías. Y con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vió la Virgen Madre

con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo santísimo a sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Y todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanzas al eterno Padre, y se ofreció a Sí mismo sacramentado por la salud humana, y luego partió otra partícula del pan consagrado, y la entregó al arcángel san Gabriel, para que la llevase y comulgase a María Santísima. Quedaron los santos ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocase a los hombres y no a ellos: y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos.

Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada Comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables ángeles; y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazón como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la Resurrección, cuando consagró San Pedro, y dijo la primera misa, como diré adelante: porque ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y también para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (1); porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro

(1) Matth. XXVIII, 20.

modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figurás en el arca de Moisés (1). Y en todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dió gracias al eterno Padre y a su Hijo santísimo con nuevos cánticos à imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

Después de comulgada la divina Princesa, dió nuestro Salvador el pan sacramentado a los apóstoles, y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron; y les dió en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron a ejercer comulgándose cada uno a sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas, y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de sacerdotes, como fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica (2). Luego San Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas, y comulgó a los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilataba por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo. Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio, y fueron restituídos a su lugar por ministerio de los santos ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su Encarnación, Redención y Resurrección general a las leyes antiguas, natural y escrita; porque todos esos miste-

(1) Hebr. IX, 4.

(2) Ephes. II, 20.

rios encierra en sí el Sacramento de la Eucaristía: y dándoseles a los dos varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal, se extendió esta participación a los dos estados de la ley natural y escrita; porque los demás que le recibieron pertenecían a la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías, y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio. Hizo nuestro Salvador gracias al eterno Padre, y con esto dió fin a los misterios de la cena legal y sacramental, y principio a los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos, y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

CAPITULO IX

San Juan en la oración que hizo nuestro Salvador en el huerto.

Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo, dejaba dispuesto y ordenado el reino que el eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado; y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la redención humana.

Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios; y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén, a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trastrochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fué deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces; y al punto que los perdió de vista partió a toda priesa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer; y con este inquieto orgullo (como mal seguro de conciencia) llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices.

Y cómo el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban, cuando llegó Judás, cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos, en está ocasión entró el traidor, y les dió cuenta cómo dejaba á su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete; que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos, para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices, y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once apóstoles tratando de nuestra salud eterna, y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma maliciá humana, y de la inmensa bondad y caridad divina: que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos á lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fué posible: lá malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador; y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad.

Fué como necesario en esta ocasión (a nuestro modo de entender) que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo a su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas, en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres; y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana; y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban deposi-

tados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva Fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales; y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní, y hablando con todos los apóstoles que le seguían, les dijo: Esperadme, y asentaos aquí, mientras Yo me alejo un poco a la oración; y orad también vosotros para que no entréis en tentación.—Dióles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer; y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias; porque el Pastor (como estaba profetizado) había de ser maltratado y herido, y las ovejas serían derramadas.

Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Y estando con los tres apóstoles levantó los ojos al eterno Padre, y lo confesó y alabó como acostumbraba; y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de Zacarías, dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el Pastor y sobre el Varón que estaba unido con el mismo Dios, y ejecutase en él todo su rigor, y le hiriese

hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano; y dió consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en El se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible; y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

Esta oración fué como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por David (1). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias, y con ellas dijo a los tres apóstoles (2): *Triste está mi alma hasta la muerte*. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dió lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir, y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fué la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos. Y no dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte; porque fué menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la Redención, estaba

(1) Psalm. LXVIII, 2.

(2) Marc. XIV, 34.

prontá su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su Transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio; y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dió.

Fué también como necesario, para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa, para que con tanta profundidad le anegase; porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (1). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres apóstoles que estaban presentes, y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como El mismo se lo había declarado por muchos modos y preveniciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla; pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte; para que viéndole a El afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres apóstoles Pedro, Juan y Diego, porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina,

(1) Cant. VIII, 7.

santidad de sus obras y potencia en sus milagros; que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenía sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fué conveniente que de su presencia conociesen y viesen estába triste y afligido como hombre verdadero; y en el testimonio de estos tres apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia santá informada contrá los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador; y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

Ilustrados interiormente los tres apóstoles con esta doctrina, añadió el Autor de la vida y les dijo (1): *Esperadme aquí, y relad y orad Conmigo*. Que fué enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido, y que estuviesen con El constantes en su doctrina y fe, y no se desviasen á la parte del enemigo: y para conocerle y resistirle, estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la Pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre eterno, y le dijo (2): Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz.—Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres; después que despreciando la confusión de su pasión (3), la abrazó de voluntad, y no admitió el gozo de su humanidad; después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones; después que hizo tanto aprecio

(1) Matth. XXVI, 38.

(2) Matth. XXVI, 39.

(3) Hebr. XII, 2.

de los hombres, que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría, y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo El pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

Y para manifestar lo que yo entiendo advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos, y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo: y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingrátitudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida; y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador; pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso; porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo: Si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (1). Y este cáliz fué tanto más amargo para Cristo

(1) *Matth.* XX, 22.

nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1), y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fué pedir al Padre pasase de El aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos. Y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese; pues la redención que ofrecía era superabundante para todos, y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba, para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente; y si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos (2) orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (3), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y a nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salud eterna: y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados; y conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba, y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su eterno Padre (4) y que todas las cosas le eran posibles a su infinita majestad y grandeza.

(1) I Cor. I, 23.

(2) Matth. XXVI, 44.

(3) Luc XXII, 43.

(4) Marc. XIV, 36.

Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad, y con la resistencia que conocía de parte de los hombres, para lograr en todos su pasión y muerte: y entonces llegó a sudar sangre con tanta abundancia de gotas muy gruesas, que corría hasta llegar al suelo (1). Y aunque su oración y petición fué condicionada, y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos; pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales, y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice, y que los justos y santos participasen el fruto de la Redención y con grande abundancia, y les aplicasen muchos dones y gracias de que los réprobos se harían indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la Pasión por todos respectivamente: para los réprobos como suficiente, y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos; y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia. Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza (2) y de su artífice Cristo nuestro bien.

Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el eterno Padre al santo arcángel Miguel (3), que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma; porque nada le pudo decir el ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho, tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de

(1) Luc. XXII, 44.

(2) Colos. I, 18.

(3) Luc. XXII, 43.

su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz; y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del santo arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia; porque la experiencia es nueva, y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre eterno fué representarle e intimarle en el sentido, que no era posible (como Su Majestad sabía) salvarse los que no querían ser salvos; porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos; y que entre aquéllos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su Redención; y que se lograría en los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (1) que volvió a visitar a los apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen, y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo Pastor, para dar forma a los prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas; porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho

(1) Matth. XXVI, 41.; Marc. XIV, 38; Luc. XXII, 42

está lo que deben hacer los prelados, posponiendo otros negocios e intereses à la salud de sus súbditos.

Volvió, pues, a donde estaban los tres apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y à imitar à su divino Maestro: pero hallólos durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían, y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertárlas estuvo Su Majestad mirándolos, y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro, y le dijo (1) : Simón, ¿así duermes, y no pudiste velar una hora Conmigo? Y luego replicó a él y a los demás, y les dijo: Velad y orad, para que no entréis en tentación; que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros.—La razón porque reprendió à San Pedro no sólo fué porque él era cabeza y elegido para prelado de todos, y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor, y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen; sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor à los que ama corrige, y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los apóstoles, San Pedro. La tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar à todos los apóstoles, cuando ya Judas venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente.

(1) Marc XIV, 37, 38.

CAPITULO X

Entrega y prendimiento de nuestro Salvâdor

Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando a su eterno Padre, y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judás apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos. Y con la instancia de Judas, juntaron con prestezá los pontífices y fariseos mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno, y otros muchos judíos fuesen a prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso, y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado Jeremías (Jer. xi, 19) expresamente: Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y lanternás (1) como el autor de la traición lo había prevenido, temiendo, como álevoso y pérfido, que su amantísimo Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mágico, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina potencia valieran las armas y prevenciones de los hombres si quisiera usar de ella, como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad á la pasión, afrentas y muerte de cruz.

En el ínterin que llegaban, volvió Su Majestad tercera vez a sus discípulos, y hallándolos dormidos les dijo (2): *Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó*

(1) Joan. XVIII, 5.

(2) Marc. XIV, 41.

la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido.—Estas razones dijo el Maestro de la santidad a los tres apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con sumá paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían qué responder al Señor (Marc. xiv). Levantáronse luego, y volvió con los tres a juntarse con los otros ocho, donde los había dejádo, y también los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Y ordenó el divino Madstro que todos juntos debajo de su Cabeza, en forma de congregación y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces, y no ser vencida de él; porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiástés (iv, 12), difícil es de romper, y a el que contra uno es poderoso dos le podrán resistir, que este es el emolumento de vivir en compañía de otros. Amonestó de nuevo el Señor a todos los apóstoles juntos, y prevínolos para el suceso: y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían a prenderle. Y Su Majestád adelantó el páso para salirles al encuentro, y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y deidad suprema, habló y dijo: Pasión deseada de mi alma, dolores, llagás, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, llegad, llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo a la sálud de los mortales os aguarda: llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor, y os ha buscado, deseado y solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros, y os aprecio por lo que merecéis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio,

levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo (1), y merezca la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos; porque Yo solo quiero y puedo entrar en la batalla (2), para ganarles a todos el triunfo y la victoria.

Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas para dar a sus ministros la señal con que los dejaba prevenidos (3); que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba; que le prendiesen luego y no a otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero, y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver a su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte del alma, y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traición, y que el Autor de la vida muriese a manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor, y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dió paz en el rostro y le dijo (4): Dios te salve, Maestro; y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces más le desamparase la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios a lo sumo de la malicia, porque negando interiormente o descreyendo

(1) Osee. XIII, 14.

(2) Isai. LXIII, 5.

(3) Matth. XXVI, 48.

(4) Marc. XIV, 45.

la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición, y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero; y esto para entregar a tan afrentosa muerte y crueldades a su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. Y en una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual a su malicia; porque fué infiel, homicida, sacrilego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío, y maestro de todos los hipócritas; y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras de David (Psalm. cxix): *Con los que abarrecieron la paz, era yo pacífico: y cuando les hablaba, me impugnaban de balde, y sin causa.* Y esto lo cumplió Su Majestad, tan altamente, que al contacto de Judas, y con aquella dulcísima respuesta que le dió (1): *Amigo, ¿a qué veniste?* por intercesión de su Madre santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrozísima de su traición y las penas que por ella le esperaban, si no se retrataba con verdadera penitencia; y que si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Y lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien entendió Judas fué, como si le pusiera éstas en el corazón: *Amigo, advierte que te pierdes, y matogras mi liberal mansedumbre con esta traición. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido, y que*

(1) Matth. XXVI, 50

soy Hijo de la Virgen, de quien también has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por Ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar a su Hijo; pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, que sola ella será poderosa Conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida, que para ti muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos; porque estás aún en lugar de esperanza, y no te negaremos nuestra amistad si tú la quieres. Y si no merecerás nuestro aborrecimiento y tu eterna pena y castigo.—No prendió esta semilla tan divina en el corazón de este desdichado e infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, y resistiendo a la divina clemencia llegó a la desesperación, que diré en el capítulo siguiente.

Dada la señal del ósculo por Judas, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle; y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de once apóstoles, que eran y habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos, que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Y entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adestrando a Judas y a sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sa-

crilegas en su Criador. Habló con los soldados Su Majestad, y con increíble afecto al parecer y grande esfuerzo y autoridad, les dijo (1): ¿A quién buscáis?—Respondieron ellos: A Jesús Nazareno.—Replicó el Señor, y dijo: Yo soy.—En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio, y esperanzas de salud eterna, que sólo estaba librada en que fuese Su Majestad quien se ofrecía de voluntad a redimirnos con su pasión y muerte.

No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: Yo soy; pero entendióle su beatísima Madre, los ángeles, y también entendieron mucho los apóstoles. Y fué como decir: Yo soy el que soy (2); y lo dije a mi profeta Moisés; porque soy por Mí mismo, y todas las criaturas tienen por Mí su ser y existencia: soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos; y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo. Y como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra (3). Y de esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento de vida, más que si fueran muertos.

Estuvo nuestro Salvador con los once apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y Su Majestad divina, con semblante doloroso, contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos, y oyó la intercesión de su Madre santísima para dejarlos levantar, que

(1) Joan. XVIII, 4, 5.

(2) Exod. III, 14.

(3) Joan. XVIII, 6.

por este medio lo tenía dispuesto su divina voluntad. Y cuando fué tiempo de que volviesen en sí, oró al eterno Padre, y dijo: Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas, y en mi voluntad la redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme a la muerte, para merecerles a mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.—Con esta voluntad eficaz dió permiso el muy alto para que toda aquella canalla de hombres se levantasen restituídos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: ¿A quién buscáis?—Respondieron ellos otra vez: A Jesús Nazareno. Replicó Su Majestad mansísimamente: Ya os he dicho que Yo soy: y si me buscáis a Mí, dejad ir libres a estos que están Conmigo.—Y con estas palabras dió licencia a los ministros y soldados para que le prendiesen, y ejecutasen su determinación; que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (1).

El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderle, fué un criado de los pontífices llamado Malco. Y aunque todos los apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso san Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado que tenía le tiró un golpe a Malco, y le cercenó una oreja (2) derribándosela del todo. Y el golpe fué encaminado a mayor herida, si la providencia divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya, y sus llagas, sangre y

(1) Isai. LIII, 4.

(2) Joan. XVIII, 10.

dolores; cuando a todos (si lá admitieran) venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó lá oreja cortada, y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió á reprender a san Pedro, y le dijo (1): Vuelve lá espada a su lugar, porque todos los que la tomaron para matár, con ella perecerán. ¿No quieres que bebá Yo el cáliz que me dió mi Padre? ¿Y piensas tú que no le puedo Yo pedir muchas legiones de ángeles en mi defensa, y me los daría luego (2)? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecías?

Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado san Pedro, como cabeza de lá Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual, y que la ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa lá virtud divina de sus enemigos, y de lá potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de lá tierra, por las posesiones terrenas; y el cuchillo de la santa Iglesia há de ser espiritual, que toque a lás almas antes que a los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor a sus enemigos y ministros de los judíos, y les habló con grandeza de majestad, y les dijo (3): *Como si fuera la-*

(1) Joan. XVIII, 11.

(2) Matth. XXVI, 55.

(3) Matth. XXVI, 55; Marc. XIV, 48; Luc. XXII, 55.

drón venís con armas y con lanzas á prenderme, y ñuñcá lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero está es vuestra hora y el poder de las tinieblas.—Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprehensión del divino Maestro; pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Pero con todo eso, quiso el Autor de la vida reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable, y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprehensión y doctrina aquel pecado, y pecados que cometían; y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir; y para que junto con esto se conociera que él sabía todo lo que había de suceder, y se entregaba de su voluntad a la muerte, y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo Su Majestad aquellas palabras, hablándoles al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia, y el odio que contra él habían concebido, y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios a los sacerdotes y fariseos, y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna; y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos, y reducía a muchos pecadores a su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba que la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba; porque El mismo no quería ser preso en-

tonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso a los hombres y a los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abático, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: Está es vuestra hora y el poder de las tinieblas.— Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza, y por eso no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumir con mi muerte la obra de la redención humana que me ha encomendado mi Padre eterno; y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en Mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero, y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas; y así le llevaron a casa del pontífice.

CAPITULO XI

Proceder de san Pedro y san Juan en la prisión de su Maestro.

Ejecutada la prisión de nuestro Salvador Jesús, como queda dicho, se cumplió el aviso que á los apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (1), y que Satanás los acometería para zarandarlos como al trigo (2). Porque cuando vieron prender y átar a su divino Maestro, y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdieron el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando a vacilar en la fe, cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió a prender y encadenar al mansísimo Cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados; entonces los apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron (3) sin ser vistos ni atendidos de los judíos, que cuanto era de su parte (si lo permitiera el Autor de la vida) sin duda prendieran a todo el apostolado, y más viéndolos huír como cobardes o reos: pero no convenía que entonces

(1) Matth. XXVI, 31.

(2) Luc. XXII, 31.

(3) Matth. XXVI, 56.

fueran presos y padecieran. Y esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo, que si buscaban a Su Majestad, dejasen ir libres a los que le acompañaban (1); y así lo dispuso con la fuerza de su divina providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran; y por eso le preguntó el pontífice Anás al divino Maestro por sus discípulos y doctrina. (Joan, xviii, 19).

Dividieronse unos de otros huyendo a diferentes partes; porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos Pedro y Juan se juntaron para seguir de lejos a su Dios y Maestro hasta ver el fin de su Pasión (2). Pero en el interior de cada uno de los once apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón, sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor y natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado a su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes a morir con El, si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar, y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movía para que volviesen a buscarle, y se ofreciesen al peligro y a la muerte como fieles siervos y discípulos. A esto se juntaba el acordarse de su Madre santísima, y considerar su dolor incomparable y la nece-

(1) Joan. XVIII, 8.

(2) Joan. XVIII, 15; Matth. XXVI, 58.

sidad que tendría de consuelo, y deseaban ir á buscarle y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor parâ entregarse a la crueldad de los judíos y a la muerte, á la confusión y persecución. Parâ ponerse en presenciâ de la dolorosa Madre, les afligía y turbaba que los obligaría a volver donde estaba su Maestro, y si con Ella estarían menos seguros, porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugerencias de los demonios impías y terribles. Porque les arrojábâ el dragón en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose a la muerte; y que su Maestro no se podía librar á Sí, y menos podría sacarlos a ellos de las manos de los pontífices; y que en aquella ocasión le quitarían la vida, y con eso se acabaría toda la dependencia que de El tenían, pues no le verían más; y que no obstante que su vida parecía inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas, hasta entonces nunca vistas, y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley, y los pontífices, y todo el pueblo estaba indignado contra El; y que era fuerte cosa seguir á un hombre que había de ser condenado a muerte infame y afrentosa.

Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón de los fugitivos apóstoles; y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor a pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros, y cualquiera sombra o ruido les sobresaltaba. Y añadióles mayor temor la deslealtad de Judas; porque temían irritaría también contra ellos

la ira de los pontífices, por no volver a verse con ninguno de los once, después de perpetrada su alevosía y traición. San Pedro y San Juan, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio, más que los otros; y quedándose los dos juntos determinaron seguir a su Maestro con algún retiro. Y para tomar esta resolución les ayudó mucho el conocimiento que tenía San Juan con el pontífice Anás (1), entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos: y aquel año lo era Caifás, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre, para que todo el mundo no pereciese (2). Este conocimiento de San Juan se fundaba en que el apóstol era tenido por hombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos apóstoles siguiendo a Cristo nuestro Señor con menos temor. A la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos apóstoles, lastimados de su amargura, y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible; y particularmente se señaló en este afecto devoto el evangelista san Juan.

La divina Princesa desde el Cenáculo en esta ocasión estaba mirando por inteligencia clarísima, no sólo a su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los apóstoles interior y exteriormente. Por que miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fué patente a la candidísima paloma, no sólo no se indignó con los apóstoles, ni jamás les dió en rostro con la deslealtad que habían cometido; antes bien Ella fué el principio y el instrumento de su remedio. Y desde enton-

(1) Joan. XVIII, 15.

(2) Ibid. XI, 49.

ces comenzó a pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejáis a vuestro amantísimo Pastor que cuidaba de vosotros, y os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparáis a vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis aquél trato tan dulce y amoroso que atraía a sí vuestros corazones? ¿Por qué escucháis al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de los hombres! Alargad vuestra piedad a esta pequeña grey, a quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No entreguéis a las bestias las almas que os han confesado (1). Grande espera tenéis con los que elegís para vuestros siervos, y grandes obras habéis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobéis a los que escogió vuestra voluntad para fundamentos de vuestra Iglesia. No se gloríe Lucifer de que triunfó a vuestra vista de lo mejor de vuestra casa y familia. Hijo y Señor mío, mirad a vuestro amado discípulo Juan, a Pedro y Jacob favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. A todos los demás también volved los ojos de vuestra clemencia y quebrantad la soberbia del dragón, que con implacable crueldad los ha turbado.

A toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María santísima en esta ocasión, y las obras que hizo, y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo santísimo, y de las injurias afrentosas que padeció su divina persona (cuya veneración y ponderación estaba en lo sumo en su pru-

(1) Psalm. LXXIII, 19

dentísima Madre), sobre todo esto se le juntó el dolor de la caída de los apóstoles, que sola Su Majestad sabía ponderarla. Y miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo, y de la comunión que les había dado, con la dignidad de sacerdotes, en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos, y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los apóstoles más o menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio, y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios, para que luego volviesen a la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fué María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la ley evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Y sola María santísima era entonces toda la Iglesia; y sola Ella creía, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por Sí, por los apóstoles y por todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible a una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero, y con genuflexiones y postraciones le adoraba, y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado

con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico (1) : Que la música en el dolor es importuna; porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

Dejando a los once apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo a contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso, para dejarle en su lamentable y desdichada suerte, y volver al discurso de la Pasión. Llegó, pues, el sacrílego discípulo, con el escuadrón que llevaba preso a nuestro Salvador JESUS, a casa de los pontífices, Anás primero, y después a Caifás, donde le esperaban con los escribas y fariseos. Y como el divino Maestro a vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas, y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable; comenzó Judas a discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era la causa de que un hombre tan inculpable, y bienhechor suyo, fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milágrs que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo, y también se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima, y la caridad con que había solicitado su remedio, y la maldad obstinada con que ofendió a Hijo y Madre por un vilísimo interés; y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

Estaba Judas desamparado de la divina gracia (2) después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la jus-

(1) Eccl. XXII, 6.

(2) Eccl. XV, 14.

ticiá y equidad divina en la razón natural, y con muchas sugerencias de Lucifer que le asistía. Y aunque discurría Judas, y hacía juicio verdadero en lo que se há dicho; pero como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba a ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese a inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprendiese la imposibilidad, y desesperáse de él, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados; pero no por buen fin, ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por lá deshonra que padecería con los hombres, y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer, y que no era posible escaparse de El en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices, y no lo pudo hacer. Salióse fuera, y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos, y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desentonadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicísimo y desdichado entre los hombres.

Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes, y confesando su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas con prestezá, y a voces les dijo áquellas palabras (1): *Pequé entregando la sangre del Justo*. Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejó dichas (2)

(1) Matth. XXVII, 4.

(2) M. C. de D. t. III, n. 113 y sig.

y diré más adelante. Con esta repulsá que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas de desconfiar, persuadiéndose que no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Pilatos: pero como Judas no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos, y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas este formidable engaño, y saliéndose de la ciudad se colgó (1) de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas el mismo día del viernes a las doce, que es al mediodía antes que muriera nuestro Salvador; porque no convino que su muerte y nuestra consumada redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le había despreciado.

(1) Matth. XXVII, 5

CAPITULO XII

Llevan a nuestro Salvador atado a casa de Anás. Lo que hacen en este paso la Virgen, san Pedro y san Juan.

Digna cosa fuerà hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (1), no fueron comunes las penas que padeció; no se hallará dolor semejante como su dolor (2); no era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció Su Majestad por Sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros (3) y por las muestras: pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios; sino con otros vivos y eficaces se lá propongamos a nuestros sentidos. Pero ¡ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcánzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia, y los improporcionados términos no alcancen a declarar el concepto escondido del corazón. Suplá el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, seá extraordinario el dolor y

(1) Hebr. IV, 12.

(2) Thren. I, 12.

(3) Peir. II, 21.

el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso; pues todo será menos que la verdad del objeto, y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fué llevado desde el huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás (1). Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo (2), que no se fiasen de su Maestro, si no le llevaban muy amarrado y atado; porque era hechicero, y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes a la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la cintura y al cuello sobraban los dos extremos, y en ellos había unas argollas o esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos (3), y los ángeles, y todo el universo: y así argolladas y presas se las pusieron, no al pecho, sino a las espaldas. Y con este modo de prisión nunca oída no quedaron satisfechos ni seguros; porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor, y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extre-

(1) Joan. XVIII, 13.

(2) Marc. XIV, 44.

(3) Hebr. I, 10.

mos largos de la sogá para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda sogá sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura, y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos; porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (1), y la flaqueza o impotencia para el bien, en que por ellas incurrimos. Atáronle en el hueco, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas; porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrilega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los ángeles y los hombres, y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de delante, y otros de las que llevaba a las espaldas asidas de las muñecas; y con esta violencia nunca imaginada, unas veces le hacían caminar apriesa atropellándole; otras le volvían atrás y le detenían; otras le arrastraban a un lado y a otro, a donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra, y como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose, y recibiendo en él heridas y mucho polvo. Y en estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coces, atropellándole y pisándole, pasando sobre su Real persona y hollándole la cara y la cabeza: y celebrando estas injurias con algazará y mofa, le hartaban de oprobios, como lo lloró antes Jeremías (Thren. III,30).

Y llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa

(1) Isai. LIII, 6.

del pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los delincuentes que merecían castigo capital; y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte: y así le llevaban como intimándole la sentencia, antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anás a una gran sala, donde se asentó en el estrado o tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Le presentaron a Jesús atado y preso, y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

Callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaiás (LIII, 7); y el pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos (1), y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encaminó y enmendó a los más sabios (Sap. VII), ofreció al eterno Padre aquella humillación de ser presentado como reo ante el pontífice, y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Y respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante a la pregunta de su doctrina (2): *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos; y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas a Mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que Yo les he enseñado.* Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose a sus oyentes; así porque a Su Majestad no le darían crédito, antes bien le

(1) Joan. XVIII, 19.

(2) Joan. XVIII, 20, 21.

calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

No respondió por los apóstoles; porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente à la pregunta; con todo eso uno de los ministros que asistían al Pontífice fué con formidable audacia, levantó la mano, y dió una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió, diciendo (1): *¿Así respondes al pontífice?* Recibió el Señor esta desmedida injuria rogando al Padre por quien así le había ofendido; y estando preparado, y con disposición de volver y ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que El mismo había enseñado (2). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre (3): *Si Yo he hablado mal, da testimonio, y dí en qué está el mal que me atribuyes: y si hablé como debía, ¿por qué me has herido?* ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de sólo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! (Job, xxvi, 11). Este Señor es aquel de quien dijo Job (ix) que es sabio de corazón, y tan robusto y fuerte, que nadie le puede resistir, y con esto tendrá paz; que trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo; el que mueve la tierra en su lugar, y sacude una con otra sus columnas; el que manda al sol que no nazca, y cubre las estrellas con

(1) Joan. XVIII, 22.

(2) Matth. V, 39.

(3) Joan. XVIII, 23.

signáculo; el que hace cosas grandes e incomprensibles; el que a su ira nadie puede resistir, y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe; y Este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

Con la respuesta humilde y eficaz que dió Su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad: pero ni está confusión, ni la que pudo recibir el pontífice, de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió a él ni a los judíos para reprimirse en algo contra el Autor de la vida. Y en el ínterin que se continuaban sus oprobios, llegaron a casa de Anás san Pedro y el otro discípulo, que era san Juan. Y éste como muy conocido en ella, entró fácilmente, quedando fuera san Pedro, hasta que la portera, que era una criada del Pontífice, a petición de san Juan le dejó entrar (1), para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos apóstoles en el zaguán de la casa antes de la sala del Pontífice, y san Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. Y la portera miró, y reconoció a san Pedro con algún cuidado, como discípulo de Cristo, y llegándose a él le dijo (2): ¿Tú acaso no eres de los discípulos de este Hombre?—Esta pregunta de la criada fué con algún desprecio y baldón, de que san Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió, y dijo: Yo no soy discípulo suyo.—Y con esta respuesta se deslizó de la conversación, y salió fuera de la casa de Anás; aunque luego siguiendo a su Maestro fué a la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré.

Mayor fué para el divino Maestro el dolor de la negación de Pedro que el de la bofetada; porque a

(1) Joan. XVIII, 16

(2) Joan. XVIII, 17.

su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible, y las penas eran amables y dulces, por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negación, oró Cristo al eterno Padre por su apóstol, y dispuso que por medio de la intercesión de María santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora a la vista desde su oratorio a todo lo que iba sucediendo. Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio a su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase a él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima Reina conoció la negación de san Pedro, lloró con amargura, y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios, y que le levantaría de su caída. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando Su Majestad fué atado con las sogas y cadenas, sintió Ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas; y lo mismo sucedió en las demás heridas. Y como a esta pena se juntaba la del corazón de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre a llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si a un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido a Hijo y Madre juntos. Y en esta injuriosa contumelia, y en las blasfemias y desacatos llamó a los santos ángeles para que con Ella engrandecieran y adoraran a su Criador en recompensa de los oprobios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones (pero muy lamentables y dolorosas) confería con los mismos ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

CAPITULO XIII

Cristo, en casa de Caifás, es negado dos veces por san Pedro.

Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este Pontífice, atado (1) y preso como estaba, al Pontífice Caifás, que era su suegro, y aquel año hacía el oficio de príncipe y sumo sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo (2) para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero.

Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor de todo el universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía que ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica, y ceguísimas torpezas de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (Psalm. xxviii) está venciendo a los vicios, a la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo

(1) Joan. XVIII, 24.

(2) Matth. XXVI, 57

que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción! ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el Autor de la vida a su eterno Padre aquel triunfo, que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado; rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores, y la ignorancia de los ofensores. Y la misma petición y oración hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos, y de su Hijo santísimo, acompañándole e imitándole en todo lo que Su Majestad iba obrando; porque le era patente, como muchas veces he repetido. Y entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia, y correspondencia agradable a los ojos del eterno Padre.

El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso Corderillo; y todos juntos se alegraban, como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos, que sobornados con dádivas y promesas dijese algún falso testimonio contra Jesús, nuestro Salvador (1). Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios, que dijeron, ni convenían entre sí mismos (2), ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad (3). Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos (4) que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel templo de Dios hecho por manos de hombres, y edificar otro en tres días (5), que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conve-

(1) Matth. XXVI, 59.--(2) Marc. XIV, 56.--(3) Hebr. VII, 26.--
(4) Matth. XXVI, 60.--(5) Marc. XIV, 58.

niente este falso testimonio; aunque por él pretendían hacer cargo a nuestro Salvador, que usurpaba el poder divino y se lo apropiaba a Sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible, y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues Su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso; porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del tiempo material de Dios: y lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo a los compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacía, respondió (Joan. II, 19): y fué decirles, que desatasen aquel templo (entendiendo el de su santísima humanidad), y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna a todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Y viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor, se levantó de la silla, y le dijo (1): ¿Cómo no respondes a lo que tanto testifican contra ti?—Tampoco a esta pregunta respondió Su Majestad; porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra el Señor, y que no conociese le condenaban a muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, enfurecióse mucho más, porque se le frustraba su malicia.

Caifás hizo con grande saña e imperio a Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta (2): Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito. Esta pregunta de parte del pontífice fué arrojada y llena de temeridad e insipiciencia; porque en duda si Cristo era o no era Dios verdadero,

(1) Marc XIV, 60, 61.—(2) Matth, XXVI, 63.

tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crimen y temeridad; pues áquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme a razón y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió y dijo (1): *Tú lo dijiste, y Yo lo soy. Pero Yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy Yo, asentado a la diestra del mismo Dios, y que vendrá en las nubes del cielo.*

Pero el Pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez, y rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces (2): Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto?—Esta osadía loca y abominable de Caifás fué verdaderamente blasfemia; porque negó a Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba a su divina persona. Y como el ejemplo y juicio de los príncipes y prelados es tan poderoso para mover a los inferiores y al pueblo, inclinado a la lisonja y adulación de los poderosos; todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús, y respondiendo a Caifás dijeron en altas voces (3): Digno es de muerte; muera, muera.—Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro, y descargaron sobre El su furor diabólico; unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los

(1) Matth XXVI, 64.

(2) Matth. XXVI. 65

(3) Matth. XXVI, 66.

judíos trataban a los hombres que reputában por muy viles.

Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosás y desmedidás como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Y dicen san Lucas (xxii, 64) y san Marcos (xiv, 65) que le cubrieron el rostro, y así cubierto le herían con bofetadás y pescozones, y le decían: Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, dí quién es el que te hirió.

A nuestro Salvador Jesús había seguido san Pedro desde la casa de Anás a la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos; pero vencíale en parte con el amor que a su Maestro tenía, y con el esfuerzo connatural de su corazón. Y entre lá multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fué dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás; y acercándose a los soldados que también allí estaban al fuego, les dijo (1): Este hombre es uno de los que acompañaban a Jesús Nazareno;—y uno de los circunstantes le dijo (2): Tú verdaderamente eres galileo, y uno de ellos.—Nególo san Pedro (3), afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús, y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán (4), no se fué, ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador; porque lo detenía el amor y compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Y andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio o tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, a quien él había cortado la oreja, y le dijo (5): Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te ví con El en el huerto.—Entonces san Pedro cobró mayor miedo

(1) Marc. XIV, 67, 71.--(2) Luc. XXII, 58.--(3) Matth. XXVI, 72.

(4) Marc. XIV, 68.--(5) Luc. XXII, 59; Joan. XVIII, 26.

viéndose conocido, y comenzó a negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre (1). Y luego cantó el gallo segunda vez, y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces (2), antes que cántase el gallo dos.

San Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro (3); porque Su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo, porque en el Cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones, y el modo y causas con que el Apóstol las había hecho, afligido del temor natural, y mucho más de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora, y con lágrimas pidió por san Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo Santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió, para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de la casa del pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas por su caída: y para llorarla con amargura se fué a una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo: y dentro de tres horas volvió a la gracia, y alcanzó perdón de sus delitos; aunque los impulsos y santas inspiraciones se continuaron siempre.

(1) Matth. XXVI, 72.

(2) *Ibid.*, 34.

(3) Luc. XXII, 61.

CAPITULO XIV

Llevar a Jesús a casa de Pilatos, y le sale al encuentro María Santísima con san Juan y las tres Marías.

El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas (1), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo, y fuera condenado a muerte como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo (2), a la sala del concilio.

Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo (3), que quiere decir el unguido. Y esta segunda pregunta fué con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera, que la despreciasen, y tomase la calumnia algún color aparente; porque aun éste no podía haber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad, tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones; y si no la tenían, se entendiese que la culpa

(1) Matth, XXVII, 1; Marc, XV, 1; Luc. XXII, 66; Joan, XVIII, 28.

(2) Véase Mist, C. 1. III, n 1285 y sig.

(3) Luc. XXII, 66.

estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Respondiôles, y dijo (1):—Si Yo áfirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere; y si os preguntare algo, tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestrà de la virtud de Dios.—Replicaron los pontífices: ¿Luego tú eres Hijo de Dios?—Respondió el Señor: Vosotros decís que Yo soy.—Y fué lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que Yo soy Hijo de Dios; porque mis obras y doctrina, y vuestras escrituras, y todo lo que ahora hacéis conmigo, testifican que Yo soy Cristo, el prometido en la Ley.

Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asenso a la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias y la podían creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos (2): ¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues El mismo nos lo confiesa por su boca?—Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del Emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre o de muerte estaban reservadas al Senado o Emperador, o a sus ministros que gobernaban las provincias remotas: y no se las dejaban a los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querían que se mirase con mayor atención, y que ningún reo fuese condenado sin ser oído, y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo; porque en este orden de justicia se ajusta-

(1) Luc. XXII, 67, 68, 69, 70.

(2) Luc. XXII, 71.

ban los romanos más que otras naciones a la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el Gobernador romano le había condenado, y que no lo hiciera, si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad, y más sacrílegos que el juez de los gentiles: y así ordenó el Señor que se manifestase a todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido a celebrar la gran Pascua del cordero y de los Acimos; y con el rumor que ya corría en el pueblo, y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida, concurrió innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo. Otros respondían, no parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos. Otros, de los que habían creído, se affigían y lloraban y toda la ciudad estaba confusa y alterada.

Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo santísimo a casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del Cenaculo, llegó san Juan a darle cuenta de todo lo que pasaba; porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y visión que María santísima tenía de todas las obras y suce-

sos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de san Pedro, se había retirado san Juan, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huído en el huerto, y llegando a la presencia de la Reina, le confesó por Madre de Dios con lágrimas, y la pidió perdón; y luego le dió cuenta de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo a su divino Maestro. Parecióle a san Juan era bien prevenir a la afligida Madre, para que llegando a la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, le dijo estas palabras: ¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere; porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.—Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso; pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Oyéronlo también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora, y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo al apóstol Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene a los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte, y abrirles las puertas de cielo.

Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de san Juan y otras mujeres santas, aunque no todas la asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los ángeles de su guarda, a los cuales pidió que obrasen

de manera, que el tropel de la gente no la impidiese para llegar a donde estaba su Hijo santísimo. Obedecieronla los santos ángeles, y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso, que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos: otros decían cómo le querían crucificar: otros contaban dónde iba, y que le llevaban preso como hombre facineroso: otros que iba maltratado; otros preguntaban, ¿qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban? Y finalmente muchos con admiración o con poca fe decían: ¿En esto han venido a parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar. Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los hombres estaba la invencible Reina (aunque llena de incomparable amargura) constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados; y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. A todos miraba con caridad y les hacía bien.

Algunos de los que la encontraban por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno, y movidos de natural compasión la decían: ¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¿Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! ¿Qué mala cuenta has dado de tu Hijo? ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de

enseñar a sus hijos.—Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y a todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ignorantes, y rogando respectivamente al Muy Alto por los unos y los otros.

Entre esta variedad y confusión de gentes encaminaron los santos ángeles a la Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona, y le adoró y con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre: habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora, y fué siguiendo a Cristo nuestro Señor, hablando con Su Majestad en su secreto y también con el eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible.

Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos, y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio (1) o tribunal, fingiéndose muy religiosos, por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales; para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley: y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos; y viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera: y conforme al estilo de los romanos, les preguntó (2): ¿Qué

(1) Joan. XVIII, 28.

(2) Joan. XXIX, 30.

acusación es la que tenéis contra este hombre?—Respondieron los judíos: Si no fuera grande malhechor, no te le trajéramos así atado y preso como te le entregamos.—Y fué decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades, y somos tan atentos a la justicia y a nuestras obligaciones, que a menos de ser muy facineroso, no procediéramos contra El. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido?—Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta a la república, y se quiere hacer nuestro rey, y prohíbe que se le paguen al César los tributos (1): se hace Hijo de Dios, y ha predicado nueva doctrina, comenzando por Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén (2).—Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle.—Replicaron los judíos: A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela (3).

A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con san Juan y las mujeres que la seguían; porque los santos ángeles la acercaron a donde todo lo pudiese ver y oír: y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón: y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba el alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre eterno la concediese no perder a su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común, hasta la muerte; y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acu-

(1) Luc. XXIII, 2.

(2) Luc. XXIII, 5.

(3) Joan. XVlll, 31.

saciones y calumnias de los judíos, y que le condenaban a muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez, y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado a él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María Santísima tuvo Pilatos claro conocimiento de la verdad, y alcanzó que Cristo era inculpable, y que le habían entregado por envidia, como dice san Mateo (1): y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos a la verdad que conoció; y así no fué de provecho para él, sino para nosotros, y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

Deseaba lá indignación de los judíos hallar a Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea, y para esto engañaba y conmovía los pueblos (2), y se llamaba Cristo, que quiere decir unguido Rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos (3), porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es unguido como rey; y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se unguían, entendiese que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey unguido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor (4): ¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen? No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores; y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con

(1) Matt. XXVII, 18. — (2) Luc. XXIII, 5. — (3) Ibid. 2. — (4) Marcos XV, 4, 5.

el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos (1): Dime, ¿eres tú Rey de los judíos? No pudo pensar Pilatos que Cristo era Rey de hecho; pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era Rey de derecho y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador (2): Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablándote de Mí?—Replicó Pilatos: ¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado a mi tribunal: dime lo que has hecho y qué hay en esto.—Entonces respondió el Señor: Mi reino no es de este mundo; porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defenderían, para que no fuera entregado a los judíos; mas ahora no tengo aquí mi reino.—Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor, y así le replicó: ¿Luego tú rey eres, pues tienes reino? No lo negó Cristo, y añadió diciendo (3): Tú dices que Yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací Yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.—Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle a preguntar (4): ¿Qué cosa es la verdad?—Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio, y dijo a los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dáis libertad a un preso (5); decidme, si gustáis que sea Jesús o Barrabás; que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel, por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz, y dijeron: A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques (6).—Y en esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

(1) Joan. XVIII, 33.—(2) Joan. *ibid.* 34, 35, 36.—(3) Joan. *ibid.* 37.—

(4) Joan. 38.—(5) Juan. 39.—(6) Joan. *ibid.* 40.

CAPITULO XV

Remite Pilatos a Herodes la causa y persona del Salvador.—Llanto de san Juan y las Marías.

Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fué, que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea á commover al pueblo (1). De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, a quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase á muerte. Hallábase en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes que antes había degollado a los Inocentes (2); persiguiendo a Jesús recién nacido; y por haberse casado con una mujer judía se pasó al judaismo, haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés, y había venido a Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado a unos galileos cuan-

(1) Luc. XXIII, 5, 6.

(2) Matth. II, 16.

do hacían ciertos sacrificios (como constà del capítulo XIII de san Lucas) mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios. Y de esto se había indignado Herodes; y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción, determinó remitirle a Cristo nuestro Señor (1), como vasallo o natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase; aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como a inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompía por la multitud; y como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso, y llevaban a Su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir a su dulcísimo Hijo Jesús, y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz.

Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de Juan, a quien él había mandado degollar (2), y estaba informado de la predicación que hacía; y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse (3) y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el Autor de la vida a la presen-

(1) Luc. XXIII, 7.

(2) Marc. VI, 27.

(3) Luc. XXIII, 8.

cia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de san Juan Bautista, más que la del justo Abel (1). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó a examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba (2). Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde y en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando a nuestro Salvador constantemente (3) con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra a estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder a las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios; porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fué su justo castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignése Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad; y casi confuso el inicuo Juez, lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro; y despreciándole con todo su ejército le mandó remitir otra vez a Pilatos (4). Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor, todos los criados de Herodes, para tratarle

(1) Genes. IV, 10.

(2) Luc. XXIII, 9.

(3) Luc. XXIII, 10.

(4) Luc. *ibíd.* 11.

como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fué símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, que no hallaba en El causa alguna, que antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos, y quedaron amigos (1), disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes a Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritaría y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor (2), entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer, y condenaban y despreciaban al mismo Señor a quien poco antes habían dado gloria y veneración (que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras de sí). En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de Sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca de David (Psalm. xxi) (3): *Yo soy gusano y no soy hombre; soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. To-*

(1) Luc. XXIII, 12.

(2) Matth. XXI, 9.

(3) v. 7, 8.

dos los que me vieron hicieron burla de Mí; hablaron con los labios y movieron la cabeza. Era Su Majestad gusano y no hombre no sólo porque no fué engendrado como los demás hombres, ni era sólo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fué tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciable. Y a todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más ruido ni resistencia que un humilde gusanillo à quien todos pisan y desprecian, y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban a Cristo nuestro Redentor (que eran sin número) hablaban y movían la cabeza, como retratando el concepto y opinión en que le tenían.

A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el Autor de la vida en presencia de Herodes, y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vió por otro modo de visión interior; porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Pero cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con Ella, y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fué nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio; aunque sola Ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia, y fuéle siguiendo por las calles a la casa de Pilatos, a donde otra vez le volvían; porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes a Pilatos, sucedió que con la multitud del pueblo, y con la priesa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo, y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron

reventar la sangre de sus sagradas venàs, y como no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detenerse, daban sobre Su Divina Majestad y le holaban y pisaban, y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados, en vez de la natural compasión de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

Todo lo miraba y oía su Madre santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y san Juan, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre, y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían a la Reina, porque sería necesario divertirme mucho. Y más para decir lo que hizo la Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida a Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama a quien mayores culpas se le perdonan (Luc. vii, 43).

Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenase a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar a los judíos por diversos caminos. Y uno fué, hablar en secreto a algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor, y le soltasen con alguna corrección que le daría, y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron a presentar otra vez a Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el

proponerles que escogiesen a Jesús o a Barrabás (1) no fué una sola vez, sino dos y tres: la una, antes de llevar al Señor a Herodes, y la otra después; y por esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos a los judíos, y les dijo (2): Habéisme presentado a este Hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes a quien le remití, le ha condenado a muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré a Cristo, si le queréis dar libertad, y castigaré a Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar a Cristo Señor nuestro, respondieron todos los de la turba: Quita allá, deja a Cristo y danos libre a Barrabás (3).

Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale, porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones (4).

Entonces insistió tercera vez con los judíos (como dice san Lucas, (Luc. xxiii, 22) defendiendo a Cristo nuestro Señor como inculpable, y testificando que no hallaba en El crimen alguno ni causa de muerte; que le castigaría y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, res-

(1) Matth. XXVII, 17.

(2) Luc. XXIII, 14, 15.

(3) Luc. XXIII, 18.

(4) Matth. XXVII, 19.

pondieron que le crucificase (1). Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua, y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Se lavó las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de ese hombre justo a que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en testimonio de esto lavo mis manos (2), para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente.—Parecióle a Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos, y prohiaba la muerte de Cristo nuestro Señor a los príncipes de los judíos y a todo el pueblo que la pedía. Y fué tan loca y ciega la indignación de los judíos, que a trueque de ver crucificado al Señor condescendieron con Pilatos, y cargaron sobre sí el delito y sobre sus descendientes, y pronunciando aquella formidable sentencia y execración, dijeron: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (3).

(1) Matth. XXVII, 23.

(2) Matth. XXVII, 24.

(3) Matth. XXVII, 25.

CAPITULO XVI

Fué azotado, coronado de espinas y escarnecido nuestro Salvador Jesús; y lo que en este paso hicieron María santísima, san Juan y las Marías.

Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno, y deseando no condenarle a muerte porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaría el furor de aquel ingratisimo pueblo, y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte; y si acaso en algo hubiese faltado Cristo a las ceremonias y ritos judáicos, quedaría bastante castigado. Y este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y le dijeron que le imputaban a Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagrados Evangelistas (1).

Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar (2) con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este aviso y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o sayones robustos y de mayores fuerzas, que como hombres viles, réprobos y sin piedad, admitieron muy gustosos el ofi-

(1) Joan. IX, 16.

(2) Joan. XIX, 1.

cio de verdugos; porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquei suplicio, que era un patio o zaguán de la casa donde solían dar tormento a otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban, y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente; porque siempre le juzgaban por mágico, y temían no se les fuese de entre las manos.

Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero y homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impiamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemias que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del eterno Padre a los verdugos, y comenzó a desnudarse para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy apriesa, y como dicen a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica.

En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron crudamente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego por su orden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación, y las fuerzas de sus potencias corporales. Y con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado, por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y a porfía los otros dos segundos; y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho, y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban, y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos, y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, porque ya no herían a su virginal cuerpo, sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado.

Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas, y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron

las inmaculadas y vírgineas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella, y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre; y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres (1), le azotaron en su divino rostro, en los pies y manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, rebalsándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies y manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Y sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que a un mismo tiempo le arrojaban, hartándole de oprobios (2). El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fué cinco mil ciento quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y Autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impassible, quedó por nosotros, y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores (como lo había profetizado Isaías LIII, y muy sabio en las experiencias de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos.

La multitud del pueblo que seguía a Jesús Nazareno nuestro Salvador, tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilátos hasta las calles; porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurriendo y hablan-

(1) *Psalm. XLIV, 3.*

(2) *Thren. III, 30.*

do con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía del suceso. Y entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora a un rincón del zaguán con las Marías y san Juan, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vió por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador: y aunque no los vió con los ojos del cuerpo, nada le fué oculto, más que si estuviera mirándole muy de cerca. Y no puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los ángeles, y con otros misterios ocultos se conocerán en la Divinidad, cuando allí se manifiesten a todos para gloria del Hijo y de la Madre. Pero ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la Pasión del Señor, que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía y recibía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas a la candidísima paloma; pero el dolor la transformó y desfiguró de manera, que san Juan y las Marías la llegaron a desconocer por su semblante. A más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma; porque allí fué donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor (1). Y sobre el amor natural de Madre, y el de la suprema caridad de Cristo, Ella sola supo y pudo ponderar sobre todas

(1) Eccles. I, 18.

las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona, y el peso de las injurias que recibía de la perfidia judáica, y de los mismos hijos de Adán, a quienes redimía de la eterna muerte.

Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna, y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los Evangelistas (1) consta que le hacía, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado, y comprimían las llagas; estaban entumecidas y más dolorosas; las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba; aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba a padecer y desear más y más. Y con ser la compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

Entre los sacramentos del Señor, ocultos a la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo a Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de sus azotes; y que un objeto tan lastimoso no les moviese a compasión natural; antes bien le quedó a la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo e inaudito género de tormento. Fueron a Pilatos, y en el pretorio en presencia de los de su con-

(1) Marc. XIV, 64; Luc. XXII, 66; Joan. XVIII, 18.

sejo le dijeron: Este es seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos; y para que se humille su soberbia y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía.—Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

Llevaron luego a Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron de nuevo con la misma crueldad y desacato, y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Pusieronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona (1). Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes; y se le apretaban de manera, que muchas le penetraron hasta el casco; y algunas hasta los oídos, y otras hasta los ojos: y por esto fué uno de los mayores tormentos el que padeció Su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible; y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la Iglesia; porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los pérfidos judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (2). Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos, y cogiendo en medio a nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias (3);

(1) Joan. XIX, 2.

(2) Apoc. XIX, 16.

(3) Joan. XIX, 2, 5; Matth. XXVII, 29; Marc. XV, 19.

porque unos le incaban las rodillás, y con burla le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; otros le daban bofetadas: otros con la misma caña que tenían en sus manos herían su divina cabeza, dejándola lastimada: otros le arrojaban inmundísimas salivas; y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar a tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, a padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, oh Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres para que nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera si no conociéramos tu bondad infinita? Pero ya que la conocemos, y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio? ¿qué hace la luz de la verdad que confesamos? ¿qué encanto es éste que padecemos; pues a vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (1), pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla; recibir el beneficio y nunca agradecerle; tener a los ojos el mayor bien y despreciarle; apartarle de nosotros y no lograrle; dejar la vida, huir de ella, y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo Cordero JESÚS, entre tales y tantos oprobios; ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y

(1) Eccles. I, 15.

escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió a los desprecios de su sobredignísima persona.

Parecióle a Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo, y mandóle sacar del pretorio a una ventana donde todos le viesan así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo (1): *Ecce Homo*.—Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con El que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en El causa de muerte.—Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida a Cristo nuestro Salvador con efecto e ira insaciable, nada menos que la muerte de Su Majestad les contentaba ni satisfacía; y así respondieron a Pilatos: *Crucifícale, crucifícale*.

La bendita entre las mujeres María Santísima vió a su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo*; y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Y lo mismo hicieron san Juan y las Marías, y todos los ángeles que asistían a su gran Reina y Señora; porque ella como Madre de nuestro Salvador, y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, a más de la voluntad que los santos ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el eterno Padre y con los santos ángeles, y mucho más con su amantísimo Hijo palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir.

Sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor

(1) Joan. XIX, 15.

tan lastimado de los azotes y oprobios, y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque a todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva; pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar a Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el evangelista san Juan en el capítulo XIX, después de la coronación de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo.—Replicaron los judíos: Conforme a nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios.—Esta réplica puso mayor miedo a Pilatos; porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la divinidad. Y por este miedo se retiró al pretorio, donde a solas habló con el Señor, y le preguntó de dónde era (1). No respondió Su Majestad a esta pregunta; porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Y con todo eso volvió a instar, y dijo al Rey del cielo (2): Pues a mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, o para darte por libre? Pretendió Pilatos obligar a Jesús con estas razones a que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber: y le pareció que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera favor que le ofreciese el juez.

Pero el Maestro de la verdad respondió a Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo Su Majestad (3): No tuvieras tú potestad alguna contra Mí, si de lo alto no te fuera concedido;

(1) Joan. XIX, 9.

(2) Joan. XIX, 10.

(3) Joan. XIX, 11.

y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.—Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar a Cristo; pues debía entender por ella, que sobre aquel Hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César: que por orden más alto era permitido que le entregasen a su jurisdicción contra razón y justicia; y que por esto Judas y los pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle; pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó a conocer Pilatos esta misteriosa verdad; pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien, y puso mayor esfuerzo en soltarle. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del Emperador, en que incurría; y caería de ella, si le soltaba y no quitaba la vida a quien se levantaba por rey. Y le dijeron (1): Si a este hombre dejas libre, no eres amigo del César: pues el que se hace rey contraviene a sus órdenes y mandatos.—Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos, y sentándose en su tribunal (2) a la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió a instar otra vez, diciendo a los judíos (3): Veis aquí a vuestro Rey.—Respondieron todos: Quítale, quítale allá, crucifícale.—Replicóles Pilatos: Pues a vuestro Rey he de crucificar?—Dijeron todos a voces: No tenemos otro rey fuera del César.

Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal (que en griego se llama Lithostrotos, y en hebreo Gabatha) día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida. Y los judíos salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del

(1) Joan. XIX, 12.

(2) Joan. XIX, 13.

(3) Joan. XIX, 14, 15.

inocentísimo Cordero, en que ingnorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fué notorio a la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo santísimo a muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón, quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede a todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo a la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejercitó de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

CAPITULO XVII

Lleva Su Majestad la cruz a cuestras, siguiéndole su Madre santísima, san Juan y las Marías.

Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, a satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Y todo fué con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fué acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras, y por ellas le conociesen todos; porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, a donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron a ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo a la casa de Pilatos para verle sacar a justiciar. Estaba la ciudad llena

de gente, porque a más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos a celebrar la Pascua, y todos acudieron a la novedad, y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve (1), que en griego significa lo mismo que preparación o disposición; porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles, ni para prevenir la comida, y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habían visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías, como leproso y herido del Señor (2); porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga.

A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía, más del bullicio y eco de las voces. Pero entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen, y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado, y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador, y los que habían oído y recibido su doctrina, y eran sus aliados y conocidos; unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel Hombre

(1) Joan. XIX, 14.

(2) Isai, LIII, 4.

para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

De los once apóstoles sólo san Juan se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba a la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el santo apóstol vió a su divino Maestro (de quien consideraba era amado) que le sacaron en público, fué tan lastimada su alma del dolor, que llegó a desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta, y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor, sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó; no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fué prudentísima, fuerte y admirable; y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó a las Marías y a san Juan; y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la Pasión. Y en virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar a la gran Señora del cielo. Y entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía a su Hijo y Dios verdadero; oraba al eterno Padre, presentábale los dolores y Pasión, acompañando a las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la redención humana, convidaba a los ángeles, rogaba por los amigos y enemigos; y dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la Divinidad. Y porque no es posible reducir a mis términos las razones que formaba esta

gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito a la piedad cristiana.

Procuraban los pontífices y los ministros de justicia sosegar al pueblo, y que tuviesen silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y a su presencia. Y quietándose la turba, estando Su Majestad en pie como reo, comenzaron a leerla en alta voz; que todos la entendiesen; y después la fueron repitiendo por las calles, y últimamente al pie de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto; y según la inteligencia que he tenido en sustancia, es verdadera, salvo algunas palabras que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque a mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fué como se sigue (1):

Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido; y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince pies en largó, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Pero el Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó a recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría (cual suele mostrar

(1) Véase en la Míst. C. de Dios, t. III, nu. 1358 y sig.

el esposo con las ricas joyas de su esposa), habló con ella en su secreto, y la recibió.

A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María Santísima sin que alguno se lo ocultase; porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos ángeles; y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales, los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo.

Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías (ix, 6), su mismo imperio y principado, que era la santa cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre (1), y rescatando a todo el linaje humano de la potencia tiránica (2) que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías (ix, 4) yugo y cetro del cobrador y ejecutor, y con imperio y vejación cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano, y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia Real, como quien despojaba de ella al demonio y le trasladaba a sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, a quien sigan por el camino de la cruz (3), por la cual redujo a todos los mortales a su imperio (4) y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida (5).

(1) Phillip. II, 9.

(2) Colos. II, 15.

(3) Matth. XVI, 24.

(4) Joan, XII, 32.

(5) I Cor. VI, 20.

Mas ¡ay dolor de nuestro ingratisimo olvido! Que los judíos y ministros de la Pasión ignorasen este misterio escondido a los príncipes del mundo, que no se atreviesen a tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fué, y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento, y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen a nuestro Bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer, ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando a Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos (1) como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío JESÚS, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma! no fies, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor; llévame, Señor, tras de Ti, y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor (2), de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, ésta es mi gloria y descanso; y fuera de tu cruz e ignominias, no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría.

Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo; el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba Su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo y confusión, gritos y vocería; y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.

Los ministros de la justicia, como desnudos de toda

(1) Hebr. VI, 6.

(2) Cant. I, 3.

humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador Jesús con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso; otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle: y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compellían a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, y particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas; y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza, y otras la cabeza contra la cruz, y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. A estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso, que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Y con la priesa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al másísimo Maestro que tomase aliento; antes como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada, y al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida a los dolores y tormento.

Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de san Juan y la Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al eterno Padre, que le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese

verle corporalmente; y con la voluntad del Altísimo ordenó también a los santos ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. Obedecieronla los ángeles con grande reverencia; y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo, y se vieron cara à cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos, y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Pero la prudentísima Madre adoró a su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz; y con la voz interior le pidió, que pues Ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los ángeles lo hicieran, que era a lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien; y de ella resultó el conducir a Simón Cireneo para que llevase la cruz con el Señor (1). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba Su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

Seguían asimismo al Señor (como dice el evangelista San Lucas xxiii) con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Y convirtiéndose a ellas el dulcísimo Jesús, las habló y dijo: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre Mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos: porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a

(1) Matth. XXVII, 32.

los collados, enterrados. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco?— Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima, y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión; para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Y esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro, y lloraban sus afrentas y dolores, y no la causa por que los padecía; de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Y fué como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados, y de vuestros hijos, lo que Yo padezco, y no por los míos, que no los tengo, ni es posible. Y si el compadeceros de Mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y redención que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán días (que serán los del juicio universal y del castigo) en que se juzgarán por dichosas las que no hubieren tenido generación de hijos; y los prescitos pedirán a los montes y collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en Mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas, de que Yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?

Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichosas mujeres en premio de sus lágrimas y compasión. Y cumpliéndose lo que María Santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir algún hombre que ayudase a Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Cálvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo (llamado así, porque era natural de Cirene, ciudad de Libia y venía a Jerusalén); era padre de

dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (1). A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos; porque se afrentaban de llegar a ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien justificaban por malhechor insigne: que esto pretendían que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cireneo, y fué siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de Su Majestad, como lo había deseado y pedido al eterno Padre; con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la Pasión de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademán en su interior, ni el exterior, con que se inclinase á retratar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fué su caridad y amor con los hombres, y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

CAPITULO XVIII

Las siete palabras que habló Jesús clavado en la cruz

Llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac, Hijo del eterno Padre, al monte del sacrificio, que fué el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del patriarca Abrahám (1), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo JESÚS, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática le asistió, no para aliviar sus tormentos, sino para confortarle en ellos, y que quedase su amor inmenso saciado en el modo conveniente, coservándole la vida, hasta que se le diese licencia a la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre llena de amargura a lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente; pero en el espíritu y dolores estaba como fuera de Sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con Ella san Juan y las tres Marías; porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

La invictísima Madre conoció que los impíos minis-

(1) Gen. XXII, 9.

tros de la Pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiel, que dicen san Mateo (xxvii) y san Marcos (xv). Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios (xxxv): Dales sidra á los que están tristes, y el vino a los que padecen amargura del corazón. Esta bebida, que en los demás justiciados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la perversa crueldad de los impíos judíos commutar en mayor pena con nuestro Salvador (Amos, ii), dándosela amarguísima y mezclada con hiel, y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad, y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor, pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendiendo con la petición de su Madre, de manera que sin negarse del todo a este nuevo dolor, gustó de la poción amarga y no la bebió (1).

Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse la, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas; y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad; porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona; la cual le volvieron a fijar en la cabeza con impiísima

(1) Matth. XXVII, 34.

cruedad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo; porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y *el despegarla fué como dice David*, añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas (1).

A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que la acompañaban, y de la multitud de gente que allí estaba. Sólo reservó en su poder los paños interiores que su Madre santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto; porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fué con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces. Estaba la santa cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir.

Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo (¡oh temeridad formidable!) que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedió sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fué una de las mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la Pasión; porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado, y previno el tormento que su Hijo santísimo había de padecer para clavarle en la cruz: pero no lo pudo remediar porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz acudió la gran Señora, y le tuvo de un brazo y le adoró, y besó la

(1) Psalm. LXVIII, 27.

mano con suma reverencia. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se affigiría más el Señor; y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio; porque no tuvo Su Majestad en su Pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver a su Madre Santísima, y la hermosura de su alma, y en ella el retrato de Sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó a Cristo nuestro bien en aquella hora.

Formados en la santa cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el sumo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fué así; porque ya los judíos y ministros (¡oh juicios terribles y ocultos del Señor!) estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad de los demonios, y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se quebraron y desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero; porque los nervios se le habían encogido, y de malicia

le habían alargado el barreno, como arriba se dijo; y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor había estado preso desde el huerto, y argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo, y ajustaron la mano con el barreno, y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies, y puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercero clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la santa cruz; y aquella fábrica de sus miembros deificados, y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos (1), porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural: desencajáronse los del pecho y de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos.

Fijado el Señor en la cruz para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero; y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes, y se levantó grande gritaría en aquella turba movida de compasión: pero la dolorosa y compasiva Madre ocurrió a tan desmesurada impiedad, y pidió al eterno Padre no la permitiese, como los verdugos la intentaban: y luego mandó a los santos ángeles acudiesen y sirviesen a su Criador con aquel obsequio y todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó: porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los

(1) Psalm. XXI, 18.

ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras e inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Y los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, por que se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra, y la cruz tan fija sustentada de los ángeles, que los malignos judíos creyeron estaba en el duro suelo.

Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros, y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Y quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. Y no quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas; porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar a levantarle en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión: los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. Y el sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y el golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes a que nos convidó por Isaias (xii), para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Y nadie tiene excusa, si no se diere prisa llegando a

beber en ellas; pues se venden sin conmutación de plata ni oro (1), y se dan de balde sólo por la voluntad de recibir las.

Crucificaron luego a los dos ladrones, y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la sinietra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio, como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa (2), arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor, y contra su real persona; y decían: Ah Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a Ti mismo: a otros hizo salvos y a Sí mismo no se puede salvar.—Otros decían: Si este es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le creeremos (3).—Los dos ladrones (4) también entrambos se burlaban de Su Divina Majestad al principio, y decían: Si eres Hijo de Dios, sálvate a Ti mismo y a nosotros.—Y estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a ellos estaba más próxima la muerte, y perdían aquellos dolores con que morían y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador ninguno del mundo.

Cuando la gran Reina de los ángeles María santísima conoció que los judíos con su perversa y obstinada envidia intentaban deshonorar más a Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrara y olvidase su nombre de la tierra de los vivientes, como Jeremías (xi) lo dejó profetizado, fué de nuevo enardecido su cora-

(1) Isai. LV. 1.

(2) Matth. XXVII, 39.

(3) Ibid. 42.

(4) Ibid. 44.

zón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada (donde le estaba adorando) pidió al eterno Padre volviere por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas, que la perfidia judáica quedase confusa, y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió a todas las criaturas irracionales de él, y dijo: Insensibles criaturas criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan estultamente los hombres capaces de razón. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condición, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusión de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, dividete en dos partes, y con tu rompimiento intima su castigo a los incrédulos, y testifica la verdad, que ellos pretenden oscurecer, de la gloria de su Criador y Redentor.

En virtud de esta oración e imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró Su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y a otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el Centurión, y otros muchos que dicen los Evangelistas (1) se volvían del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no sólo se confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina; pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fué inspirado Pilatos para que no mudase el título de la cruz, que ya le

(1) Matth, XXVII, 54; Luc. XXIII, 48.

habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. Y aunque los judíos reclamaron al juez (1), y le pidieron que no escribiese *Jesús Nazareno Rey de los judíos*; sino que antes escribiese: *Este dijo era Rey de los judíos*, respondió Pilatos: Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudarło. Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima: y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando expiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados Evangelista (2): el sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra, y muchos montes se rompieron; quebrantáronse las piedras unas con otras; abrieron su seno los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos: y fué tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elemental, que se sintió en todo el orbe. Y los judíos, por toda Jerusalén, quedaron atónitos y asombrados; aunque su inaudita perfidia y malicia los impidió y desmereció que llegasen al conocimiento de la verdad que todas las criaturas insensibles les predicaban.

Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa o manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes (ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los apóstoles); dividiéronla entre sí mismos (3), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre

(1) Joan XIX, 21, 22

(2) Luc. XXIII, 45; Matth. XVII, 51, 52.

(3) Joan. XIX, 23, 24.

ella, y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía de David en el salmo XXI (1). Los misterios de no romper esta túnica declaran los santos y doctores; y uno de ellos fué significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad; pero a ésta no pudieron ofenderla con la Pasión, ni tocar en ella; y a quien tocara la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.

Y como el madero de la santa cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella, y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección (2): *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. Este principio de la caridad y amor fraterna se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (Joan, xv, 12): y en prueba de esta verdad que nos había enseñado (3), lo practicó y ejecutó en la cruz, no sólo amando y perdonando a sus enemigos; pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado a lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana después de tanta luz, doctrina y beneficios; y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible! ¡oh suavidad inefable! ¡oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable a los ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los dos ladrones llamado Dimas:

(1) Psalm. XXI, 19.

(2) Luc. XXIII, 34.

(3) Matth. XV, 44.

y obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de María santísima, fué ilustrado interiormente para conocer a su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero, y le dijo (1): ¿Ni tú tampoco temes a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condición? Nosotros pagamos nuestro merecido; pero éste, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna.—Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo (2): Señor, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino.

En este felicísimo ladrón y en el Centurión, y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz, se comenzaron a estrenar los efectos de la Redención. Pero el mejor afortunado fué Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor (3): *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso.* ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos patriarcas y profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida, y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste a tu hermano, confesaste a tu Creador, reprendiste a los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como a Redentor, para que en lo futuro no se acordase de tus miserias; y El como glorificador premió de con-

(1) Luc. XXIII, 40.

(2) *Ibid.* 42.(3) *Ibid.* 42.

tado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció a ti a todos los mortales.

Justificado el buen ladrón volvió Jesús la amorosa vista a su afligida Madre, que con san Juan estaba al pie de la cruz; y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre (1): *Mujer, ves ahí a tu hijo*; y al apóstol dijo también: *Hijo, ves ahí a tu madre*. Llamóla Su Majestad mujer y no madre; porque este nombre era de regalo y dulzura, y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme a lo que arriba se dijo, por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres (2) y la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte (3) y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme, y a quien llas muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir, (4) ni contrastar. Yo me voy a mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre, y será tu hijo: todo esto entendió la divina Reina. Y el santo apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la Divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante. Admitióle también Su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la Pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.

(1) Joan. XIX, 26, 37.

(2) Luc. I, 42.

(3) Prov. XXXI, 10.

(4) Cant. VIII, 7.

Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la obscuridad y turbación más parecía confusa noche; y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo (1): *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dición dice: *Eli, Eli*, pensaron algunos que llamaba a Elías; y otros burlando de su clamor decían (2): *Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos.*—Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fué tan profundo, como escondido de los judíos y gentiles; y en ellas caben muchos sentidos que los Doctores sagrados les han dado. Lo que a mí se me ha manifestado es, que el desamparo de Cristo no fué que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fué concebido en el tálamo virginal, y nunca dejó a lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera: y también es cierto que la humanidad santísima fué desamparada de la divinidad en cuanto a no defenderla de la muerte y de los dolores de la Pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno, en cuanto a volver por su honra; pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres; y éste fué el de los réprobos y prescitos, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del huerto, donde se entristeció su alma

(1) Matth. XXVII, 46.

(2) *Ibid.* 49.

santísima hasta la muerte, como allí se dijo; porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante redención, no sería eficaz en los condenados, y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió: y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló, y dijo: Dios mío, Dios mío. ¿por qué me desamparaste? Entendiendo de la compañía de los réprobos.

En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra, y dijo (1): *Sed tengo*. Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed: pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni Su Majestad hablara para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato a expirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía: sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer: esta era la sed de nuestro Salvador y Maestro; y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior a los pobres, a los afligidos, a los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor, y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los pérfidos judíos y verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña, y se la llegaron a la boca (2) para que bebiese, cumpliendo la profecía de

(1) Joan. XIX, 28.

(2) Ibid. 29.

David, que dijo (1): *En mi sed me dieron a beber vinagre*: Gustólo nuestro pacientísimo Jesús, y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos: pero a petición de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó; porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovecharan de la pasión y redención humana.

Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra (2): *Consummatum est*. Ya está consumada esta obra de mi legacia del cielo y redención de los hombres, y la obediencia con que me envió el eterno Padre a padecer y morir por la salud de los hombres: ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre: ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, Sacramentos y remedios para la dolencia del pecado: ya queda satisfecha la justicia de mi eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán: ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección, por la parte que me tocaba como su Reparador; y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar: todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: *Consummatum est*.

Acabada y puesta la obra de la redención humana en su última perfección, era consiguiente, que como el Verbo humanado, por la vida mortal, salió del Padre y vino al mundo (3), por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última y séptima pala-

(1) Psalm. LXVIII, 22

(2) Joan. XIX, 30.

(3) Joan. XVI, 28.

bra (1) : *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes; y para decir las levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su eterno Padre, y en el último acento le entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes a los tormentos de su Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fué porque milagrosamente, cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida; siendo este milagro mayor que los demás con que fué confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fué más intenso y vivo; y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo, no llegan a los que María santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fué enterrado el sagrado cuerpo (como adelante diré), y en retorno de este último dolor, en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentía del ser terreno.

Los sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los Evange-

(1) Luc. XXIII, 46.

listas. Y llámola oración, porque fué hablando con el eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fué todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y Señor de muchos o pocos bienes, no sería prudente dispensero, ni atento a su oficio o dignidad, si no declarase a la hora de lá muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que a cada uno le toca sin litigio, y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica; por esta razón y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu a su Criador. Y aunque a nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni llas tenía, ni cuando las tuviera estorbarán su poder infinito; pero convenía que dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que hábia merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando a quién tocaba, y quiénes habían de ser legítimos herederos, y cuáles desheredados, y las causas de lo uno y de lo otro: y todo lo hizo confiriéndolo con su eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas. Y porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los santos y de la reprobación de los prescitos, fué testamento cerrado y oculto para los hombres; y sola María santísima lo entendió, porque a más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo

criado: y como coadjutora de la Redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos (en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo) (1), se ejecutase su voluntad, y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos a su Hijo por ser quien es, y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina, y acudan los pecadores a Ella como a depositaria de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima y Ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos (2).

(1) Joan. XIII, 3.

(2) Véase el Testamento, M. C. de Dios, tomo III, núms. 1401 y sig.

CAPITULO XIX

Parte que tomó sãn Juan en el descendimiento y sepultura de Jesús.

El evangelista sãn Juan dice (1), que cerca de la cruz estaba María santísima Madre de Jesús, acompañada de María Cleofás y María Magdalena: y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después, estando siempre en pie, arrimada a la cruz, adorando en ella a su difunto Jesús, y a la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón; y con su eminente ciencia confería en su pecho los misterios de la redención humana, y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos: y la mayor aflicción de la Madre de misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarían a beneficio tan raro, y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quién se le bajaría de la cruz, a donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió a sus santos ángeles que la asistían, y les dijo: Ministros del Altísimo y amigos míos en la tribulación, vosotros conocéis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que

(1) Joan. XIX, 25.

ama mi alma; cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como a Madre me toca este cuidado; decidme qué haré, y ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia.

Respondiéronla los santos ángeles: Reina y Señora nuestra, dilátese vuestro afligido corazón para lo que le resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse á la impía disposición de los crueles malignos, y siempre quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres; y una es, que los sentenciados a muerte no se quiten de la cruz sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender a nuestro verdadero Dios y Criador; pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa, y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos más al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió (1). Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.—Esta respuesta de los ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre; porque no se le había manifestado que su Hijo santísimo había de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucedería con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulación y congoja.

Vió luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario; y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor difunto, habló con san Juan y las Marías, y dijo: ¡Ay de Mí, que llegá ya el dolor a lo último, y se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto a mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa

(1) Psalm. CXXIX, 7.

contrá su sagrado cuerpo ya difunto?—Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos (1), y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres justiciados, con que acabasen de morir, y los bajasen aquella tarde de las cruces, y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvário aquella compañía de soldados que vió María santísima: y en llegando, como hallaron vivos a los dos ladrones, les quebrantaron las piernas (2), con que acabaron la vida: pero llegando a Cristo nuestro Salvador, como le hallaron difunto, no le quebrantaron las piernas (3); cumpliéndose la misteriosa profecía del Exodo (xii) (4), en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba Longinos, arrojándose a la cruz de Cristo nuestro Salvador, le hirió con una lanza penetrándole su costado; y luego salió de la herida sangre y agua (5), como lo afirma san Juan que lo vió, y dió testimonio de la verdad.

Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya difunto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero a este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían rompido el costado de su Hijo ya difunto: y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo a Longinos: *El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado a mi alma.* Hasta aquí no más llegó su indignación, o para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima páloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fué muy

(1) Joan. XIX, 31.

(2) Ibid. 32.

(3) Ibid. 33.

(4) V. 46

(5) Joan XIX, 34 35.

ponderable; y el retorno que le dió al delincuente fué el mayor de los beneficios, que fué mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendiciones y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas a la cara de Longinos, y por medio de este beneficio le dió vista corporal, que casi no la tenía; y al mismo tiempo se la dió en su alma para conocer al Crucificado, a quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió Longinos, y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza y perfidia.

La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada, y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su Pasión y Muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del eterno Padre (Exod. xvii) (1), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (Gen. ii) (2).

(1) V. 6.—(2) V. 10

Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve, y la Madre piadosísima aun no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo JESÚS; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Arimatea y Nicodemus (1), para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor, y le reconocían por Maestro. No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Y estando así afligida levantó los ojos al cielo y dijo: Eterno Padre y Señor mío, por la dignación de vuestra bondad y sabiduría infinita fui levantada del polvo a la dignidad altísima de Madre de vuestro eterno Hijo; y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedisteis que le criase a mis pechos, le alimentase, y le acompañase hasta la muerte; ahora me toca como a Madre dar a su sagrado cuerpo honorífica sepultura, y sólo llegan mis fuerzas a deseárselo y dividírseme el corazón de que no lo consigo. Suplico a vuestra Majestad, Dios mío, dispongáis con vuestro poder los medios para que Yo lo ejecute.

Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada: y en breve espacio reconoció que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas, que pudo imaginarse venían a quitar de la cruz

(1) Joan. XIX, 38.

su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose a san Juan le dijo: Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?—El apóstol respondió: No temáis, Señora mía, a los que vienen, que son José y Nicodemus con otros criados suyos, y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.—Era José justo en los ojos del Altísimo (1), y en la estimación del pueblo noble, y decurión con oficio de gobierno, y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo ni obras de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la Redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía a la envidia de los judíos, y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús (2), difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios; y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dió licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Y con este permiso salió José de casa del juez, y llamó a Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas, y en las sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fué a oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta san Juan (3). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana (4) y sudario en

(1) Luc. XXIII 50, 51.

(2) Marc. XV, 45.

(3) Joan. III, 2. (4) Matth. XXVII, 59.

que envolverle, y Nicodemus compró hasta cien libras de las aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza (1). Y con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

Llegaron a la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de san Juan y las Marías: y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra: lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de tierra, y los animó y confortó; y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad, y el obsequio que hacían a su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura a su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Arimatea respondió, y dijo: Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar.—Luego se quitaron las capas o mantos que tenían, y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la santa Cruz, y subieron a desenclavar el sagrado cuerpo, estando la dolorosa Madre muy cerca, y san Juan con la Magdalena asistiéndola. Parecióle a José que se renovaríase el dolor de la divina Señora, llegando a tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al apóstol que la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero

(1) Joan. XIX, 39.

san Juan, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que desde el principio de la Pasión había asistido a todos los trabajos del Señor, y que no le dejaría hasta el fin; porque le veneraba como a Dios, y le amaba como a Hijo de sus entrañas.

Con todo esto le suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz a su Maestro. Respondió la gran Señora y dijo: Señores míos carísimos, pues me hallé a ver clavar en la cruz a mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle a desenclavarle; que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor.—Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Y quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas; bajáronla con gran veneración y lágrimas, y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada y con admirable culto, y la adoró, llegándola a su virginal rostro, y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre eterno hiciese cómo aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles a cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

Luego, a imitación de la Madre, las adoraron san Juan y la Magdalena con las Marías, y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero a María santísima y Ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo difunto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan asistió a la cabeza y la Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con grande veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima

ma Madre. Este paso fué para Ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado, y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres (1), renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre; y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor, y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y tras de Su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de ángeles que le asistían; aunque este acto fué oculto a los circunstantes: pero todos, comenzando san Juan, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden: y la prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que a los hombres y a los ángeles era de admiración; porque sus palabras eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales. Movía los corazones a compasión y lágrimas; ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Y con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el eterno Padre, con los ángeles, con los circunstantes, y con todo el linaje humano, por cuya redención se había entregado a la Pasión y Muerte. No me detengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso;

(1) Psalm. XLIV, 5.

porque la piedad cristiana pensará muchas, y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

Pasado algún espacio que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús; porque corría ya la tarde, la suplicaron san Juan y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiólo la prudentísima Madre; y sobre la misma sábana fué ungido su sagrado cuerpo con las especies y unguentos aromáticos (1) que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fué colocado el cuerpo défco en un féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de ángeles, que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Ordenóse una procesión de ángeles y otra de hombres, y levantaron el sagrado cuerpo san Juan, José, Nicodemus y el Centurión que asistió a la muerte y le confesó por Hijo de Dios: seguían la divina Madre acompañada de la Magdalena y las Marías, y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse a más de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado (2), ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado

(1) Joan. XIX, 40.

(2) *Ibid.* 41.

y sepultado Señor, y cerraron el sepulcro con la lápida, que como dice el Evangelio (1) era muy grande.

Quedaron muchos ángeles en guarda del sepulcro, mandándosele su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron a él. Y la divina Maestra de las virtudes se llegó a la santa cruz, y la adoró con excelente veneración y culto. Y luego la siguieron en este acto san Juan, José, y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fué a recoger a la casa del Cenáculo, a donde le acompañaron los que estuvieron al entierro: y dejándola en el Cenáculo con san Juan y las Marías y otras compañeras se despidieron de Ella los demás y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo santísimo habían hecho, y el beneficio que Ella había recibido; y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores, y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana (2), y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo (a quien llamaron seductor) había dicho y declarado que después de tres días resucitaría; y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo, y dijese que había resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela; y les concedió las guardas que pedían (3), y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían; como se conoció después cuando sobornaron a

(1) Matth. XXVII, 60.

(2) Ibid. 62.

(3) Ibid. 65.

las guardas (1) para que dijese que no había resucitado Cristo nuestro Señor, sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (2), por este medio se divulgó más y se confirmó la Resurrección.

(1) Matth. XXVII, 12

(2) Prov. XXI, 30.

CAPITULO XX

Humildísima contienda entre la Reina del Cielo y san Juan. Lágrimas de san Pedro y de los demás apóstoles.

La plenitud de sabiduría que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María santísima, no admitía defecto ni vacío alguno, para que dejase de advertir y atender entre sus dolores a todas las acciones que la ocasión y el tiempo le pedían. Y con esta divina prudencia lo llevaba todo, y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse después del entierro de Cristo nuestro bien a la casa del Cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de san Juan y de las Marías, y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la habían acompañado en el discurso de la Pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido; y asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con san Juan reconocieron este gran favor, y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla también descansase un poco, y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfaced a vuestra necesidad como conviene, mientras Yo me retiro a solas con mi Hijo.

Fuése luego a recoger acompañándola san Juan, y estando con él a solas puesta de rodillas le dijo: No es razón que olvidéis las palabras que mi Hijo santísimo nos habló desde la cruz. Su dignación os nombró por hijo mío, a Mí por madre vuestra. Y vos, señor, sois sacerdote del Altísimo; por esta gran dignidad es razón que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer; y desde esta hora quiero que me lo mandéis y ordenéis, advirtiéndome que siempre fui sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte.—Esto dijo la Reina con muchas lágrimas; y el Apóstol con otras copiosas la respondió: Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto a vuestra obediencia, porque el nombre de Hijo no dice autoridad, sino rendimiento y sujeción a su madre; y el que a mí me hizo sacerdote os hizo a Vos su Madre, y estuvo sujeto a vuestra voluntad y obediencia (1), siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado, de servirlos como hijo, en que deseara ser más ángel que terreno, para cumplir con él.—Esta respuesta del Apóstol fué muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: Hijo mío Juan, mi consuelo será obedecerlos como a cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior a quien rendir mi voluntad y parecer: para esto sois ministro del Altísimo, y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad.—Hágase, Madre mía, vuestra voluntad (respondió san Juan), que en ella está mi acierto.—Y sin replicar más, pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo santísimo; y le pidió también saliese a prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban.

(1) Luc. II, 54.

ban, y que las asistiese y consolase: sólo reservó a las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado; y a éstas, dijo a San Juan, las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

Salió san Juan a consolar a las Marías, y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas, y gastaron aquella noche dolorosas y en amargas meditaciones de la Pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de Sí misma por atender a la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenía a su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías como más fuertes y fervientes en el amor; atendió a la necesidad de las más flacas, dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con Ella misma debía hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfección y Señora de la gracia: y todo esto hizo cuando las aguas de la tribulación habían inundado hasta su alma (1). Porque en quedando a solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos, y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los tormentos y afrentosa muerte de su Hijo santísimo; de los misterios de su vida, predicación y milagros; del valor infinito de la redención humana; de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura y riquezas de Sacramentos y tesoros de gracia; de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido; de la inestimable suerte de los predestinados, a quienes alcanzaría efi-

(1) Psalm. LXVIII, 2.

cazmente; de la formidable desdicha de los réprobos, que por su voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

En la ponderación digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hjo, su pasión, sus juicios ocultísimos, y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría, confiriendo a veces con los santos ángeles, y otras con el mismo Señor, lo que su luz divina le daba a sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró san Juan deseoso de consolar á la dolorosa Madre: y puesta de rodillas, le pidió Ella que le diese la bendición como sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno a otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese a la ciudad, donde encontraría con brevedad a san Pedro que venía á buscarle, y que le admitiese, consolase y llevase a su presencia, y lo mismo hiciese con los demás apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón, y ofreciéndoles su amistad. Salió san Juan del Cenáculo, y a pocos pasos encontró a san Pedro, lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso a la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el Evangelista le consoló y dió algún aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron a los demás apóstoles y hallaron algunos, y todos juntos se fueron al Cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero, y sólo a la presencia de la Madre de la gracia, y arrojándose a sus pies, dijo con gran dolor: Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí a mi Maestro y a Vos.—No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y so-

lozos que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

La prudentísima Virgen, viendo a Pedro postrado en tierra, y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa, y por otra cabeza de la Iglesia, elegido por su Hijo santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella a los pies del pastor que tan poco antes había negado a su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Y para satisfacer a entrambas obligaciones, juzgó que convenía darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se le hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: Pidamos perdón de vuestra culpa a mi Hijo y vuestro Maestro.—Hizo oración, y alentó al apóstol confortándole en la esperanza, y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del colegio apostólico para confirmar con su ejemplo a todos en la constancia y confesión de la fe. Y con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó a Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros apóstoles en la presencia de María santísima, y postrados también a sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado a su Hijo santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles a mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión; pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. Y la gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden a contar lo que a cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Pero dióles grata audiencia a todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón, y confir-

marlos en la fe de su Redentor y Maestro, y despertar en ellos su divino amor. Y todo lo consiguió María santísima eficazmente; porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados, y justificados con nuevos aumentos de gracia.

En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez a su recogimiento, dejando a los apóstoles renovados en el espíritu, y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la Pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente a las obras que hacía el alma santísima de su Hijo, después que se salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre cómo aquella alma de Cristo unida a la divinidad descendía al limbo de los santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo esperando la venida del universal Redentor de los hombres. A esta caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables ángeles que como a su Rey victorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban que se abriesen las puertas (1) de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirabe resplandor; y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con visión clara de la Divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza a la eterna posesión de la gloria, y de las tinieblas a la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos a su verda-

(1) Psalm. XXIII, 7, 8.

dero Dios y Redentor, y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores, y decían (1): Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre (2) de todos los tribus, pueblos y naciones; hicístenos reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino, y tuya es la gloria de tus obras.—Mandó luego Su Majestad a los ángeles que sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo, y al punto fueron traídas todas a su presencia. Y como en estrenas de la redención humana fueron todas absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer, y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles, limbo y purgatorio.

(1) Apoc. V, 12.

(2) Ibid. 9.

CAPITULO XXI

El discípulo amado conoció, por la alegría de la Reina del Cielo, que Jesús había resucitado.

Estuvo el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde, hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe victorioso de los mismos ángeles que llevó, y de los santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas y los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima: que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia: y los ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó a cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó a los santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso lá crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto, le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros santos, y confesaron de nuevo cómo verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre Sí nuestras enfermedades y dolores (1), y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo a la justicia del

(1) Isai. LIII, 4.

eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo Su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Evā el estrago que hizo su inobediencia, y el costoso remedio que había tenido, y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

Después de esto, a vista de todos aquellos santos, por ministerio de los ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo, y juntamente le dió inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron (1), quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza.

La luz que contenía y despedía excede a los demás cuerpos gloriosos, como el día a la noche, y más que mil soles a una estrella, y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro: y en presencia de los Santos y Patriarcas prometió a todo el linaje humano la resurrección universal como efecto de la suya en la misma

(1) Joan. XIX, 40.

carne y cuerpo de cada uno de los mortales, y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa, y como en rehenes de la resurrección universal, mandó Su Majestad a las almas de muchos Santos que allí estaban, se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio, y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere san Mateo (1). Y entre ellos fueron santa Ana, san José y san Joaquín, y otros de los antiguos Padres y Patriarcas que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación, y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.

Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo, y participaba de ellos con la visión que tenía en el Cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dió vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo que en el capítulo pasado dije estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fué tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría, y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el evangelista san Juan fué a visitarla, como el día de antes lo había hecho, para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el santo apóstol, y habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

Con este nuevo júbilo, y las operaciones tan divinas

(1) *Math.* XXVII, 52.

que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó a disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca.

Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina, y adoró a su Hijo santísimo; y Su Majestad la levantó y llegó a Sí mismo. Y con este contacto (mayor que el que pedía la Magdalena) de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (1) recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola Ella le mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fué el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle, si no fuera confortada de los ángeles y por el mismo Señor, para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fué, que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en Sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con Ella o penetrándole Consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermoseara con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divínísimo contacto, que fué como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Y por estos favores, como por grados de inefables dones, fué ascendiendo el espíritu de la gran Señora a la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que le decía (2): Amiga, asciende más alto.—Y en virtud de esta voz quedó del todo transformada y vió la Divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio (aunque de paso) de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento para decir lo que pasó a María santísima en esta

(1) Joan. XX, 17.

(2) Luc. XIV, 10.

visión beatífica, que fué la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció, y Ella gozó, y fué ensalzada.

Después de todo esto (y siempre en altísimo estado) se convirtió la gran Señora a los santos Patriarcas y justos que allí estaban, y a todos juntos y a cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres san Joaquín y santa Ana, con su esposo José y con el Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente: luego con los Patriarcas y Profetas, y con los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su Redención; y como a tal la quisieron adorar con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina Sabiduría.

Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra, y dió a los santos la reverencia que se les debía; y el Señor dió permiso para esto, porque los santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados, con gloria inamisible y eterna, y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora, y no había llegado al estado de comprensora. Continuóse la conferencia con los santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó a todos los ángeles y santos que allí asistían, para que alabasen al Triunfador de la muerte, del pecado y del infierno; y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia; y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXII

San Juan llega el primero al sepulcro; y conoce en el mar de Tiberiades a Cristo nuestro Señor.

Después que nuestro Salvador JESÚS resucitado y glorioso visitó lleno de gloria a su Madre santísima, determinó Su Majestad como amoroso padre y pastor congregar las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su Pasión había turbado y derramado. Acompañábanle siempre los santos Padres, y todos los que sacó del limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones; porque sola nuestra gran Reina los vió y conoció y habló a todos en el tiempo que pasó hasta la Ascensión de su Hijo santísimo. Y cuando no se aparecía a otros, siempre asistía con la amantísima Madre en el Cenáculo, de donde no salió la divina Señora aquellos cuarenta días continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo, y del coro de los Profetas y Santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse a los apóstoles comenzó por las mujeres, no por más flacas, sino por más fuertes en la fe y confianza de su Resurrección; que por esto merecieron ser las primeras en el favor de verle resucitado.

Hizo memoria el evangelista san Marcos (xv) del cuidado con que María Magdalena y María José advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de JESÚS en el sepulcro. Con esta prevención el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del Cenáculo a la ciudad, y compraron nuevos unguentos aromáticos, para madrugar el día siguiente y volver al sepulcro a visitar y adorar el sagrado cuerpo de su

Maestro, con ocasión de ungrle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas, por orden de Pilatos y en el camino dificultaban solamente quién les volvería la gran lápida con que ellas habían advertido quedaba cerrado el monumento; pero el amor las daba esfuerzo para vencer esta dificultad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del Cenáculo era de noche, y cuando llegaron al sepulcro había ya amanecido y nacido el sol; porque aquel día se anticipó las tres horas que se oscureció en la muerte de nuestro Salvador. Y con este milagro se concuerdan los evangelistas san Marcos (xvi) y san Juan (xx) que el uno dice vinieron las Marías salido el sol, y el otro que había tinieblas; porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer; y con la priesa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenía a un lado el sepulcro algo levantado del suelo, y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

Poco antes que llegasen las Marías a reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fué hecho un gran temblor o terremoto muy espantoso; y al mismo tiempo un ángel del Señor abrió el sepulcro, y arrojó la losa (1) que le cubría y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos (2), aunque ni vieron al Señor, ni entonces estaba allí su cuerpo; porque ya había resucitado y salido del monumento antes que el ángel quitase la piedra.

(1) *Matth.* XXVIII, 2.

(2) *Ibid.* 4.

Las Marías, aunque sintieron algún temor, se animaron; y confortándolas el mismo Dios, llegaron y entraron al monumento, y cerca de la puerta vieron al ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella (1), y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve (2), que las habló, y dijo: No temáis, que sé cómo buscáis a Jesús Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron.—Entraron las Marías, y vieron el sepulcro vacío. Recibieron gran tristeza; porque aun estaban más atentas a su afecto de verle que a la fe del ángel. Y luego vieron otros dos asentados a los dos lados del sepulcro, que las dijeron (3): ¿Para qué buscáis entre los muertos el que ya está vivo y resucitado? Acordaos que El mismo os dijo en Galilea, que había de resucitar el día tercero. Id luego, y dad noticia a los discípulos y a Pedro que vayan a Galilea, donde le verán (4).

Con esta advertencia de los ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro había dicho. Y seguras de su Resurrección, se volvieron del sepulcro con gran priesa, y dieron cuenta a los once discípulos y a otros de los que seguían al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decían las Marías (5). Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban a los Apóstoles lo que habían visto, revivieron las guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin el cuerpo difunto, fueron a dar cuenta del suceso a los príncipes de los sacerdotes (6). Halláronse confusos y juntaron concilio para determinar lo que podrían hacer para desmentir la

(1) Marc. XVI, 5.

(2) Matth. XXVIII, 3.

(3) Luc XXIV, 4, 5.

(4) Marc. XVI, 7.

(5) Luc XXIV, 11.

(6) Matth. XXVIII, 11, 12, 13, 14.

maravilla tan patente que no se podía ocultar. Y acordaron ofrecer a los guardas mucho dinero, con que sobornados dijese cómo estando ellos durmiendo habían venido los discípulos de Jesús, y habían hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes a las guardas, que los sacarían a paz y a salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos; y muchos de ellos fueron tan estultos, que le dieron crédito; y algunos más obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormían, cuando dicen que vieron el hurto.

Los discípulos y apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decían las Marías, con todo eso san Pedro y san Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron a toda priesa al monumento (1), y tras ellos volvieron las Marías. Y llegó san Juan el primero, y sin entrar en el monumento, vió desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro (2), y aguardó a que llegase san Pedro, el cual entró primero y tras de él san Juan (3), y vieron lo mismo, y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y san Juan dice que creyó entonces y se aseguró de lo que había comenzado a creer, cuando vió mudada a la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado. Y los dos apóstoles se volvieron a dar cuenta a los demás de lo que admirados habían visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él a la parte de afuera, confiriendo con admiración todo lo que sucedía. Y la Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió a entrar otra vez a reconocer el sepulcro. Y aunque los apóstoles no vieron a los ángeles, viólos la Magdalena, y ellos le preguntaron (4): Mujer, ¿por qué lloras?—Respondió María: Porque me han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.—

(1) Joan. XX, 3.

(2) *Ibid.* 5.

(3) *Ibid.* 8.

(4) *Ibid.* 13.

Con esta respuesta salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro, y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y Su Majestad le preguntó también: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?—La Magdalena, no conociendo a Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin más acuerdo, vencida del amor, le dijo: Señor, si vos le habéis tomado, decidme dónde le tenéis, que yo le volveré y le traeré.—Entonces replicó el amantísimo Maestro, y la dijo: María.—Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz.

Cuando la Magdalena conoció que era Jesús, se cuardecio toda en amor y gozo, y respondió y dijo: Maestro mío; y arrojándose a sus divinos pies, fué a quererlos tocar y besar, como acostumbrada a este favor. Pero el Señor la previno, y dijo: No me toques, porque no he subido a mi Padre, a donde estoy de camino; vuelve, y díles a mis hermanos los apóstoles cómo estoy de paso para mi Padre y suyo.—Partió luego la Magdalena, llena de consolación y júbilo, y a pequeña distancia alcanzó a las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que a ella le había sucedido, y cómo había visto a Jesús resucitado; estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas, y las dijo: Dios os salve.—Y conociéndole todas, dice el evangelista san Mateo (xxviii) que adoraron sus sagrados pies, y el Señor las mandó otra vez que fuesen a los apóstoles, y les dijesen lo que habían visto, y que se fuesen ellos a Galilea, donde le verían resucitado. Desapareció el Señor; y las Marías apresurando el paso volvieron al Cenáculo, y contaron a los apóstoles todo cuanto les había sucedido, y siempre estaban tardos en darles crédito (1). Y luego entraron las Marías a dar noticia de lo que pasaba a la Reina del cielo: y como si lo ignorara las oyó con admirable cari-

(1) Luc. XXIV, 11.

cia y prudencia, aunque todo lo sabía por la visión intelectual con que lo conocía. Como iba conociendo y tomando ocasión de lo que las Marías le contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnación y Redención, y de las divinas Escrituras que ellos trataban. Pero no les dijo lo que a la divina Reina le había sucedido, aunque fué la Maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los apóstoles, para restituirlos a la fe.

No refieren los evangelistas cuándo apareció el Señor a san Pedro (1), aunque lo supone san Lucas: pero fué después de las Marías, y más ocultamente a solas, como la cabeza de la Iglesia, antes que a todos juntos y que a otro alguno de los apóstoles; y fué aquel mismo día, después que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Y luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta san Lucas (xxiv, 34), de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalén al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacían cuatro millas de Palestina y casi dos leguas de España (2).

Los dos discípulos, después de la aparición de Jesús sin dilación se volvieron a Jerusalén (3) ya de noche. Entraron en la casa donde se habían retirado los demás apóstoles por temor de los judíos, y los hallaron confirmando las noticias que tenían de haber resucitado el Salvador, y cómo ya se había aparecido a san Pedro. Y a esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió, y cómo ellos le habían conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba entonces presente santo Tomás; y aunque oyó a los dos discípulos, y que san Pedro confirmaba lo que decían, asegurando que también él había visto a su

(1) Luc. XXIV, 34.

(2) Véase esta aparición en la Mística Ciudad de Dios, tomo III, número 1485 y sig.

(3) Luc. XXIV, 33.

Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algún despecho (efecto de su incredulidad) se salió y se fué de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, después que Tomás se había despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció a los demás (1).

Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando santo Tomás presente; pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió a la congregación de donde se había ausentado, y le contaron los apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito a lo que todos aseguraban, si primero no viese por sus ojos las llagas, y tocase la del costado con su mano y dedos y las demás (2). En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos apóstoles y del incrédulo (3). Y luego fueron todos a dar cuenta a María santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el evangelista san Juan (xx); y solamente se escribieron las que bastan para la fe de su Resurrección. Pero luego el mismo Evangelista (xxi) escribe la aparición que hizo Su Majestad en el mar de Tiberias a san Pedro, Tomás, Natanael, a los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparición en esta forma: Fueron los apóstoles a Galilea, después de lo que en Jerusalén les había

(1) M. C. de Dios, tomo III, núm. 1487.

(2) Joan. XX, 25.

(3) M. C. de Dios, núm. 1488.

sucedido; porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verían. Y hallándose los siete apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo san Pedro que para tener alguna cosa con que pasar, quería ir a pescar, que lo sabía hacer de oficio. Acompañáronle todos en él, y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. A la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces a conocer. Y estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor: *¿Tenéis algo que comer?* Y ellos respondieron: *Nada tenemos.* Replicó Su Majestad: *Arrojad la red a la diestra de la navecilla y cogereis.* Hicieronlo, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podían levantar. Entonces san Juan con el milagro conoció a Cristo nuestro Señor, y llegándose a Pedro, le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera.—Con este aviso lo conoció también san Pedro; y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy apriesa la túnica de que estaba desnudo, y se arrojó al mar, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

Saltaron en tierra, y hallaron que ya el Señor les tenía prevenida la comida; porque vieron lumbré y pan y un pez sobre las brasas; pero Su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habían pescado, y tirando san Pedro, halló que tenía ciento y cincuenta y tres peces; y con ser tantos, no se había rotpido la red. Mandóles el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevía a preguntarle quién era: porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan: y luego que acabaron de comer se volvió a san Pedro, y le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme tú más que éstos?—Respondió san Pedro: Sí, Señor, Tú sabes que yo te amo.—Replicó el Señor:

Apacienta mis corderos.—Y luego le preguntó otra vez: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y san Pedro respondió lo mismo: Señor, Tú sabes que te amo.—Hizo el Señor tercera vez la misma pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y con esta tercera vez se entristeció san Pedro y respondió: Señor, Tú sabes todas las cosas y que yo te amo.—Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: Apacienta mis ovejas.—Con que a él solo lo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenía, como si con aquél sólo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad, y él solo le bastara para administrarla dignamente.

Luego el mismo Señor intimó a san Pedro la carga del oficio que le dabá, y le dijo (1): De verdad te aseguro que cuando seas ya viejo, no te has de ceñir, como cuando eres mozo, ni has de ir a donde tú quisieres; porque te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.—Entendió san Pedro que le prevenía el Señor la muerte de cruz con que le imitaría y seguiría. Pero como amaba tanto a san Juan, deseando saber lo que sería de él, preguntó al Señor (2): ¿Qué determinas hacer de éste, tan amado vuestro?—Respondióle Su Majestad: ¿Qué te importá a ti saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sígueme tú, y no cuides de lo que Yo quiero hacer de él.—De estas razones se levantó entre los apóstoles un rumor, que san Juan no había de morir: pero el mismo Evangelista advierte, que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas; antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenía de la muerte del Evangelista, reservando entonces para Sí el secreto. De todos estos

(1) Joan XXI. 18.

(2) *Ibid.* 21. 22, 25.

misterios y apariciones tuvo María santísima clara inteligencia por la revelación que muchas veces le dicho. Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y confería en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los apóstoles, en especial el nuevo hijo san Juan, la informaban de todos los sucesos que se ofrecían. Pero la gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta días continuos después de la Resurrección; y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los santos y ángeles; y éstos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacía; y como de su boca los cogían los ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las victorias y virtudes.

Y como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma Sabiduría para volverse a su eterno Padre, habiendo manifestado su Resurrección con evidentes apariciones y muchos argumentos (como dice san Lucas, Act. 1), últimamente determinó Su Majestad aparecerse y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de apóstoles, y discípulos y discípulas, estando todos juntos; eran ciento y veinte personas. Esta aparición fué en Jerusalén en el Cenáculo el mismo día de la Ascensión, tras de la que refiere san Marcos, en el último capítulo, que todo sucedió en un día. Porque los apóstoles, después de haber estado en Galilea, a donde les mandó el Señor que fuesen (Matth. xxviii) y después de haberles aparecido allí en el mar de Tiberias, y en el monte que san Mateo dice le adoraron (1) y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice san Pablo (I Cor. xv); después de estas apariciones volvieron a Jerusalén, disponiéndolo así el Señor, para que se hallasen a su admirable Ascensión. Y estando los once apóstoles juntos y reclinados para

(1) Matth XXVIII, 17.

comer, entró el Señor, como dicen san Marcos (1) y san Lucas en los Actos apostólicos (2) y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable y les dijo:

Advertid, discípulos míos, que mi eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra (3) y la quiero comunicar a vosotros, para que plantéis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tãrds de corazón habéis sido en acabar de creer mi Resurrección; pero yã es tiempo que como fieles discípulos míos seais maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi Evangelio como de Mí le habéis oído, bautizaréis a todos los que creyeren, dándoles el Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo (que soy Yo), y del Espíritu Santo (4). Y los que creyeren y fueren bautizados, serán salvos, y los que no creyeren serán condenados (5). Enseñad a los creyentes a que guarden todo lo que toca a mi santa ley. Y en su confirmación los creyentes harán señales y maravillas (6), lanzarán los demonios de donde estuvieren; hablarán nuevas lenguas; curarán de las mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno, no les ofenderá; y darán salud a los enfermos con poner sus manos sobre ellos.—Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicación del Evangelio; y todas se cumplieron en los apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagación en lo que falta del mundo, y para su conservación donde está plantada, continúa las mismas señales, cuándo y cómo su providencia conoce ser nece-

(1) Marc. XVI, 14.

(2) Act. I, 4.

(3) Matth. XXVIII. 18.

(4) Ibid. 19; Ibid. 16.

(5) Ibid. XVI, 16.

(6) Ibid. 17, 18.

sario; porque nunca desampara su santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

Este mismo día por dispensación divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del Cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino Maestro determinó que se hallasen presentes a su Ascensión, y primero quiso informar a toda aquella congregación respectivamente como a los once apóstoles, de lo que les convenía saber antes de su subida a los cielos, y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el Autor de la vida a todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso, y les dijo:

Hijos míos dulcísimos. Yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a Mí me viere verá a mi Padre (1) y el que me conoce le conocerá también a El; ahora os aseguro, que quien conociere a mi Madre, me conocerá a Mí; y el que a Ella oye, a Mí me oye; y el que la obedeciere me obedecerá a Mí; y me ofenderá quien la ofendiere, y me honrará quien la honrare a Ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en Ella me hallaréis siempre que me buscareis; porque estaré en Ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.—Y dijo esto Su Majestad, porque estaba sacramentado en el pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que

(1) Joan, XIV, 9.

se consagró en la primera misa, como adelante diré (1), y cumplió el Señor lo que refiere san Mateo (xxviii) que les dijo en esta ocasión: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. Añadió más el Señor, y dijo: Tendréis a Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario; y como a pontífice supremo le obedeceréis. A Juan tendréis por hijo de mi Madre (2) como yo lo nombré y señalé desde la cruz.

(1) Part. III, n. 125.

(2) Joan. XIX, 26.

CAPITULO XXIII

La Ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos.

Lleva a su Madre Consigo para darla la posesión de la gloria.

Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del eterno Padre, que por la encarnación humana bajó del cielo, había de subir a él con admirable y propia ascensión para asentarse a la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol (Eph. iv), dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra; y echado el sello todos sus misterios con éste de su Ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera a los cielos el mismo Señor (1), que con el Padre le había de enviar a su nueva Iglesia. Para celebrar este día tan festivo y misterioso eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, a quien juntó y halló en el Cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María santísima y los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, María, Magdalena, Marta y Lázaro, hermano de las dos, y las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho de ciento y veinte.

(1) Joan. XVI, 7.

Con esta pequeña grey salió del Cenáculo nuestro divino Pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las calles de Jerusalén, y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua a la falda del monte Olivetè. La compañía de los ángeles y santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalén y Palestina la Resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado (1); pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, o incrédulos, o dudosos, reparasen en aquella santa procesión que salía del Cenáculo, ni los impidiesen el camino; porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesen subir a los cielos.

Con esta seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete; y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de ángeles, otro de los santos, y el tercero de los apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró a los pies de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban a imitación de su gran Reina hicieron

(1) Matth. XXVIII, 15.

lo mismo: y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel (1): y Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su eterno Padre, y no les convenía saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaría, y en todo el mundo los misterios de la redención humana.

Despedido Su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos, y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señas o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fué encaminando por la región del aire, llevando tras de Sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera; así nuestro Salvador JESÚS llevó tras de Sí mismo los coros celestiales de ángeles y santos Padres, y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas: y todos juntos y ordenados subieron, y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasión fué llevar Consigo a su Madre santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria y del lugar que como a Madre verdadera le tenía señalado, y Ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese; porque su Hijo santísimo se lo había ofrecido en los cuarenta días que le acompañó después de su milagrosa resurrección. Y porque a ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramen-

(1) Act. I, 6, 7, 8.

lo por entonces; y para que en la congregación de los apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo (como se dice en los Actos de los apóstoles (1) obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndoles al Cenáculo, y asistiendo con ellos; y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, a los cielos, donde estuvo tres días con el más perfecto uso de las potencias y sentidos; y al mismo tiempo en el Cenáculo con menos ejercicio de ellos.

Fué la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo, y colocada a su diestra, cumpliéndose lo que dijo David (Psal. XLIV), que estuvo la Reina a su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria, y rodeada de variedad de dones y gracias a vista de los ángeles y santos que ascendían con el Señor. Y para que la admiración de este gran misterio despierte más la devoción, inflame la vida fe de los fieles, y los incline a engrandecer al Autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto a los que leyeren este milagro que desde que el muy alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia, y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces, y en dilatado tiempo, y largos años que han pasado, me ha manifestado Su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante; porque la alteza del argumento pedía esta prevención y disposición. No lo recibía todo junto; porque no es capaz la limitación de la criatura de tanta abundancia: pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular: y las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los días festivos de Cristo nuestro Salvador, y de la gran

(1) Act. I, 14.

Reina del cielo; y singularmente este sacramento grande de llevar el Hijo santísimo a su purísima Madre el día de la Ascensión Consigo al cielo y quedando en el Cenáculo por modo admirable y milagroso, le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos días.

La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas (1 Joan. 1), y se conoce el objeto y la razón: pero para quien oye en relación estos misterios, necesario es dar motivos a la piedad para pedir el crédito de lo que es obscuro: y por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida a los cielos de nuestra Reina, sino fuera tan grande falta negarle a esta Historia, maravilla y prerrogativa que tanto la engrandece. A mí se me ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez; pero ahora que le escribo no la tengo, después que dije en la primera parte, cómo en naciendo la Princesa de las alturas fué llevada niña al cielo empíreo; y en esta segunda parte dije que sucedió lo mismo dos veces en los nueve días que precedieron a la Encarnación del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto ministerio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese; mucho más creíble es que los repetiría después que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal tálamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole a sus pechos con su leche, y criándole como a Hijo verdadero; y después de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole e imitándole en su vida, pasión y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razón por qué el

Altísimo los obró en ella, o por qué los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo a su Madre, y por la dignidad que la dió sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan a conocer cabalmente, ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad a donde la levantó su omnipotencia; por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fué todo lo que quiso. Pero si a Ella sola se dió a Sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su substancia; consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningún otro, ni con todo el linaje humano se debía hacer ni convenía; y con Ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general es, que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con Ella que redundase en su gloria y santidad, después de la de su humanidad santísima.

Pero en manifestar Dios estas maravillas a su Iglesia concurren otras razones de su altísima providencia, con que la gobierna, y le va dando nuevos resplandores, según los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. Porque el dichoso día de la gracia, que amaneció al mundo con la Encarnación del Verbo humano y Redención de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna Sabiduría cómo y cuándo oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras; mas no todos se manifiestan igualmente a un mismo tiempo, sino poco a poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras y metáforas o enigmas, con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reser-

vados para su tiempo, como lo están los rayos del sol después de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que a los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz: pues los mismos ángeles, aunque conocieron desde su creación el misterio de la Encarnación en substancia y como en general, como fin a donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres; pero no se les manifestaron a los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio; antes han conocido muchas de ellas después de cinco mil y doscientos y más años de la creación del mundo. Y este nuevo conocimiento de lo que no sabían en particular, les causaba nueva admiración de alabanza y gloria, que daban al Autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito. Y con este ejemplo respondo a la admiración que puede causar a quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé a conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador a su Madre santísima Consigo en su Ascensión, no fué pequeña mi admiración, no tanto en mi nombre como en los demás a cuya noticia llegara. Y entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fué acordarme lo que san Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo (1), que fué el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fué arrebatado en cuerpo o fuera de él, sin afirmar o negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. Y entendí luego que si al Após-

(1) II Cor. XII, 2

tol en el principio de su conversión le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habían precedido en él méritos sino culpas; y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia, ¿cómo se ha de dudar que haría el mismo Señor este favor a su Madre, y más sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió más el Señor, que si a otros santos de los que resucitaron en el cuerpo con la Resurrección de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con Su Majestad; más razón había para concederle a su Madre purísima este favor, pues aunque a ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, a María santísima se le debía en algún modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razón que con El mismo entrase a la parte del triunfo y del gozo con que llegaba a tomar la posesión de la diestra de su eterno Padre, para que de la suya la tomase también su propia Madre, que le había dado de su misma substancia aquella naturaleza humana en que subía triunfante a los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que ninguno otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre y su esposo José, y los demás que a todos y al mismo Señor e Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental aquel día, sin María santísima, y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, a quien ninguno de sus vasallos se debía anteponer en este favor y beneficio.

Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y se consuele con la noticia de este misterio, y de los que diré adelante de esta condición en la tercera parte. Y volviendo al discurso

de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó Consigo a su Madre santísima en la subida a los cielos, llena de resplandor y gloria a vista de los ángeles y santos, con increíble júbilo y admiración de todos. Y fué muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio; porque si vieran ascender a su Madre y Maestra con Cristo, los affigiera el desconsuelo sin medida, ni recurso de algún alivio; pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenían consigo a la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo eso fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando por la región del aire: Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra (1), y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venía en ella la persona del eterno Padre, que descendió del supremo cielo a la región del aire a recibir a su Unigénito humanado, y a la Madre que le dió el nuevo ser humano en que volvía. Y llegándolos el Padre a Sí mismo, los recibió con un abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los ángeles, que en ejércitos innumerables venían del cielo, asistiendo a la persona del eterno Padre. Luego en breve espacio y penetrando los elementos y los orbes celestiales les llegó toda esta divina procesión al lugar supremo del empíreo. Los ángeles que subían de la tierra con sus reyes Jesús y María, y los que volvieron de la región del aire, hablaron a la entrada con los demás que quedaron en las alturas, y repitieron aquellas palabras de David (Psal. xxiii), añadiendo otras que declaran el misterio y dijeron:

Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternas; levántense y estén patentes, para que entre en su mo-

(1) Act. 1, 9.

rada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas, y fuerte y vencedor, que viene victorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias (1), abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa redención (2) que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza, y levantó la humana a la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dió su Padre de los electos y redimidos (3). Ya su liberal misericordia les deja a los mortales la potestad para que de justicia puedan adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre: y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae Consigo y a su lado a la Madre de piedad, que le dió la forma de hombre en que venció al demonio; y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita a quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis a nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dió su Madre (4), y a su Madre coronada con la gloria que le da su Hijo.

Con este júbilo y el que excede a nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión tan ordenada: y puestos a dos coros ángeles y santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su orden les dieron suprema adoración a cada uno y a los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores a los Autores de la gracia y de la vida. El eterno Padre asentó a su diestra en el

(1) Ephes. II, 4.

(2) Psal. CXXIX, 7.

(3) II Tim. IV, 8.

(4) Cant. III, 11.

trono de la Divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiración y temor reverencial a todos los moradores del cielo, que conocían con visión clara e intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona a la humanidad santísima, hermoseedada y levantada a la preeminencia y gloria que de aquella inseparable unión le resultaba; que ni ojos le vieron, ni oídos lo oyeron (1), ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

En esta ocasión subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina; porque entre tan divinos y admirables favores quedó como a la peana del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura; y postrada adoró al Padre, y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba a su Hijo, levantando en El su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fué para los ángeles y santos nuevo motivo de admiración y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulación sus virtudes de adoración y reverencia. Oyóse luego una voz del Padre que la decía: *Hija mía, asciende más adelante.* Y su Hijo santísimo también la llamó, diciendo: *Madre mía, levántate y llega al lugar que Yo te debo por lo que me has seguido e imitado.* Y el Espíritu Santo dijo: *Esposa mía y amiga mía, llegá a mis eternos abrazos.* Y luego se manifestó a todos los bienaventurados el decreto de la beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre, y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfección posible a pura criatura; y que ninguna otra de la humana naturaleza

(1) Isaf. LXIV, 4.

tomase la posesión de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondía, antes que la Reina la tuviese, y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para después de su vida, como superior en suma distancia a todo el resto de los Santos.

En cumplimiento de este decreto fué colocada María santísima en el trono de la beatísima Trinidad a la diestra de su Hijo santísimo, conociendo Ella misma y los demás santos que se le daba la posesión de aquel lugar, no sólo por todas las eternidades, sino también dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque ésta era como voluntad condicionada de las divinas Personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que Ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenía la Iglesia santa militante en la tierra, y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba a su elección. Este orden de la admirable providencia del Altísimo fué dar ocasión a la Madre de misericordia para que sobreexcediese y aventajase a Sí misma, y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia, como el que hizo semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debía recibir en el cuerpo para redimirnos. Imitóle en esto también su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado; y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponía, se levantó del trono, y postrada ante el acátamiento de las tres Personas habló y dijo: Dios eterno y todopoderoso, Señor mío, de admitir luego este premio, que vuestra dignación me ofrece, ha de ser para descanso mío. El volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando a los fieles de vuestra santa Iglesia, ha de ser de gloria y benéfico de Vuestra Majestad, y en beneficio de mis

hijos los desterrados y viadores. Yo admito el trabajo, y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo, y lo sacrifico al amor que tenéis a los hombres. Admitted, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habéis fiado. Dilátese vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre, y multiplíquese vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mío. que Yo me ofrezco de nuevo a trabajar por vuestra gloria, y granjear las almas que pudiere.

Esta resignación nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes, y fué tan agradable en la divina aceptación, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones e iluminaciones que otras veces he referido (1) para ver la Divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta ocasión no la había visto más de por visión abstractiva, con todo lo que había precedido. Y estando así elevada, se le manifestó en visión beatífica, y fué llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

Renovó en Ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la había comunicado, y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenía, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la santa Iglesia, y el título que antes le había dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles: y como en la cera blanda se imprime el sello, así en María santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imagen de Cristo, para que con esta señal volviese a la Iglesia militante, donde había de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado (2) para guardar las aguas de la vida. ¡Oh mis-

(1) Part. I, n. 626 y sig.

(2) Cant. IV, 12.

terios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fué sin misterio poner Dios en su elección de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles; traza fué para manifestarnos en esta maravilla aquel maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Orden divino fué, para que ni a Ella le faltase esta excelencia, ni a nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿A quién le pareciera mucho, a vista de esta fineza, lo que hicieron los santos y padecieron los mártires, privándose de algún momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver a socorrer a sus hijuelos? ¿Y cómo excusaremos nuestra confusión, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar a esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no veremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos, y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones. (1).

Y para dar fin a este capítulo, y con él a esta segunda parte, volveré a la congregación de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María santísima en medio de sus glorias; y viendo su tristeza y llanto, y que todos estaban casi absortos mirando a la región del aire, por donde su Redentor y Maestro se les había escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendía, y desde donde los asistía. Y viendo su dolor, pidió a Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres, que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Reden-

(1) Luc. I, 48,

tor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron a todos los discípulos y fieles, y hablando con ellos les dijeron: Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo con tanta admiración; porque este Señor Jesús, que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habéis visto.—Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron a los apóstoles y discípulos, y a los demás, para que no desfalleciesen, y esperasen retirados la venida y consolación que les daría el Espíritu prometido por su divino Maestro.

Con esta reprehensión de los ángeles se volvieron del monte Olivete al Cenáculo con María santísima, donde perseveraron con Ella en oración, aguardando la venida del Espíritu Santo.

CAPITULO XXIV

Desciende del cielo a la tierra María santísima. Sólo san Juan tuvo noticia de la subida de María al cielo.

Cumplidos tres días enteros que María santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo y Dios verdadero, y admitida su voluntad de volver a la tierra, partió de lo supremo del empíreo para el mundo con la bendición de la beatísima Trinidad. Mandó Su Majestad a innumerable multitud de ángeles que la acompañasen, eligiendo para esto todos los coros y muchos de los supremos serafines más inmediatos al trono de la Divinidad. Recibióla luego una nube o globo de refulgentísima luz, que la servía de litera preciosa o relicario que movían los mismos serafines. No pueden caber en humano pensamiento y en vida mortal la hermosura y resplandores exteriores con que esta divina Reina venía; y es cierto que ninguna criatura viviente la pudiera ver o mirar naturalmente sin perder la vida. Y por esto fué necesario que el Altísimo encubriera su refulgencia a los que la miraban, hasta que se fuesen templando las luces y rayos que despedía. A solo el evangelista san Juan se le concedió que viese a la divina Reina en la fuerza y abundancia que la redundó de la gloria que había gozado.

Llegó al Cenáculo de Jerusalén la gran Señora, como sustituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica. Y en los dones de la gracia que le dieron para este ministerio venía tan próspera y abundante, que fué admiración nueva para los ángeles y como

asombro de los santos; porque era una estampa viva de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Bajó de la nube de luz en que venía, y sin ser vista de los que asistían en el Cenáculo se quedó en su ser natural, en cuanto a no estar más de en aquel lugar.

Despidiéronse de la Reina los santos ángeles que habían venido a acompañarla desde el cielo, para volverse a él, dando a la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora a su gran Reina y Señora. Y volviendo a la Historia, es de advertir que los tres días primeros que estuvo la divina Madre en el Cenáculo después de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraída de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria que en los otros tres había recibido en el cielo. De este oculto sacramento sólo el evangelista Juan tuvo noticia entonces entre todos los mortales; porque en una visión se le manifestó cómo la gran Reina del cielo había subido a él con su Hijo santísimo, y la vió descender con la gloria y gracias que volvió al mundo para enriquecer la Iglesia. Con la admiración de tan nuevo misterio estuvo san Juan dos días como suspendido y fuera de sí: y sabiendo que ya su santísima Madre había descendido de las alturas, deseaba hablarla, y no se atrevía.

Entre los fervores del amor y el encogimiento de la humildad estuvo el amado Apóstol batallando consigo casi un día. Y vencido del afecto de hijo, se resolvió a ponerse en presencia de su divina Madre en el Cenáculo, y cuando iba, se detuvo y dijo: ¿Cómo me atreveré a lo que me pide el deseo sin saber primero la voluntad del Altísimo y la de mi Señora? Pero mi Redentor y Maestro me la dió por Madre, y me favoreció y obligó a mí con título de hijo: pues mi oficio es servirla y asistirle; y no ignora Su Alteza mi deseo, y no le despreciará; piadosa y suave es, y me perdo-

nará: quiero postrarme a sus pies.—Con esto se determinó san Juan, y pasó a donde estaba la divina Reina en oración con los demás fieles. Y al punto que levantó los ojos a mirarla, cayó en tierra postrado, con los efectos semejantes a los que él mismo y los dos apóstoles sintieron en el Tabor, cuando a su vista se transfiguró el Señor (1); porque eran muy semejantes a los resplandores de nuestro Salvador Jesús los que percibió san Juan en el rostro de su Madre santísima. Y como le duraban aún las especies de la visión, en que la vió descender del cielo, fué con mayor fuerza oprimida su natural flaqueza, y cayó en tierra. Con la admiración y gozo que sintió estuvo así postrado casi una hora, sin poderse levantar. Adoró profundamente a la Madre de su mismo Criador. Y no pudieron extrañar esto los demás apóstoles y discípulos que asistían en el Cenáculo; porque a imitación de su divino Maestro, y con el ejemplar y enseñanza de María santísima, en el tiempo que estuvieron los fieles aguardando al Espíritu Santo, muchos ratos de la oración que tenían era en cruz y postrados.

Estando así postrado el humilde y santo apóstol, llegó la piadosa Madre, y le levantó del suelo; y manifestándose con el semblante más natural, se le puso Ella de rodillas, y le habló y dijo: Señor, hijo mío, ya sabéis que vuestra obediencia me ha de gobernar en todas mis acciones; porque estáis en lugar de mi Hijo santísimo y mi Maestro, para ordenarme todo lo que debo hacer; y de nuevo quiero pedirlos que cuidéis de hacerlo, por el consuelo que tengo de obedecer.—Oyendo el santo Apóstol estas razones, se confundió y admiró sobre lo que en la gran Señora había visto y conocido, y se volvió a postrar en su presencia, ofreciéndose por esclavo suyo, y suplicándola que Ella le mandase y gobernase en todo. Y en esta porfía perse-

(1) Matth. XVII, 2.

veró san Juan algún rato, hasta que vencido de la humildad de nuestra Reina, se sujetó a su voluntad, y quedó determinado a obedecerla en mandarla, como Ella lo deseaba. Quedáronle al evangelista tan impresas en el entendimiento y potencia interiores las especies del estado en que vió a la gran Reina de los ángeles, que por toda su vida le duró aquella imagen en su interior. Y en esta ocasión, cuando la vió descender del cielo, exclamó con grande admiración; y las inteligencias que de Ella tuvo, las declaró después el santo Evangelista en el Apocalipsis, en particular en el capítulo xxi, como diré en el siguiente.

CAPITULO XXV

El evangelista san Juan en el capítulo XXI del Apocalipsis habla a la letra de la visión que tuvo, cuando vió descender del cielo a María santísima Señora nuestra.

Al oficio y dignidad tan excelente de hijo de María santísima, que dió nuestro Salvador JESÚS en la cruz al apóstol san Juan (1), como señalado por objeto de su divino amor, era consiguiente que fuera secretario de los inefables sacramentos y misterios de la gran Reina, que a otros eran más ocultos. Y para esto le fueron revelados muchos que antes habían precedido en Ella, y le hicieron como testigo ocular del secreto misterioso que sucedió el día de la Ascensión del Señor a los cielos, concediéndole a esta águila sagrada que viese subir al sol Cristo nuestro bien con luz doblada siete veces, como dice Isaías (xxx, 26), y a la luna con luz como del sol, por la similitud que con El tenía. Vióla el felicísimo evangelista subir, y estar a la diestra de su Hijo: y vióla también descender (como queda djcho) con nueva admiración; porque vió y conoció la mudanza y renovación con que bajaba al mundo, después de la inefable gloria que en el cielo había recibido con tan nuevos influjos de la Divinidad y participación de sus atributos. Ya nuestro Salvador JESÚS había prometido a los Apóstoles que antes de subir al cielo dispondría con su Madre santísima que estuviese con ellos en la Iglesia para su consuelo y ense-

(1) Joan. XIX, 26.

ñanza, como se dijo en el fin de la segunda parte (1). Pero el apóstol Juan, con el gozo y admiración de ver a la gran Reina a la diestra de Cristo nuestro Salvador, se olvidó por algún rato de aquella promesa; y absorto con tan impensada novedad, llegó a temer o recelarse si la divina Madre se quedaría allá en la gloria que gozaba. Y en esta duda padeció san Juan entre el júbilo que sentía otros amorosos deliquios que le afligieron mucho; hasta que renovó la memoria de las promesas de su Maestro y Señor, y vió de nuevo que su Madre santísima descendía a la tierra.

Los misterios de esta visión quedaron impresos en la memoria de san Juan, y jamás los olvidó, ni los demás que le fueron revelados de la gran Reina de los ángeles; y con ardentísimo deseo quería el sagrado Evangelista dejar noticia de ellos en la santa Iglesia. Pero la humildad prudentísima de María Señora nuestra le detuvo, para que mientras Ella vivía no los manifestase, antes los guardase ocultos en su pecho, para cuando el Altísimo ordenase otra cosa; porque no convenía hacerlos antes manifiestos y notorios al mundo. Obedeció el Apóstol a la voluntad de la divina Madre. Y cuando fué tiempo y disposición divina, que antes de morir el Evangelista enriqueciera a la Iglesia con el tesoro de estos ocultos sacramentos, fué orden del Espíritu Santo que los escribiese en metáforas y enigmas tan difíciles de entender, como la Iglesia lo confiesa. Y fué así conveniente que no quedasen patentes a todos, sino cerrados y sellados como las perlas en el nácar o en la concha, y el oro en los escondidos minerales de la tierra, para que con nueva luz y diligencia los sacase la santa Iglesia, cuando tuviese necesidad; y en el ínterin estuviesen como en depósito en la obscuridad de las sagradas Escrituras, que los Docto-

(1) Part. II, n. 1505.

res santos confiesan, en especial en el libro del Apocalipsis.

De la providencia que tuvo el Altísimo en ocultar la grandeza de su Madre santísima en la primitiva Iglesia he hablado algo en el discurso de esta divina Historia (1), y no me excuso de renovar aquí esta advertencia por la admiración que causarán de nuevo a quien los fuere ahora conociendo. Y para vencer la duda (si alguno la tuviere) ayudará mucho considerar lo que varios Santos y Doctores advierten, que ocultó Dios a los judíos el cuerpo y sepultura de Moisés (2), por excusar que aquel pueblo, tan pronto en idolatrías, no errase con ella, dando adoración al cuerpo del Profeta que tanto había estimado, o que le venerase con algún culto supersticioso y vano. Y por la misma razón dicen que cuando Moisés escribió la creación del mundo y de todas sus criaturas, aunque los ángeles eran la parte más noble de ellas, no declaró su creación el Profeta con palabras propias, antes la encerró en aquellas que dijo: *Crió Dios la luz* (3); dejando lugar para que por ellas se pudiera entender la luz material que alumbraba a este mundo visible, significando también en oculta metáfora aquellas luces substanciales y espirituales, que son los santos ángeles, de quien no convenía dejar entonces más clara noticia.

Y si al pueblo hebreo se le pegó el contagio de la idolatría con la comunicación y vecindad de la gentilidad, tan inclinada y ciega en dar divinidad a todas las criaturas que les parecían grandes, poderosas o superiores en alguna potencia; mucho mayor peligro tuvieron los mismos gentiles de este error, si cuando se les comenzaba a predicar el Evangelio y la fe de Cristo nuestro Salvador, se les propusiera juntamente

(1) Part II, n. 415.

(2) Deut. XXXIV, 6.

(3) Génes. I, 8.

la excelencia de su Madre santísima. Y en prueba de esta verdad basta el testimonio de san Dionisio Areopagita, que con haber sido filósofo tan sabio que conoció entonces al Dios de la naturaleza; con todo esto, cuando ya era católico y llegó a ver y hablar a María santísima, dijo que si la fe no le enseñara que era pura criatura, la tuviera y adorara por Dios. En este peligro incurrieran fácilmente los gentiles más ignorantes, y confundieran la divinidad del Redentor, que debían creer, con la grandeza de su Madre purísima, si se les propusiera todo junto, y pensarán que también Ella era Dios como su Hijo, pues eran tan semejantes en la santidad. Pero ya este peligro ha cesado, estando tan arraigada la ley y fe del Evangelio en la Iglesia, y tan ilustrada con la doctrina de los sagrados Doctores y tantas maravillas como Dios ha obrado en esta manifestación del Redentor. Y con tanta luz sabemos que sólo él es Dios y hombre verdadero, lleno de gracia y de verdad (1); y que su Madre es pura criatura, y sin tener divinidad fué llena de gracia, inmediata a Dios y superior a todo el resto de las criaturas. Y en este siglo tan ilustrado con las verdades divinas sabe el Señor cuándo y cómo conviene dilatar la gloria de su Madre santísima, manifestando los enigmas y secretos de las sagradas Escrituras, donde la tiene encerrada.

El misterio de que voy hablando, con otros muchos de nuestra gran Reina, escribió el Evangelista en el capítulo XXI del Apocalipsis debajo de metáforas: en particular llamando a María santísima ciudad santa de Jerusalén, y describiéndola con las condiciones que por todo aquel capítulo prosigue. Hablaré en nombre del Evangelista para ceñirme más en ella.

Y vi (dice san Juan) un cielo nuevo y tierra nueva, porque se fué el primer cielo y primera tierra, y no

(1) Joan. 1, 14.

hay mor. Cielo nuevo y tierra nueva llamó a la humanidad santísima del Verbo encarnado y a la de su divina Madre; cielo por la habitación, y nuevo por la renovación. En Cristo Jesús nuestro Salvador habita la divinidad (1) en unidad de persona, por sustancial unión indisoluble. En María por singular modo de gracia después de Cristo. Y estos cielos son ya nuevos; porque la humanidad pasible, que llagada y muerta estuvo en el sepulcro, la vió levantada y colocada a la diestra de su eterno Padre, coronada de la gloria y dotes que mereció con su vida y muerte. Y vió también a la Madre, que le dió este ser pasible y cooperó a la redención del linaje humano, asentada a la diestra de su Hijo (2), y absorta en el océano de la divina luz inaccesible, participando la gloria de su Hijo como Madre, y que la mereció de justicia por sus obras de inefable caridad. Llamó también cielo nuevo y tierra nueva a la patria de los vivientes, renovada con la lucerna del Cordero (3), con los despojos de sus triunfos y con la presencia de su Madre, que como reyes verdaderos habían tomado la posesión del reino, que será eterno. Renováronle con su vista y nuevo gozo que han comunicado a sus antiguos moradores, y con los nuevos hijos de Adán, que a él han traído para poblarle como ciudadanos y vecinos, que jamás le pierdan. Con esta novedad se fué ya el primer cielo y la primera tierra; no sólo porque el cielo de la humanidad santísima de Cristo y el de María (donde vivió como en primer cielo) se fueron a las eternas moradas, llevando a ellas la tierra del ser humano; sino también porque a este antiguo cielo y tierra pasaron los hombres del ser pasible al estado de la impasibilidad. Fuéronse los rigores de la justicia, y llegó el descanso. Pasó el

(1) Colos. II, 9.

(2) Psal. XLIV, 10.

(3) Apoc. XXI, 28.

invierno de los trabajos (1), y vino el verano de la alegría y gozo eterno. Fuese asimismo la primera tierra y cielo de todos los mortales; porque entrando Cristo nuestro bien con su Madre santísima en la celestial Jerusalén, se rompieron los candados y cerraduras que por cinco mil doscientos y treinta y tres años habían tenido, para que ninguno entrase en ella; y todos los mortales quedasen en la tierra, si no se satisfacía primero la divina justicia de la ofensa por las culpas.

Y singularmente María santísima fué nuevo cielo y nueva tierra, ascendiendo con su Hijo y Salvador JESÚS, y tomando la posesión de su diestra en la gloria de alma y cuerpo, sin haber pasado por la común muerte de todos los hijos de los hombres. Y aunque antes en la tierra de su condición humana era cielo, donde por especialísimo modo vivió la Divinidad; pero en esta gran Señora se fueron este primer cielo y tierra y pasó por orden admirable a ser nuevo cielo y nueva tierra, en que habitase Dios por suma gloria entre todas las criaturas. Y con esta novedad, en esta nueva tierra, en que habitaba Dios, no hubo mar; porque para Ella se acabaron las amarguras y tormentas de los trabajos, si admitiera el quedarse desde entonces en aquel estado felicísimo. Y para los demás, que en alma y cuerpo, o sólo en alma, quedaron en la gloria, tampoco hubo mar de borrascas y peligros, como le había en la primera tierra de la mortalidad.

Y yo Juan (prosigue el Evangelista) vi a la ciudad santa Jerusalén, que descendía del cielo y de Dios, preparada como la esposa adornada para su varón. Yo indigno apóstol de Jesucristo soy a quien se le manifestó tan oculto sacramento, para que diese noticia al mundo: y vi a la Madre del Verbo humanado, verdadera ciudad mística de Jerusalén, visión de paz, que descendía del trono del mismo Dios a la tierra, como

(1) Cant. II, 11.

vestida de la misma divinidad y adornada con una nueva participación de sus atributos, de sabiduría, potencia, santidad, inmutabilidad, amabilidad y similitud con su Hijo en el proceder y obrar. Venía como instrumento de la omnipotente diestra, como vicediós por nueva participación. Y aunque venía a la tierra para trabajar en ella en beneficio de los fieles, privándose para esto voluntariamente del gozo que tenía con la visión beatífica, determinó el Altísimo enviarla preparada y guarnecida con todo el poder de su brazo, y recompensarle el estado y visión que por aquel tiempo dejaba, con otra vista y participación de su divinidad incomprendible, compatible con el estado de viadora; pero tan divino y levantado, que excediese a todo humano y angélico entendimiento. Para esto la adornó de su mano con los dones a que la pudo extender, y la dejó preparada como esposa para su varón el Verbo humanado: de tal manera, que ni pudiese desear en Ella gracia alguna, ni excelencia, que le faltase; ni por estar ausente de su diestra dejase este varón de estar en Ella y con Ella, como en su cielo y trono proporcionado. Y como la esponja recibe y embebe en sí misma el licor que participa, llenando de él todos sus vacíos; así también (a nuestro modo de entender) quedó llena esta gran Señora de la influencia y comunicación de la Divinidad.

Prosigue el texto: *Y del trono oí una gran voz que decía: Mira al tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y serán pueblo suyo, y él será su Dios.* Esta voz, que salió del trono, llevó toda mi atención con divinos efectos de suavidad y gozo. Y entendí cómo antes de morir la gran Señora recibía la posesión del premio merecido por singular favor, y prerrogativa debida a sola Ella entre los mortales. Y aunque ninguno de los que llegan a poseer el que les toca tiene autoridad para volver a la vida, ni se les deja

en su mano; pero a esta única Esposa se le concedió esta gracia para engrandecer sus glorias: pues habiendo llegado a poseerlas, y hallándose reconocida y aclamada de los cortesanos del cielo por su legítima Reina y Señora, descendió por su voluntad a la tierra, para ser sierva de sus mismos vasallos y criarlos y gobernarlos como hijos. Por esta caridad sin medida mereció de nuevo que todos los mortales fuesen pueblo suyo, y se le diese nueva posesión de la Iglesia militante, donde volvía a ser habitadora y gobernadora, y mereciera también que Dios esté con ellos, y sea Dios misericordioso y propicio con los hombres; porque en su pecho estuvo sacramentado todo el tiempo que este sagrario de María purísima vivió en la Iglesia, después que descendió del cielo. Y para estar en ella (cuando no hubiera otra razón) se quedara su mismo Hijo sacramentado en el mundo, y por sus méritos y peticiones estaba con los hombres por gracia y nuevos beneficios; y por esto añade y dice:

Y enjugará las lágrimas de sus ojos, y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor. Porque esta gran Señora viene por Madre de la gracia, de la misericordia, del gozo y de la vida, Ella es quien llena al mundo de alegría, quien enjugó las lágrimas que introdujo el pecado, que comenzó de nuestra madre Eva. Es la que convirtió el luto en regocijo, el llanto en nuevo júbilo, los clamores en alabanza y gloria, y la muerte del pecado en vida, y para quien la buscare en ella. Ya se acabó la muerte del pecado, y los clamores de los réprobos y su dolor irreparable; porque si antes se acogieran los pecadores a este sagrado, en él hallaran perdón, misericordia y consuelo. Y los primeros siglos, donde faltaba María Reina de los ángeles, ya se fueron y pasaron con dolor; y los clamores de los que la desearon y no la vieron, como ahora la tienen y la posee el mundo para su remedio y amparo,

y detener la justicia divina para solicitar misericordia a los pecadores.

Y el que estaba en el trono dijo: Atiende que hago nuevas todas las cosas. Esta fué voz del eterno Padre que me dió a conocer cómo todo lo hacía nuevo; Iglesia nueva, ley nueva, Sacramentos nuevos. Y habiendo hecho tan nuevos favores a los hombres como darles a su Hijo unigénito (1), les hacía otro singularísimo de enviarles á la Madre tan renovada, y nueva con admirables dones y potestad de distribuir los tesoros de la redención que su Hijo puso en sus manos, para que los derramase en los hombres con su prudentísima voluntad. Para esto la envió a la Iglesia desde su real trono, renovada con la imagen de su Unigénito, sellada con los atributos de la Divinidad, como un traslado copiado de aquel original, cuanto en pura criatura era posible, para que de ella se copiase la santidad de la nueva Iglesia evangélica.

Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fidedísimas y verdaderas. Y me dijo también: ya está hecho. Yo soy el principio y el fin; y daré al sediento, que beba de balde de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas, y será Dios para él, y será El hijo para mí. Mandóme escribir este misterio el mismo Señor desde su trono, para que testificase la fidelidad y verdad de sus palabras y obras admirables con María santísima, en cuya grandeza y gloria empeñó su omnipotencia. Y porque estos sacramentos eran tan ocultos y levantados, los escribí en cifra y en enigma hasta su lugar y tiempo señalado, que por el mismo Señor se manifestasen al mundo, y se entendiese que ya estaba hecho todo lo posible, que convenía para remedio y salud de los mortales. Y con decir que estaba hecho, les hacía cargo de haber enviado a su Unigénito para redimirlos con su Pasión y Muerte, enseñarlos con su

(1) Joan, III, 16.

vida y doctrina, y a su Madre enriquecida para socorro y amparo de la Iglesia; y al Espíritu Santo, para que la prosperase, ilustrase, confirmase y fortaleciese con sus dones, como se lo había prometido. Y porque no tuvo más que darnos el eterno Padre, dijo: ya está hecho. Como si dijera: Todo lo posible a mi omnipotencia y conveniente a mi equidad y bondad, como principio y fin que soy de todo lo que tiene ser. Como principio, se le doy a todas las cosas con la omnipotencia de mi voluntad; y como fin, las recibo, ordenando con mi sabiduría los medios por donde lleguen a conseguir este fin. Los medios se reducen a mi Hijo santísimo y a su Madre, mi dilecta y única entre los hijos de Adán. En ellos están las aguas puras y vivas de la gracia, para que como de su fuente, origen y manantial beban todos los mortales que sedientos de su salud eterna llegaren a buscarlas (1). Y para ellos se darán de balde; porque no las pueden merecer, aunque se las mereció, y con su misma vida, mi Hijo humanado, y su dichosa Madre se las granjea y merece a los que a Ella acuden. Y el que venciere a sí mismo, al mundo, y al demonio, que pretenden impedirle estas aguas de vida eterna, para este vencedor seré Yo Dios liberal, amoroso y omnipotente, y El poseerá todos mis bienes, y lo que por medio de mi Hijo y de su Madre le tengo preparado; porque le adoptaré por hijo y heredero de mi eterna gloria.

Pero a los tímidos, incrédulos, odiosos, homicidas, fornicarios, maléficos, idólatras y a todos los mentirosos, su parte para éstos será en el estanque de fuego y ardiente azufre, que es la muerte segunda. Para todos los hijos de Adán di a mi Unigénito por Maestro, Redentor y Hermano, y a su Madre por amparo, medianera y abogada Conmigo poderosa; y como tal la vuelvo al mundo, para que todos entiendan que quiero

(1) Joan. VII, 37.

se valgan de su protección. Pero á los que no vencieren al temor de su carne en padecer, o no creyeren mis testimonios y maravillas obradas en beneficio suyo, y testificadas en mis Escrituras; á los que habéndo las creído se entregaren a las inmundicias torpes de los deleites carnales, a los hechiceros, idólatras, que desamparan mi verdadero poder y divinidad, y siguen al demonio; todos los que obran la mentira y la maldad, no les aguarda otra herencia más de la que ellos mismos eligieron para sí. Esta es el formidable fuego del infierno, que como estanque de azufre arde sin claridad con abominable olor, donde para todos los réprobos hay diversidad de penas y tormentos correspondientes a las abominaciones que cada uno cometió, aunque todas convienen en ser eternas y privar de la visión divina que beatifica a los santos. Y esta será la segunda muerte sin remedio, porque no se aprovecharon del que tenía la primera muerte del pecado, que por la virtud de su Reparador y de su Madre pudieron restaurar con la vida de la gracia. Y prosiguiendo la visión, dice el Evangelista:

Y vino uno de los siete ángeles, que tenían siete copas llenas de siete novísimos castigos, y me dijo: Ven, y te mostraré la Esposa que es mujer del Cordero. Conoci que este ángel y los demás eran de los supremos y cercanos al trono de la beatísima Trinidad; y que se les había dado especial potestad para castigar la osadía de los hombres que cometiesen los pecados referidos, después de publicado al mundo el misterio de la Redención, vida, doctrina y muerte de nuestro Salvador, y la excelencia y potestad que tiene su Madre santísima para remediar a los pecadores que la llaman de todo corazón. Y porque con la sucesión de los tiempos se manifestarían más estos sacramentos con los milagros y luz que recibiría el mundo, y con los ejemplos y vidas de los santos, y en particular de los varones apos-

tólicos, fundadores de las religiones, y tanto número de mártires y confesores; por esto los pecados de los hombres en los últimos siglos serán más graves y detestables; y sobre tantos beneficios la ingratitude será más pesada y digna de mayores castigos; y consiguientemente merecerían mayor indignación de la digna ira y justicia divina. Así en los tiempos futuros (que son los presentes para nosotros) castigaría Dios con rigor a los hombres con plagas novísimas; porque serían las últimas, acercándose cada día al juicio final. Véase en la primera parte el número 266.

Y levantóme en espíritu el ángel a un grande y alto monte y mostróme a la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo desde el mismo Dios. Fuí levantado con la fuerza del poder divino a un monte alto de suprema inteligencia y luz de ocultos sacramentos; y con el espíritu ilustrado vi a la esposa del Cordero, que era su mujer, como a ciudad santa de Jerusalén; esposa del Cordero, por la similitud y amor recíproco del que quitó los pecados del mundo (1); y mujer, porque le acompañó inseparablemente en todas sus obras y maravillas, y por Ella salió del seno de su eterno Padre para tener sus delicias con los hijos de los hombres (2), por hermanos de esta Esposa, y por ella también hermanos suyos del mismo Verbo humanado (3). Víla como ciudad de Jerusalén, que encerró en sí y dió espaciosa habitación al que no cabe ni en los cielos ni en la tierra (4); y porque en esta ciudad puso el templo y propiciatorio donde quiso ser buscado y obligado, para mostrarse propicio y liberal con los hombres. Y víla como ciudad de Jerusalén; porque en su interior vi encerradas todas las perfecciones de la Jerusalén triunfante, y el adecuado fruto de la redención

(1) Joan. I, 29.

(2) Prov. VIII, 51.

(3) Matth. XXVIII, 10; Joan. XX, 17.

(4) Il Par. VI, 18

humana todo se contenía en ella. Y aunque en la tierra se humillaba a todos y se postraba a nuestros pies, como si fuera la menor de las criaturas, la vi en las alturas levantada al trono y diestra de su Unigénito (1), de donde descendía a la Iglesia, próspera y abundante, para favorecer a los hijos y fieles de ella.

(1) Psalm. XLIV, 10.

CAPITULO XXVI

Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo XXI del Apocalipsis.

Esta ciudad santa de Jerusalén, María Señora nuestra (dice el Evangelista), *tenía la claridad de Dios, y su resplandor era semejante a una piedra preciosa de jaspe como cristal.* Desde el punto que tuvo ser María santísima, fué su alma llena y como bañada de una nueva participación de la Divinidad, nunca vista ni concedida a otra criatura; porque Ella sola era la clarísima aurora que participaba de los mismos resplandores del sol Cristo, hombre y Dios verdadero, que de Ella había de nacer. Y esta divina luz y claridad fué creciendo hasta llegar al supremo estado que tuvo, asentada a la diestra de su Hijo unigénito en el mismo trono de la beatísima Trinidad, y vestida de variedad de todos los dones, gracias, virtudes, méritos y gloria, sobre todas las criaturas (1). Y cuando la vi en aquel lugar y luz inaccesible, me pareció no tenía otra claridad más que la del mismo Dios, que en su inmutable ser estaba como en fuente y en su origen, y en ella estaba participado; y por medio de la humanidad de su Hijo unigénito resultaba una misma luz y claridad en la Madre y en el Hijo, y en cada uno con su grado; pero en sustancia parecía una misma, y que no se hallaba en otro de los bienaventurados, ni en todos juntos. Y por la variedad parecía al jaspe; por lo estimable era preciosa, y por la hermosura de alma y cuerpo era como cristal penetrado y bañado y sustanciado con la misma claridad y luz.

(1) Psalm. XLIV, 10.

Y tenía la ciudad un grande y alto muro con doce puertas, y en ellas doce ángeles, escritos los nombres de las doce tribus de Israel: tres puertas al Oriente, tres al Aquilón, tres al Austro y tres al Occidente.—El muro, que defendía y encerraba esta ciudad santa de María santísima, era tan alto y grande, cuanto lo es el mismo Dios, y su omnipotencia infinita y todos sus atributos; porque todo el poder y grandeza divina, y su sabiduría inmensa se emplearon en guarnecer a esta gran Señora, en asegurarla y defenderla de los enemigos que la pudieran asaltar. Y esta invencible defensa se dobló, cuando descendió al mundo para vivir en él sola, sin la asistencia visible de su Hijo santísimo, y para asentar la nueva Iglesia del Evangelio, que para esto tuvo todo el poder de Dios por nuevo modo a su voluntad contra los enemigos de la misma Iglesia, visibles e invisibles. Y porque después que fundó el Altísimo esta ciudad de María franqueó liberalmente sus tesoros, y por Ella quiso llamar a todos los mortales al conocimiento de Sí mismo, y a la eterna felicidad sin excepción de gentiles, judíos, ni bárbaros, sin diferencia de naciones y de estados; por eso edificó esta ciudad santa con doce puertas a todas las cuatro partes del mundo sin diferencia. Y en ellas puso los doce ángeles, que llamasen y convidasen a todos los hijos de Adán, y en especial despertasen a todos a la devoción y piedad de su Reina; y los nombres de las doce tribus en estas puertas, para que ninguno se tenga por excluído del refugio y sagrado de esta Jerusalén divina; y todos entiendan que María santísima tiene escritos sus nombres en el pecho y en los mismos favores que recibió del Altísimo, para ser Madre de clemencia y misericordia, y no de la justicia.

El muro de esta ciudad tenía doce fundamentos, y en ellos estaban los nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Cuando nuestra gran Madre y Maestra es

tuvo a la diestra de su Hijo y Dios verdadero en el trono de su gloria, y se ofreció a volver al mundo para plantar la Iglesia; entonces el mismo Señor la encargó singularmente el cuidado de los Apóstoles, y grabó sus nombres en el inflamado y candidísimo corazón de esta divina Maestra, y en él se hallaran escritos, si fuera posible que le viéramos. Y aunque entonces éramos solos once los Apóstoles, vino escrito en lugar de Judas san Matías, tocándole esta suerte de antemano. Y porque del amor y sabiduría de esta Señora salió la doctrina, la enseñanza, la firmeza y todo el gobierno con que los doce Apóstoles y san Pablo fundamos la Iglesia y la plantamos en el mundo; por esto escribió los nombres de todos en los fundamentos de esta ciudad mística de María santísima, que fué el apoyo y fundamento en que se aseguraron los principios de la santa Iglesia, y de sus fundadores los Apóstoles. Con su doctrina nos enseñó, con su sabiduría nos ilustró, con su caridad nos inflamó, con su paciencia nos toleró, con su mansedumbre nos atraía, y con su consejo nos gobernaba; con sus avisos nos prevenía, y con su poder divino, de que era dispensadora, nos libraba de los peligros. A todos acudía como a cada uno de nosotros, y a cada uno como a todos juntos. Y los Apóstoles tuvimos patentes las doce puertas de esta ciudad santa, más que todos los otros hijos de Adán. Y mientras vivió por nuestra Maestra y amparo, jamás se olvidó de alguno de nosotros, sino que en todo lugar y tiempo nos tuvo presentes, y nosotros tuvimos su defensa y protección, sin faltarnos en alguna necesidad y trabajo. Y de esta grande y poderosa Reina, y por Ella participamos y recibimos todos los beneficios, gracias y dones que nos comunicó el brazo del Altísimo, para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento (1). Y por todo esto estaban nuestros nombres en los fun-

(1) II Cor. III, 6.

damentos del muro de esta ciudad mística, la beatísima María.

Y el que hablaba conmigo tenía una medida de oro, como caña para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad está puesta en cuadrángulo, con igual longitud y latitud. Y midió la ciudad con la caña de oro, con que tenía doce mil estadios. Y su longitud, latitud y altura eran iguales. Para que yo entendiese la magnitud inmensa de esta ciudad santa de Dios, la midió en mi presencia el mismo que me hablaba. Y para medirla tenía en la mano una vara o caña de oro, que era el símbolo de la humanidad deificada con la persona del Verbo, y de sus dones, gracia y merecimientos; en que se encierra la fragilidad del ser humano y terreno, y la inmutabilidad preciosa e inestimable del ser divino que realzaba a la humanidad y sus merecimientos. Y aunque esta medida excedía tanto a lo mensurado; pero no se hallaba otra en el cielo ni en la tierra con que medir a María santísima y su grandeza, fuera de la de su Hijo y Dios verdadero; porque todas las criaturas humanas y angélicas eran inferiores y desiguales para investigar y medir esta ciudad mística y divina. Pero medida con su Hijo, era proporcionada con El, como Madre digna suya, sin faltarle cosa alguna para esta proporcionada dignidad. Y su grandeza contenía doce mil estadios, con igualdad por todas cuatro superficies de su muro, que cada lienzo contenía doce mil de largo y de alto; con que venía a estar en cuadro y correspondencia muy igual. Tal era la grandeza e inmensidad y correspondencia de los dones y excelencias de esta gran Reina, que si los demás Santos lo recibieron con medida de cinco o dos talentos (1); pero Ella de doce mil cada uno, excediéndonos a todos con inmensa magnitud. Y aunque fué medida con esta proporción, cuando bajó del no ser

(1) Matth. XXV, 15.

al ser en su immaculada Concepción, prevenida para Madre del Verbo eterno; pero en esta ocasión que bajó del cielo a plantar la Iglesia, fué medida otra vez con la proporción de su Unigénito a la diestra del Padre, y se halló con la correspondencia ajustada para tener allí aquel lugar, y volver a la Iglesia para hacer el oficio de su mismo Hijo y Reparador del mundo.

Y la fábrica del muro era de piedra de jaspe; pero la ciudad era de oro finísimo, semejante al vidrio puro y limpio. Y sus fundamentos estaban adornados con todo género de piedras preciosas. Las obras y composición exterior de María santísima, que se manifestaban a todos, como en la ciudad se manifiesta el muro que la rodea, todas eran de tan hermosa variedad y admiración a los que la miraban y comunicaban, que sólo con su ejemplo vencía y atraía los corazones, y con su presencia ahuyentaba los demonios, y deshacía todas sus fantásticas ilusiones; que por eso el muro de esta ciudad santa era de jaspe. Y con su proceder y obrar en lo exterior hizo nuestra Reina mayores frutos y maravillas en la primitiva Iglesia, que todos los apóstoles y santos de aquel siglo. Pero lo interior de esta divina ciudad era finísimo oro de inexplicable caridad, participada de la de su mismo Hijo, y tan inmediata a la del Ser infinito, que parecía un rayo de Ella misma. Y no sólo era esta ciudad de oro levantado en lo precioso, sino también era como vidrio claro, puro y transparente; porque era un espejo immaculado en que reverberaba la misma Divinidad, sin que en ella se conociese otra cosa fuera de esta imagen. Y a más de esto era como una tabla cristalina en que estaba escrita la ley del Evangelio; para que por ella y en ella se manifestase al mundo todo: y por eso era de vidrio claro y no de piedra oscura (1), como las de Moisés para un pueblo solo. Y los fundamentos, que se

(1) Exod. XXXI, 18.

descubrían en el muro de esta gran ciudad, todos eran de preciosas piedras; porque la fundó el Altísimo de su mano, como poderoso y rico, sin tasa ni medida, sobre lo más precioso, estimable y seguro de sus dones, privilegios y favores, significados en las piedras de mayor virtud, estimación, riqueza y hermosura que se conoce entre las criaturas. (Véase en el capítulo XIX de la primera parte, libro I).

Y las puertas de la ciudad, cada uno era una preciosa margarita. Doce puertas, doce margaritas, y la plaza oro lucidísimo como el vidrio. Y no había templo en ella; porque su templo es el mismo Dios omnipotente y el Cordero. El que llegare a esta ciudad santa de María, para entrar en ella por fe, esperanza, veneración, piedad y devoción, hallará la preciosa margarita que le haga dichoso, rico y próspero en esta vida, y en la otra bienaventurado por su intercesión. Y no sentirá horror de entrar en esta ciudad de refugio; porque sus puertas son amables y de codicia, como preciosas y ricas margaritas: para que ninguno de los mortales tenga excusa si no se valiere de María santísima, y de su dulcísima piedad con los pecadores; pues nada hubo en Ella que dejase de atraerlos a sí y al camino de la eterna vida. Y si las puertas son tan ricas y llenas de hermosura a quien llegase, más lo será el interior, que es la plaza de esa admirable ciudad; porque es de finísimo oro y muy lucido, de ardentísimo amor y deseo de admitir a todos, enriquecerlos con los tesoros de la felicidad eterna. Y para esto se manifiesta a todos con su claridad y luz; y ninguno hallará en Ella tinieblas de falsedad o engaño. Y porque en esta ciudad santa de María venía el mismo Dios por especial modo, y el Cordero, que es su Hijo sacramentado, que la llenaban y ocupaban; por esto no vi en Ella otro templo ni propiciatorio más que al mismo Dios omnipotente y al Cordero. Ni tampoco era nece-

sario que en esta ciudad se hiciera templo para que orase y pidiese con acciones y ceremonias como en los demás, que para sus súplicas van a los templos, porque el mismo Dios y su Hijo eran su templo, y estaban atentos y propicios para todas sus peticiones, oraciones y ruegos que por los fieles de la Iglesia ofrecía.

Y no tenía necesidad de luz del sol ni de la luna; porque la claridad de Dios la daba luz, y su lucerna es el Cordero. Después que nuestra Reina volvió al mundo de la diestra de su Hijo santísimo, no fué ilustrado su espíritu con el modo común de los Santos, ni como el que tuvo antes de la Ascensión, sino que en recompensa de la visión clara y fruición, de que carecía para volver a la Iglesia militante, se le concedió otra visión abstractiva y continua de la Divinidad, a que correspondía otra fruición proporcionada. Y con este especial modo participaba del estado de los comprensos, aunque estaba en el de viadora. Y fuera de este beneficio recibió también otro, que su Hijo santísimo sacramentado en las especies del pan perseveró siempre en el pecho de María como en su propio sagrario; y no perdía estas especies sacramentales hasta que recibía otras de nuevo. De manera que mientras vivió en el mundo, después que descendió del cielo, tuvo Con-sigo siempre a su Hijo santísimo y Dios verdadero sacramentado. Y en Sí misma le miraba con una particular visión que se le concedió, para que le viese y tratase, sin buscar fuera de Sí misma su real presencia. En su pecho le tenía, para decir con la Esposa: Tén-gole, y no lo dejaré (1). Con estos favores ni pudo haber noche en esta ciudad santa, en que alumbrase la gracia como luna, ni tuvo necesidad de otros rayos del Sol de justicia; porque le tenía todo con plenitud, y no por partes, como los demás Santos.

Y casuarán las gentes en su resplandor, y los reyes

(1) Cant. III, 4.

de la tierra llevarán a ella su gloria y su honor. Ninguna excusa ni disculpa tendrán los desterrados hijos de Eva, si con la divina luz, que María santísima ha dado al mundo, no caminaren a la verdadera felicidad. Para que ilustrase su Iglesia, la envió el cielo su Hijo y Redentor en sus primeros principios, y la dió a conocer a los primogénitos de la Iglesia santa. Después de la sucesión de los tiempos ha ido manifestando su grandeza y santidad por medio de las maravillas que esta gran Reina ha obrado en innumerables favores y beneficios que de su mano han recibido los hombres. Y en estos últimos siglos (que son los presentes) dilatará su gloria, y la dará a conocer de nuevo con mayor resplandor, por la excesiva necesidad que tendrá la Iglesia de su poderosa intercesión y amparo, para vencer al mundo, al demonio y a la carne, que por culpa de los mortales tomarán mayor imperio y fuerzas, como ahora las tienen para impedirles la gracia y hacerlos más indignos de la gloria. Contra la nueva malicia de Lucifer y sus seguidores quiere oponer el Señor los méritos y peticiones de su Madre purísima, y la luz que envía al mundo, de su vida y poderosa intercesión; para que sea refugio y sagrado de los pecadores, y todos caminen y vayan a El por este camino tan recto y seguro y lleno de resplandor.

Y si los reyes y príncipes de la tierra caminasen con esta luz, y llevasen su honor y gloria a esta ciudad santa de María, y en exaltar su nombre y el de su Hijo santísimo empleasen la grandeza, potestad, riquezas y potencia de sus Estados; asegúrensen, que si con este norte se gobernasen, merecerían ser encaminados con el amparo de esta suprema Reina en el ejercicio de sus dignidades, y con grande acierto gobernarían sus Estados o monarquías. Y para renovar esta confianza en nuestros católicos príncipes, profesores y defensores de la santa fe, les hago manifiesto lo que ahora y en

el discurso de esta Historia se me ha dado a entender para que así lo escriba. Esto es, que el supremo Rey de los reyes y Reparador de las monarquías ha dado a María santísima especial título de Patrona, Protectora y Abogada de estos reinos católicos. Y con este singular beneficio determinó el Altísimo prevenir el remedio de las calamidades y trabajos que al pueblo cristiano por sus pecados le habían de sobrevenir y afligir, y sucedería en estos siglos presentes como con dolor y lágrimas lo experimentamos. El dragón infernal ha convertido su saña y furor contra la santa Iglesia, conociendo el descuido de sus cabezas y de los miembros de este cuerpo místico, y que todos aman la vanidad y deleite. Y la mayor parte de estas culpas y de su castigo toca a los más católicos, cuyas ofensas, como de hijos, son más pesadas; porque saben la voluntad de su Padre celestial que habita en las alturas, y no la quieren cumplir más que los extraños. Y sabiendo también que el reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia (1), ellos se han entregado al ocio, a las delicias y a contemporizar con el mundo y la carne. Este peligroso engaño del demonio castiga el justo Juez por mano del mismo demonio, dándole por sus justos juicios licencia para que aflija a la Iglesia santa y azote con rigor a sus hijos.

Pero el Padre de las misericordias, que está en los cielos, no quiere que las obras de su clemencia sean del todo extinguidas; y para conservarlas nos ofrece el remedio oportuno de la protección de María santísima, sus continuos ruegos, intercesión y peticiones, con que la rectitud de la justicia divina tuviese algún título y motivo conveniente para suspender el castigo riguroso que merecemos y nos amenaza, si no procuramos granjear la intercesión de esta gran Reina y Señora del cielo, para que desenoje a su Hijo santí-

(1) Matth. XI, 12,

simo justamente indignado, y nos alcance la enmienda de los pecados, con que provocamos su justicia y nos hacemos indignos de su misericordia. No pierdan la ocasión los príncipes católicos y los moradores de estos reinos, cuando María santísima les ofrece los días de la salud y el tiempo más aceptable de su amparo (1). Lleven a esta Señora su honor y gloria, dándosela toda a su Hijo santísimo y a Ella, por el beneficio de la fe católica que les ha hecho; conservándola hasta ahora en sus monarquías tan pura, con que han testificado al mundo el amor tan singular que Hijo y Madre santísimos tienen a estos reinos, y el que manifiestan en darles este aviso saludable. Procuren, pues, emplear sus fuerzas y grandeza en dilatar la gloria y exaltación del nombre de Cristo por todas las naciones y el de María santísima. Y crean que será medio eficacísimo, para obligar al Hijo, engrandecer a la Madre con digna reverencia, y dilatarla por todo el universo, para que sea venerada y conocida de todas las naciones.

En mayor testimonio y prueba de la clemencia de María santísima, añade el Evangelista: *Que las puertas de esta Jerusalén divina no estaban cerradas ni por el día ni por la noche: para que todas las gentes lleven a ella su gloria y honra.* Nadie, por pecador y tarde que haya sido, por infiel y pagano, llegue con desconfianza a las puertas de esta Madre de misericordia; que quien se priva de la gloria que gozaba a la diestra de su Hijo para venir a socorrernos, no podrá cerrar las puertas de su piedad a quien llegare a ellas por su remedio con devoto corazón. Y aunque llegare en la noche de la culpa o en el día de la gracia, y a cualquiera hora de la vida, siempre será admitido y socorrido. Si el que llama a media noche a las puertas del amigo que de verdad lo es, le obliga por la necesidad o por la importunidad a que se levante y le socorra,

(1) II Cor. VI, 2.

dándole los panes que pide (Luc. xi); ¿qué hará la que es Madre, y tan piadosa, que llama, espera, y convida con el remedio? No aguardará que seamos importunos; porque es presta en atender a los que la llaman, oficiosa en responder, y toda suavísima y dulcísima en favorecer, y liberal en enriquecer. Es el fomento de la misericordia, motivo para usar el Altísimo de ella, y puerta del cielo para que entremos a la gloria por su intercesión y ruegos. *Nunca entró en ella cosa manchada ni engañosa.* Nunca se turbó, ni admitió indignación ni odio con los hombres; no se halló en ella jamás engaño, culpa ni defecto; nada le falta de cuanto se puede desear para remedio de los mortales. No tenemos excusa ni descargo, si no llegamos con humilde reconocimiento; que como es pura y limpia, también nos purificará y limpiará a nosotros. Tiene la llave de las fuentes del Redentor, de que dice Isaías saquemos agua (1); y su intercesión, obligada de nuestros ruegos, vuelve la llave, y salen las aguas para lavarnos ampliamente y admitirnos en su felicísima compañía, y de su Hijo y Dios verdadero, por todas las eternidades.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora de los ángeles.

Hija mía, quíerote manifestar para tu aliento y de mis siervos, que has escrito los misterios de estos capítulos con agrado y aprobación del Altísimo, cuya voluntad es que se manifieste al mundo lo que Yo hice por la Iglesia, volviendo a ella desde el cielo empíreo para ayudar a los fieles; y también el deseo que tengo de socorrer a los católicos que se valieren de mi intercesión y amparo, como el Altísimo me lo encargó, y Yo

(1) Isai. XII, 3.

con maternal afecto se le ofrezco a ellos. También ha sido especial gozo de los Santos, y entre ellos de mi hijo Juan, que hayas declarado el que tuvieron todos, cuando subí con mi Hijo y mi Señor a los cielos, acompañándole en su Ascensión; porque ya es tiempo que lo entiendan los Hijos de la Iglesia, y conozcan más expresamente la grandeza de beneficios a que me levantó el Todopoderoso, y se levanten ellos en su esperanza, estando más capaces de lo que les puedo y quiero favorecer; porque me compadezco, como madre amorosa, de ver a mis hijos tan engañados del demonio, y oprimidos de su tiranía, a que ciegamente se han entregado. Otros grandes sacramentos encerró Juan mi siervo en el capítulo XXI y en el XII del Apocalipsis, de los beneficios que me hizo el Altísimo, y de todos has declarado en esta Historia lo que pueden conocer ahora los fieles para su remedio por mi intercesión, y más escribirás adelante.

CAPITULO XXVII

La venida del Espíritu Santo, y sucesos principales en aquellos días.

Estuvo María santísima tres días en el cielo gozando de la visión beatífica, como dije, y descendió a la tierra el día que corresponde al domingo después de la Ascensión, que llama la santa Iglesia infraoctava de la fiesta. Estuvo en el Cenáculo otros tres días gozando de los afectos de la visión de la divinidad, y templándose los resplandores con que venía de las alturas, conociendo el misterio sólo el Evangelista Juan; porque no convenía manifestar este secreto a los demás Apóstoles por entonces, ni ellos estaban harto capaces para él. Y aunque asistía con ellos, se les encubría su refulgencia los tres días que la tuvo en la tierra.

Con alabanzas y otros muchos cánticos que hacían los santos ángeles celebraron la humildad y obras de María santísima después que descendió del cielo; y en algunos de estos loores alternó Ella con sus respuestas. Antes que la dejasen en el Cenáculo los que volvieron al cielo después de haberla acompañado, y pasados los tres días que estuvo en él (sabiendo sólo san Juan los resplandores que la cercaban), conoció que ya era tiempo de tratar y conversar con los fieles. Hízolo así, y miró a los apóstoles y discípulos con gran ternura como piadosa Madre; y acompañándolos en la oración que hacían, los ofreció con lágrimas a su Hijo santísimo, y pidió por ellos y por todos los

que en los futuros siglos habían de recibir la santa fe católica y la gracia.

Y para dar a todas las obras el supremo grado de perfección, aunque hablaba, después de bajar del cielo, a los apóstoles, nunca lo hizo sin que san Pedro o san Juan se lo mandasen. Y pidió y alcanzó de su Hijo santísimo, que así se lo inspirase a ellos, para obedecerlos como a sus vicarios y sacerdotes; y todo se cumplía como la Maestra de la humildad prevenía; y después obedecía como sierva, disimulando la dignidad de Reina y de Señora, sin atribuirse autoridad, dominio, ni superioridad alguna, sino obrando como inferior a todos. Con este modo hablaba a los apóstoles y con los otros fieles.

Todos los días por la mañana y tarde iba a pedir la bendición a los apóstoles: primero a san Pedro, como cabeza; y luego a san Juan, y a los demás por sus antigüedades. Al principio se querían retirar todos de hacer esta ceremonia con María santísima, porque la miraban como a Reina y Madre de su Maestro Jesús; pero la prudentísima Señora los obligó, para que todos la bendijesen como sacerdotes y ministros del Altísimo, declarándoles esta suprema dignidad, y el oficio que por ella les tocaba, la suma reverencia y respeto que se les debía. Y como esta competencia venía a ser sobre quién más se humillaba, era cierto que la Maestra de la humildad había de quedar victoriosa, y los discípulos vencidos y enseñados con su ejemplo.

En compañía de la gran Reina del cielo perseveraban alegres los doce apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el Cenáculo la promesa del Salvador, confirmada por la Madre santísima, de que les enviaría de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaría y administraría todas las cosas que en su doctrina habían oído (1).

(1) Joan. XIV, 20.

El día de Pentecostés por la mañana la prudentísima Reina previno a los apóstoles y a los demás discípulos y mujeres santas (que todas eran ciento y veinte personas (1) para que orasen y esperasen con mayor fervor; porque muy presto serían visitados de las alturas con el divino Espíritu. Y estando así orando todos juntos con la celestial Señora, a la hora de tercia se oyó en el aire un gran sonido de un espantoso tronido, y un viento o espíritu vehemente con grande resplandor, como de relámpago y de fuego; y todo se encaminó a la casa del Cenáculo, llenándola de luz y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregación (2). Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de los ciento y veinte unas lenguas del mismo fuego (3), en que venía el Espíritu Santo, llenándolos a todos y a cada uno de divinas influencias, y dones soberanos, y causando a un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el Cenáculo y en todo Jerusalén, según la diversidad de sujetos.

En María santísima fueron divinos, y admirables para los cortesanos del cielo, que los demás somos muy inferiores para entenderlos y explicarlos.

Los apóstoles, como dice san Lucas, fueron también llenos y repletos del Espíritu Santo (4); porque recibieron admirables aumentos de la gracia justificante en grado muy levantado; y solos ellos doce fueron confirmados en esta gracia para no perderla.

En todos los demás discípulos, y otros fieles que recibieron el Espíritu Santo en el Cenáculo, obró el Altísimo los mismos efectos con proporción y respectivamente, salvo que no fueron confirmados en gracia como los apóstoles; pero según la disposición de cada uno se les comunicó la gracia y dones con más o menos

(1) Act. I, 15.

(2) Act. II, 2.

(3) Ibid. 3.

(4) Act. II, 4.

abundancia para el ministerio que les tocaba en la santa Iglesia. Y la misma proporción se guardó en los apóstoles; pero san Pedro y san Juan señaladamente fueron aventajados en estos dones por los más altos oficios que tenían; el uno gobernar la Iglesia como cabeza, y el otro de asistir y servir a su Reina y Señora de cielo y tierra María santísima.

Con las señales tan visibles y notorias, que descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles, se conmovió toda la ciudad de Jerusalén con sus moradores, admirados de la novedad nunca vista; y corriendo la voz de lo que se había visto sobre la casa del Cenáculo, concurrió a ella toda la multitud del pueblo para saber el suceso (1). Celebrábase aquel día una de las fiestas o pascuas de los hebreos; y así por esto, como por especial dispensación del cielo, estaba la ciudad llena de forasteros y extranjeros de todas las naciones del mundo.

Los sagrados apóstoles, que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo estaban inflamados en caridad, sabiendo que la ciudad de Jerusalén concurría a las puertas del Cenáculo, pidieron licencia a su Reina y Maestra para salir a predicarles; porque tanta gracia no podía estar un punto ociosa, sin redundar en beneficio de las almas, y nueva gloria del Autor. Salieron todos de la casa del Cenáculo, y puestos a vista de toda la multitud comenzaron a predicar los misterios de la fe y salud eterna. Y como hasta aquella hora habían estado encogidos y retirados, y entonces salieron con tan inesperado esfuerzo, y sus palabras salían de sus bocas como rayos de nueva luz y fuego que penetraban los oyentes; quedaron todos admirados y como atónitos de tan peregrina novedad, nunca vista ni oída en el mundo.

(1) Act. II, 6.

Los tres mil que se convirtieron este día (1) con el primer sermón de san Pedro eran de todas las naciones que entonces estaban en Jerusalén, para que luego alcanzase a todas las gentes el fruto de la Redención, y de todas se agregase una Iglesia, y a todas se extendiese la gracia del Espíritu Santo, sin exciur a ningún pueblo ni nación; pues de todas se había de componer la universal Iglesia. Muchos fueron de los judíos que con piedad y compasión habían seguido a Cristo nuestro Salvador, y atendido a su Pasión y Muerte. Y también se convirtieron algunos (aunque muy pocos) de los que habían intervenido en ella, porque no se dispusieron más; que si lo hicieran, todos fueran admitidos a la misericordia y perdonados de su error. Acabado el sermón se retiraron los apóstoles aquella tarde al Cenáculo, con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo a la Madre de misericordia María purísima, y que la conociesen y venerasen los nuevos convertidos a la fe.

Cuando llegaron a su presencia los apóstoles con aquellas primicias tan copiosas de su predicación y del Espíritu Santo, los recibió a todos con increíble alegría y suavidad de verdadera y piadosa madre.

Muchos de aquellos nuevos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oír y ver a la gran Señora, volvían a Ella y le llevaban joyas, riquezas y grandes dones; y especialmente las mujeres se despojaban de sus galas para ofrecerlas a la divina Maestra; pero ninguna de todas estas cosas recibió ni admitió. Y si alguna convenía recibir, disponía los ánimos oculta-mente para que acudiesen a los apóstoles, y que ellos dispensasen de todo estó, repartiéndolo con caridad, equidad y justicia entre los fieles más pobres y necesitados: pero agradecíalo la humilde Madre, como si lo recibiera para Sí misma. A los pobres y enfermos

(1) Act. II, 6.

admitía con inefable clemencia, y a muchos curaba de enfermedades envejecidas y antiguas. Y por mano de san Juan remedió grandes necesidades ocultas, atendiendo a todos sin omitir cosa alguna de virtud. Y como los apóstoles y discípulos se ocupaban todo el día en la predicación y conversión de los que venían a la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento; y llegada la hora servía personalmente a los sacerdotes hincadas las rodillas, y pidiéndoles la mano con increíble humildad y reverencia para besársela.

Como los apóstoles continuasen la predicación y prodigios que obraban en Jerusalén, crecía también el número de los creyentes, que en los siete días después de la venida del Espíritu Santo llegaron a cinco mil, que dice san Lucas en el capítulo iv (Act. Ap. iv, 4). Y todos los iban catequizando para darles el Bautismo, ocupándose en esto principalmente los discípulos, porque los apóstoles predicaban y tenían algunas controversias con los fariseos y saduceos.

Luego entraron todos a la presencia de la gran Reina, que los recibió con la reverencia acostumbrada, puesta de rodillas, y pidiéndoles la bendición. San Pedro, como cabeza del Apostolado, se la dió. Habló por todos, y propuso a María santísima cómo los nuevos convertidos estaban ya catequizados en la fe y misterios del Señor; y que sería justo darles el Bautismo, y señalarlos por hijos de Cristo, y agregados al gremio de la santa Iglesia: y pidió a la divina Maestra que Ella ordenase lo que fuese más acertado, y del beneplácito del Altísimo.

Respondió la prudentísima Madre: Señor, vos sois cabeza de la Iglesia, y vicario de mi Hijo santísimo en ella; y todo lo que en su nombre por vos fuere ordenado, lo aprobará su voluntad santísima; y la mía es la suya con la vuestra. Con esto san Pedro ordenó que

el día siguiente (que correspondió al domingo de la santísima Trinidad) se les diese el santo Bautismo a los catecúmenos que aquella semana se habían convertido; y así lo aprobó nuestra Reina y los demás apóstoles. Pero luego se ofreció otra duda sobre el bautismo que habían de recibir, si sería el de san Juan, o el de Cristo nuestro Salvador. A algunos de aquella congregación les parecía que se les diese el bautismo de san Juan, que era de penitencia; y que por esta puerta habían de entrar a la fe y justificación de las almas. Otros, por el contrario, dijeron que con el bautismo de Cristo y su muerte había expirado el bautismo de san Juan, que servía para prevenir los corazones que recibiesen al Redentor, y que el bautismo de Su Majestad daba gracia para justificar y lavar todos los pecados a quien estaba dispuesto; y que era necesario introducirle luego en la santa Iglesia.

Este parecer aprobaron san Juan y san Pedro, y le confirmó María santísima; con que se estableció, que luego se introdujese el bautismo de Cristo nuestro Señor, y con él fuesen bautizados aquellos nuevos convertidos y los demás que viniesen a la Iglesia. Con esta resolución acordaron los apóstoles que para el día siguiente se juntasen todos los catecúmenos en la casa del Cenáculo para ser bautizados; y que los setenta y dos discípulos tomasen a su cargo prevenirlos aquel día.

Después de esto la gran Señora habló a toda aquella congregación, y habiéndoles pedido licencia, les dijo: Señores míos, el Redentor del mundo, mi Hijo y Dios verdadero, por el amor que tuvo a los hombres ofreció al eterno Padre el sacrificio de su sagrado cuerpo y sangre, consagrándose a Sí mismo debajo las especies de pan y vino, en que determinó quedar-se en la santa Iglesia, para que en ella tengan sus hijos sacrificio y alimento de vida eterna, y prenda segurísima de lo

que esperan en los cielos. Mi deseo es (si fuere vuestra voluntad), que déis principio a este incruento sacrificio, y consagréis el cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, para que agradezcamos el beneficio de su Redención, y de haber enviado al Espíritu Santo a la Iglesia; y para que recibéndole los fieles, comiencen a gozar este pan de vida y sus divinos efectos. Y de los que recibieren el Bautismo, podrán ser admitidos a la comunión del sagrado cuerpo aquellos que parecieren más capaces y estuvieren preparados; pues el Bautismo es la primera disposición para recibirle.

Con la voluntad de María santísima se conformaron todos los apóstoles y discípulos; y la dieron gracias por el beneficio que todos recibían con su advertencia y doctrina; y quedó determinado que el día siguiente, después del bautismo de los catecúmenos, se consagrasen el cuerpo y sangre de Cristo, y que san Pedro fuese el sacerdote, pues era el supremo de la Iglesia.

La Reina con asistencia de sus ángeles y de las otras Marías salió a disponer y alinear la sala donde su Hijo santísimo celebró las cenas; y por su mano la limpió y barrió para volver a consagrar en ella el día siguiente como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el jueves de la cena, y el devoto huésped le ofreció todo con suma veneración en que tenía a María santísima. Previno también Su Alteza el pan cenceño y vino necesario para la consagración, y también el mismo plato y cáliz en que había consagrado nuestro Salvador. Y para el bautismo previno agua pura, y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevención se retiró la piadosa Madre, y pasó aquella noche en ferventísimos afectos, postraciones, hacimiento de gracias y otros ejercicios con altísima oración.

El día siguiente por la mañana, que fué el octavo del Espíritu Santo, se juntaron en la casa del Cenáculo

todos los fieles y catecúmenos con los apóstoles y discípulos, y estando congregados les predicó san Pedro, declarándoles la condición y excelencia del sacramento del Bautismo, la necesidad que de él tenían y los efectos divinos que por él recibirían; quedando señalados por miembros del cuerpo místico de la Iglesia con el carácter interior; y reengendrados en el ser de hijos de Dios y herederos de su gloria por la gracia justificante y remisión de los pecados. Exhortóles a la guarda de la divina ley, a que se obligaban por su voluntad propia, y al humilde agradecimiento de este beneficio y de todos los demás que de la mano del Altísimo recibían. Declaróles asimismo la verdad del misterio sacrosanto de la Eucaristía que se había de celebrar, consagrando el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen, y se preparasen los que después del Bautismo le habían de recibir.

Con este sermón se fervorizaron todos los nuevos convertidos; porque su disposición era de todo corazón verdadera, las palabras del apóstol vivas y penetrantes, y la gracia interior muy copiosa. Luego se comenzó el Bautismo por mano de los apóstoles con gran orden y devoción de todos. Y para esto entraban los catecúmenos por una puerta del Cenáculo y salían por otra ya bautizados, y asistían a guiarlos sin confusión los discípulos y otros fieles. A todo estaba presente María santísima, aunque retirada a un lado del Cenáculo; y por todos hacía oración y cánticos de alabanza.

Concluyóse esta acción del Bautismo, aunque pasaron de cinco mil los que este día le recibieron. Y mientras los bautizados daban gracias por tan admirable beneficio, se pusieron los apóstoles un rato en oración con todos los discípulos y otros fieles. Y todos se prostraron en tierra confesando y adorando al Señor Dios infinito e inmutable, y la propia indignidad para recibirle en el augustísimo Sacramento del altar. Con esta

profunda humildad y adoración se prepararon de próximo para comulgar. Y luego dijeron las mismas oraciones y salmos que Cristo Señor nuestro había dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella acción, como la habían visto hacer a su divino Maestro. Tomó san Pedro en sus manos el pan ázimo que estaba preparado, y levantando primero los ojos al cielo con admirable reverencia, pronunció sobre el pan las palabras de la consagración del cuerpo santísimo de Cristo, como las dijo antes el mismo Señor Jesús. Luego consagró el cáliz, y con el sagrado cuerpo y sangre hizo las mismas ceremonias que nuestro Salvador, levantándolos para que todos lo adorasen. Tras de esto se comulgó el apóstol a sí mismo, y luego a los once apóstoles como María santísima se lo había prevenido. Y luego por mano de san Pedro comulgó la divina Madre. Prosiguieron los discípulos comulgando después de la Reina; y tras ellos comulgaron los otros fieles que antes habían creído. Pero, de los cinco mil bautizados, comulgaron aquel día solos mil; porque no todos estaban harto capaces ni prevenidos para recibir al Señor con el conocimiento y disposición tan atenta que pide este gran Sacramento y misterio del altar.

Acabada la comunión de todos, san Pedro dió también el fin al sagrado misterio con algunas oraciones y salmos que en hacimiento de gracias y peticiones ofreció él y los demás apóstoles; porque entonces aun no se habían señalado, ni ordenado otros ritos, y ceremonias, y deprecaciones que después se fueron añadiendo en diversos tiempos para acompañar la sagrada acción del consagrar, así antes como después de la consagración y comunión. Hoy felicísima, santa y sabiamente, tiene ordenado la santa Iglesia romana todo lo que para este misterio contiene la misa que celebran los sacerdotes del Señor. Después de todo lo dicho se quedaron los apóstoles otro rato en oración: y cuando fué

tiempo (porque ya era tarde aquel día) salieron a otras cosas y a recibir el alimento necesario. Y nuestra gran Reina y Señora dió gracias al muy alto por todos, en que se complació su voluntad divina, y aceptó las peticiones que su amada le hizo por los presentes y ausentes en la santa Iglesia.

CAPITULO XXVIII

Persecuciones que sufrieron los apóstoles, y favores que María santísima hacía a los primeros cristianos.

En lo supremo de la gracia y santidad posible a pura criatura estaba la gran Señora del mundo, mirando con los ojos de su divina ciencia la pequeña grey de la Iglesia que cada día se iba multiplicando. Y como vigilantísima Madre y Pastora, del alto monte en que la colocó la diestra de su Hijo omnipotente, oteaba y reconocía si à las ovejuetas de su rebaño las sobrevenía algún peligro y asechanza de los lobos carnívoros e infernales; cuyo odio le era manifiesto contra los nuevos hijos del Evangelio. Con este desvelo de la Madre de la luz estaba guarnecida aquella familia santa que la piadosa Reina había reconocido por suya, y la estimaba como herencia y parte de su Hijo santísimo escogida de todo el resto de los mortales y electa del Altísimo. Y por algunos días caminó prósperamente la navicilla de la nueva Iglesia, gobernada por la divina Maestra; así con los consejos que la daba, con la doctrina y advertencias que la enseñaba, como con las oraciones y peticiones que incesantemente ofrecía por ella sin perder ocasión ni punto en atender a todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los apóstoles y de los otros fieles.

Los fariseos, saduceos, magistrados y sacerdotes hicieron muchas juntas y cabildos contra los apóstoles, como refiere san Lucas en sus Actos (iv, 5). La primera fué cuando san Pedro y san Juan en la puerta del templo dieron salud a un paralítico à *nativitate* (1), que

(1) Act. III, 6.

tenía cuarenta años de edad, y era conocido en toda Jerusalén. Y como este milagro fué tan patente y admirable, se juntó la ciudad en gran multitud, estando todos asombrados y como fuera de sí (1). Y san Pedro les hizo un gran sermón (2), probando cómo no se podían salvar en otro nombre fuera de Jesús, en cuya virtud él y san Juan habían curado aquel paralítico de tantos años. Por este milagro se juntaron al otro día los sacerdotes, y llamaron a los dos apóstoles para que pareciesen en juicio ante los sacerdotes. Pero como el milagro era tan notorio, y el pueblo glorificaba a Dios en él, halláronse tan confusos los inicuos jueces, que no se atrevieron a castigar a los dos apóstoles, aunque les mandaron no predicasen ni enseñasen más al pueblo en el nombre de Jesús Nazareno (3). Pero san Pedro con invicto corazón les replicó que no podían obedecerlos en aquel mandato; porque Dios les mandaba lo contrario, y no era justo desobedecer a Dios para obedecer a los hombres. Y con esta amenaza dejaron libres por entonces a los dos apóstoles, que luego volvieron a dar cuenta a la Reina santísima de lo que les había pasado, aunque Ella lo sabía todo, porque en visión lo había conocido.

En pocos días sucedió el milagroso castigo de Ananías (4) y su mujer Safira, que tentados de la codicia pretendieron engañar a san Pedro, llevándole parte del precio en que habían vendido una heredad, y ocultando otra parte y mintiendo al apóstol. Poco antes Bernabé, que también se llamaba José, levita y natural de Chipre, había vendido otra heredad y llevado todo el precio a los apóstoles (5). Y para que se conociera que todos debían obrar con esta verdad, fueron casti-

(1) Act. III, 11.

(2) Ibid. 12.

(3) Ibid. IV, 18.

(4) Ibid. V, 5.

(5) Ibid. IV, 37.

gados Ananías y Safira, quedando muertos el uno tras del otro a los pies de san Pedro. Y con este milagro tan espantoso se atemorizaron todos en Jerusalén, y los apóstoles predicaban con mayor libertad. Pero los magistrados y saduceos se indignaron contra ellos, y los prendieron y llevaron a la cárcel pública (4), donde estuvieron poco tiempo, porque la gran Reina los libró de ella.

Sucedió que los apóstoles de la prisión donde los metieron, invocaron el favor divino y el de su Reina y Madre verdadera; y cuando Su Alteza conoció por la divina luz que estaban presos, postrada en cruz ante el acatamiento divino hizo por ellos esta oración:

Altísimo Señor mío, Criador del universo, de todo corazón me sujeto a vuestra divina voluntad, y reconozco, Dios mío, que así conviene, como vuestra sabiduría infinita lo dispone y ordena, que los discípulos sigan a su maestro, que sois Vos, verdadera luz y guía de vuestros escogidos: así lo confieso, Hijo mío; porque vinisteis al mundo en forma y hábito de humildad, para acreditarla y destruir la soberbia; para enseñar el camino de la cruz por la paciencia en los trabajos y deshonras de los hombres. Y conozco también que han de seguir esta doctrina y establecerla en la Iglesia vuestros apóstoles y discípulos. Pero si es posible, Bien mío de mi alma, que por ahora tengan libertad y vida para fundar vuestra Iglesia santa, y predicar al mundo vuestro soberano nombre, y reducirle a la verdadera fe; suplicoos, Señor mío, me deis licencia para que Yo favorezca a vuestro vicario Pedro, a mi hijo y vuestro amado Juan, y a todos los que por astucia de Lucifer están en prisiones. No se glorié este enemigo, de que ha triunfado ahora contra vuestros siervos, ni levante su cabeza contra los demás hijos de la Iglesia.

(1) Act. V, 18.

Quebrantad, Señor mío, su soberbia, y sea confuso en vuestra presencia.

A esta petición la respondió el Altísimo: Esposa mía, hágase lo que tú quieres, que esto es mi voluntad. Envía a tus ángeles para que destruyan las obras de Lucifer, que Contigo está mi fortaleza.—Con este beneplácito la gran Reina de los ángeles despachó luego a uno de los de su guarda, que era de jerarquía muy superior, para que fuese a la cárcel donde estaban presos los apóstoles, y les quitase las prisiones y sacase libres de la cárcel. Y este fué el Angel que refiere san Lucas en el capítulo v de los Hechos apostólicos, que de noche libró de la prisión a los apóstoles, como María santísima se lo ordenó; aunque el secreto de este milagro no lo declaró el evangelista san Lucas. Pero los apóstoles le vieron lleno de resplandor y hermosura, y les dijo cómo era enviado por su Reina para rescatarlos de la prisión, como lo hizo, y les mandó fuesen a predicar, como también sucedió.

Como la nueva ley de gracia se iba dilatando en Jerusalén, crecía cada día el número de los fieles, y se aumentaba la nueva Iglesia del Evangelio (1), y al mismo paso crecía también la solicitud y atención de su gran Reina y Maestra María santísima con los nuevos hijos que los apóstoles engendraban en Cristo nuestro Señor con su predicación (2). Y como ellos eran los fundamentos de la Iglesia (3) en quienes como en piedras firmísimas había de estribar la firmeza de este admirable edificio; por esto la prudentísima Madre Señora cuidaba del colegio apostólico con especial vigilancia. Y toda esta divina atención se le aumentaba conociendo la indignación de Lucifer contra los seguidores de Cristo, y mayor contra los sagrados apóstoles.

(1) Act. V, 14.

(2) I Cor. IV, 15.

(3) Ephe. II, 20.

les, como ministros de la salud eterna de los otros fieles. Nunca será posible en esta vida decir, ni alcanzar a conocer los oficios, los favores y beneficios que hizo a todo el cuerpo de la Iglesia y a cada uno de sus miembros místicos, en particular a los apóstoles y discípulos; porque, según lo que se me ha dado a entender, no se pasó día ni hora en que no obrase con ellos alguna o muchas maravillas.

A todos los apóstoles amaba y servía con increíble afecto y veneración, así por su extremada santidad, como por la dignidad de sacerdotes, y ministerio de fundadores y predicadores del Evangelio. Cuando estuvieron juntos en Jerusalén los servía, asistía, aconsejaba y gobernaba. Pero con el aumento de la Iglesia fué necesario que luego comenzasen a salir de Jerusalén para bautizar y admitir a la fe a muchos que de los lugares circunvecinos se convertían, aunque luego volvían a la ciudad; porque de intento no se habían repartido ni despedido de Jerusalén, hasta que tuvieron orden para hacerlo.

En todas estas jornadas y predicaciones procuraba el común enemigo impedir la palabra divina, o el fruto de ella, moviendo muchas contradicciones y alteraciones de los incrédulos contra los apóstoles, y sus oyentes convertidos. Y en estas persecuciones padecían cada día grandes molestias y sobresaltos; porque le pareció al dragón infernal podía embestirles con mayor confianza, hallándolos ausentes y lejos del amparo de su Protectora y Maestra.

Mas no por esto les faltó; porque la gran Señora desde la atalaya de su altísima sabiduría alcanzaba a todas partes; y como vigilantísima centinela descubría las asechanzas de Lucifer, y acudía al socorro de sus hijos y ministros del Señor.

Con todos los otros fieles tenía el mismo cuidado respectivamente: y aunque eran muchos en Jerusalén

y en Palestina, de todos tenía noticia y conocimiento, para favorecerlos en sus necesidades y tribulaciones: y no sólo atención a las de las almas, sino también a las corporales, y fuera de los muchos que curaba de gravísimas enfermedades. A otros que conocía no era conveniente darles salud milagrosamente, á éstos los servía muchas cosas para su misma persona, visitándolos y regalándolos; y de los más pobres cuidaba más, y muchas veces por su mano les daba de comer, hacía las camas en que estaban, atendía a su limpieza como si fuera sierva de cada uno, y con el enfermo estuviera enferma. Tanta era la humildad, la caridad y solicitud de la gran Reina del mundo, que ningún oficio, obsequio o ministerio negaba a sus hijos los fieles, ni por ínfimos y humildes los despreciaba, como fuesen para consuelo suyo. Y llenaba a todos de gozo y consolación suavísima en sus trabajos.

Singularmente se señalaba su maternal piedad con los que estaban a la hora de la muerte, y morían; porque a muchos asistía en aquel último conflicto, y los ayudaba en él hasta dejarlos en estado de seguridad eterna. Y por los que iban al purgatorio hacía fervorosas peticiones y algunas obras penales, como postraciones en cruz, genuflexiones, y otros ejercicios con que satisfacía por ellos.

Pero como la multitud no puede ser muy perfecta en todas sus partes, y la Iglesia iba creciendo en número, así también en algunos se entibiaba el fervor de la caridad; y el demonio tenía mayor campo en que sobresembrar su cizaña. Reconoció entre los fieles que dos hombres eran de malas inclinaciones y hábitos antes que se convirtiesen, y que deseaban tener gracia y estrecha dependencia de algunos príncipes de los judíos, de quien esperaban algunos intereses temporales de honra y hacienda; y con esta codicia (que siem-

pre fué raiz de todos los males (1) contemporizaban y lisonjeaban a los poderosos, cuya gracia codiciaban.

Con estos achaques juzgó el demonio que aquellos fieles estaban flacos en la fe y virtudes, y que podría derribarlos por medio de los judíos principales, de quienes tenían dependencia. Y como lo pensó la serpiente, así lo ejecuto y consiguió, arrojando muchas sugestiones al corazón incrédulo de aquellos sacerdotes, para que reprendiesen y amenázasen a los dos convertidos por haber admitido la fe de Cristo y recibido su Bautismo. Hiciéronlo así como el demonio se lo administraba con grande aspereza y autoridad. Y como la indignación en los poderosos acobarda a los menores que son de corazón flacos, y lo eran aquellos dos convertidos. apegados a sus propios intereses temporales, con esta pàrvula flaqueza se resolvieron en apostatar de la fe de Cristo, para no caer en desgracia de aquellos judíos poderosos, en quien tenían alguna infeliz y falsa confianza. Luego se retiraron de todo el gremio de los otros fieles, y dejaron de acudir a la predicación y ejercicios santos que los demás hacían, con que se conoció su caída y perdición.

Contristáronse mucho los apóstoles por la ruina de aquellos fieles, y por el escándalo que los demás recibirían con tan pernicioso ejemplo en los principios de la Iglesia. Confirieron entre sí si le darían noticia del suceso a María santísima, porque temían el deconsuelo y dolor que la causaría. Pero el apóstol san Juan les advirtió que la gran Señora sabía todas las cosas de la Iglesia, y aquella no se le podría ocultar a su vigilantísima atención y caridad. Con esto fueron todos a darla cuenta de lo que pasaba con aquellos dos apóstatas a quienes habían exhortado para que se redujesen a la verdadera fe que habían descreído y negado. La piadosa y prudente Madre no disimuló el dolor, por-

(1) I Tim. VI, 10.

que no era para ocultarle en la pérdida de las almas que ya estaban agregadas a la Iglesia. Y convenía también que los apóstoles les conocieran en el sentimiento de la gran Señora la estimación que debían hacer de los hijos de la Iglesia, y el celo tan ardiente con que habían de procurar conservarlos en la fe, y reducirlos al camino de salud. Retiróse luego nuestra Reina a su oratorio, y postrada en tierra como solía hizo profunda oración por aquellos dos apóstatas, derramando copiosas lágrimas de sangre por ellos.

Como la divina Madre tenía el peso del santuario en su eminentísima sabiduría, ciencia y caridad, sola Ella entre todas las criaturas pesaba y ponderaba dignamente lo que monta perder una alma a Dios eternamente y quedar condenada a los tormentos eternos en compañía de los demonios; y a la medida de esta ponderación era su dolor.

Para sentir el dolor estaba en estado de viadora, y para conocer la causa tenía ciencia de comprensora; porque cuando gozó de la visión beatífica, conoció el ser de Dios y el amor que tiene a la salud de los hombres, como de bondad infinita, y lo que se doliera de la perdición de una alma, si fuera capaz de dolor. Conocía la fealdad de los demonios, la ira que tienen contra los hombres, la condición de las penas infernales y eterna compañía de los mismos demonios y de todos los condenados. Todo esto, y lo que yo no alcanzo a ponderar, ¿qué dolor, qué pena y compasión causarían en un corazón tan blando, tan amoroso y tierno como el de nuestra amantísima María, sabiendo que aquellas dos almas y otras casi infinitas con ellas se perderían en la santa Iglesia? Sobre esta desdicha se lamentaba y muchas veces repetía: ¿Es posible que una alma por su voluntad se haya de privar eternamente de ver la cara de Dios, y escoja ver la de tantos demonios en eterno fuego?

El secreto de la reprobación de aquellos nuevos apóstatas reservó para Sí la prudentísima Reina, sin manifestarlo a los apóstoles. Pero estando así afligida y retirada, en aquella ocasión entró el evangelista san Juan a visitarla y saber lo que le mandaba hacer o en qué servirla. Y como la vió tan afligida y triste se turbó el apóstol, y pidiéndola licencia para hablarla, dijo:—Señora mía y Madre de mi Señor Jesucristo, después que Su Majestad murió, nunca he reconocido vuestro semblante tan afligido y doloroso como ahora, y bañados en sangre vuestro rostro y ojos. Decidme, Señora, si es posible, la causa de tan nuevo dolor y sentimiento. y si puedo aliviaros en él con dar mi propia vida.—Respondió María santísima: Hijo mío, lloro ahora por esta misma causa.—Entendió san Juan que la memoria de la Pasión había renovado en la piadosa Madre tan acerbo y nuevo dolor, y con este pensamiento la replicó así: Ya, Señora mía, podéis moderar las lágrimas, cuando vuestro Hijo y Redentor nuestro está glorioso y triunfante en los cielos a la diestra de su eterno Padre. Y aunque no es razón olvidemos lo que padeció por los hombres, también es justo os alegréis con los bienes que se han seguido de su Pasión y Muerte.

Si después que murió mi Hijo (respondió María santísima) le quieren crucificar otra vez los que le ofenden y niegan, y malogran el fruto inestimable de su sangre, justo es que Yo llore, como quien conoce de su ardentísimo amor con los hombres, que padeciera por el remedio de cada uno lo que padeció por todos. Veo tan mal agradecido este amor inmenso y la perdición eterna de tantos que debían conocerle, que no es posible moderar mi dolor, ni tener vida, si no me la conserva el mismo Señor que me la dió. Oh hijos de Adán, formados a la imagen de mi Hijo y de mi Señor. ¿en qué pensáis? ¿dónde tenéis el juicio y la razón para

sentir vuestra desdicha, si perdéis a Dios eternamente?—Replicó san Juan: Madre y Señora mía, si vuestro dolor es por los dos que han apostatado, bien sabéis que entre tantos hijos ha de haber infieles siervos; pues en nuestro apostolado prevaricó Judas en la misma escuela de nuestro Redentor y Maestro.—Oh Juan (respondió la Reina), si Dios tuviera voluntad determinada de la perdición de algunas almas, pudiera aliviar algo mi pena; pero aunque permite la condenación de los réprobos, porque ellos se quieren perder, no era esta absoluta voluntad de la divina bondad, que a todos quisiera hacer salvos (1), si ellos con su libre albedrío no le resistieran; y a mi Hijo santísimo le costó sudar sangre el que no fuesen todos predestinados, y alcanzase con eficacia la que por ellos derramaba. Y si ahora en el cielo pudiera tener dolor de cualquiera alma que se pierde, sin duda le tuviera mayor que de padecer por ella. Pues Yo, que conozco esta verdad y vivo en carne pasible, razón es que sienta lo que mi Hijo tanto desea y no se consigue.—Con estas y otras razones de la Madre de misericordia se movió san Juan a lágrimas y llanto, en que la acompañó grande rato.

(1) I Tim II, 4.

CAPITULO XXIX

Repartimiento del mundo a los apóstoles. Suerte de san Juan.

Pasado ya un año de la muerte de nuestro Salvador, con inspiración divina trataron los apóstoles de salir a predicar la fe por todo el mundo; porque ya era tiempo se publicase a las gentes el nombre de Dios, y se les enseñase el camino de la salud eterna. Y para saber la voluntad del Señor en la distribución de los reinos y provincias que a cada uno le habían de tocar en su predicación, por consejo de la Reina determinaron ayunar y orar diez días continuos. Está costumbre en los negocios más arduos guardaron después que pasada la Ascensión perseveraron en la misma oración y ayunos, disponiéndose para la venida del Espíritu Santo por todos aquellos diez días. Y cumplidos estos ejercicios, el día último celebró misa el Vicario de Cristo, y comulgó a María santísima y a los once apóstoles, como lo hicieron para determinar el Símbolo. Después de la misa y comunión estuvieron todos con la Reina en altísima oración, invocando singularmente al Espíritu Santo para que les asistiese, y manifestase su voluntad santa en aquel negocio. ,

Acabada la oración, descendió sobre el Cenáculo una admirable luz que los rodeó a todos, y se oyó una voz que dijo: Mi vicario Pedro señale a cada uno las provincias, y esa será su suerte. Yo le gobernaré y asistiré con mi luz y espíritu. Este nombramiento remitió el Señor a san Pedro para confirmar de nuevo en aquella

ocasión la potestad que le había dado de cabeza y pastor universal de toda la Iglesia, y para que los demás apóstoles entendiesen que la habían de fundar en todo el mundo debájo de la obediencia de san Pedro y de sus sucesores, a los cuales había de estar sujeta y subordinada como a vicarios de Cristo. Así lo entendieron todos, y así se me ha dado a conocer que fué ésta la voluntad del muy alto. Y en su ejecución, en oyendo san Pedro aquella voz, comenzó por sí mismo el repartimiento de los reinos, y dijo: Yo, Señor, me ofrezco a padecer y morir, siguiendo a mi Redentor y Maestro, predicando su santo nombre y fe ahora en Jerusalén, y después en Ponto, Galacia, Bitinia y Capadocia, provincias del Asia, y tomaré asiento primero en Antioquía y después en Roma, donde asentaré y fundaré la cátedra de Cristo nuestro Salvador y Maestro, para que allí tenga su lugar la cabeza de su santa Iglesia. Esto dijo san Pedro, porque tenía orden del Señor para que señalase a la Iglesia romana por asiento y para cabeza de toda la Iglesia universal. Y sin éste orden no determinara San Pedro negocio tan arduo y de tanto peso.

Prosignió san Pedro y dijo: El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Andrés le seguirá predicando su santa fe en las provincias de Scitia de Europa, Epiro y Tracia; y desde la ciudad de Patras en Acaya gobernará a toda aquella provincia, y lo demás de su suerte en lo que pudiere.

El siervo de Cristo, nuestro hermano carísimo Santiago el Mayor, le seguirá en la predicación de la fe en Judea, en Samaria y en España; de donde volverá a esta ciudad de Jerusalén, y predicará la doctrina de Nuestro Señor y Maestro.

El carísimo hermano Juan obedecerá a la voluntad de nuestro Salvador y Maestro, como se la manifestó desde la cruz. Cumplirá con el oficio de hijo con nues-

tra gran Madre y Señora. Servirála, y la asistirá con reverencia y fidelidad de hijo; y la administrará el sagrado misterio de la Eucaristía; y cuidará también de los fieles de Jerusalén en nuestra ausencia. Y cuando nuestro Dios y Redentor llevare consigo a los cielos a su beatísima Madre, seguirá a su Maestro en la predicación del Asia Menor, y cuidará de aquellas iglesias desde la isla de Patmos, a donde irá por la persecución.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Tomás le seguirá predicando en la India, en la Persia, y en los partos, medos, hircanos, braclmanes y bactrios. Bautizará a los tres Reyes magos, y les dará noticia de todo lo que la esperan, y le buscaran ellos mismos por la fama que oirán de su predicación y milagros.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Jacobo le seguirá con ser pastor y obispo en Jerusalén, donde predicará al judaísmo, y acompañará a Juan en la asistencia y servicio de la gran Madre de nuestro Salvador,

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Felipe le seguirá con la predicación y enseñanza de las provincias de Frigia y Scitia del Asia, y en la ciudad llamada Hierópolis de Frigia.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Bartolomé le seguirá predicando en Licaonia, parte de Cadocia en el Asia, y pasará a la India Citerior, y después a la Menor Armenia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Mateo enseñará primero a los hebreos, y después seguirá a su Maestro, pasando a predicar en Egipto y en Etiopía.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Simón le seguirá predicando en Babilonia, Persia, y también en el reino de Egipto.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano

Judas Tadeo seguirá a nuestro Maestro predicando en Mesopotamia, y después se juntará con Simón para predicar en Babilonia y en la Persia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Matías le seguirá predicando su santa fe en la interior Etiopía y en la Arabia, y después volverá a Palestina. Y el Espíritu del Altísimo nos encamine a todos y nos gobierne y asista, para que en todo lugar y tiempo hagamos su voluntad perfecta y santa, y ahora nos dé su bendición, en cuyo nombre la doy a todos.

Postráronse en tierra, y dijeron todos juntos: Señor Altísimo, a vuestra palabra y de vuestro Vicario obedecemos con prontitud y alegría de corazón, y nuestro espíritu está gozoso, y lleno de vuestra suavidad en medio de vuestras obras admirables.

La beatísima Reina de los ángeles estaba presente a todo esto, y le era patente cuanto el poder divino obraba en los apóstoles. Hizo en esta ocasión profundísima oración por la perseverancia y fortaleza de los apóstoles en la predicación de todo el mundo. Y el Señor la prometió que los guardaría y asistiría, para manifestar en ellos y por ellos la gloria de su nombre, y al fin los premiaría con digna retribución de sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó María santísima llena de júbilo y agradecimiento, exhortó a los apóstoles a que le diesen de todo corazón, y saliesen alegres y confiados a la conversión del mundo. Y habiéndoles otras muchas palabras de suavidad y vida, puesta de rodillas les dió a todos la enhorabuena de la obediencia que habían mostrado en nombre de su Hijo santísimo; y de su parte les dió las gracias por el celo que manifestaban de la honra del mismo Señor y beneficio de las almas a cuya conversión se sacrificaban. Besó la mano a cada uno de los apóstoles, ofreciéndoles su intercesión con el Señor, su solicitud para

servirlos, y pidióles su bendición como acostumbraba, y todos como sacerdotes se la dieron.

Pocos días después que se hizo este repartimiento de las provincias para la predicación, comenzaron a salir de Jerusalén particularmente los que les tocaba predicar en las provincias de Palestina.

Quiero advertir aquí, que por diferentes medios he conocido las muchas opiniones encontradas de los historiadores eclesiásticos sobre muchas cosas de las que voy escribiendo; como son, la salida de los apóstoles de Jerusalén a predicar; el haberse repartido por suertes todo el mundo, y ordenado el Símbolo de la fe; la salida de Santiago y su muerte. Sobre todos estos y otros sucesos tengo entendido que varían mucho los escritores en señalar los años y tiempos en que sucedieron, y en ajustarlo con el texto de los libros canónicos. Pero yo no tengo orden del Señor para satisfacer a todas estas y otras dudas, ni componer estas controversias; antes desde el principio he declarado que Su Majestad me ordenó y mandó escribir esta Historia sin opiniones, o para que no las hubiese con la noticia de la verdad. Y si lo que escribo va consiguiendo y no se opone en cosa alguna al texto sagrado y corresponde a la dignidad de la materia que trato, no puedo darle mayor autoridad a la Historia, y tampoco pedirá más la piedad cristiana. También será posible que se concuerden por este orden algunas diferencias de los historiadores, y esto harán los que son leídos y doctos.

CAPITULO XXX

Manifiesta María santísima, a san Juan otra nueva persecución; y por orden del Evangelista determina ir a Efeso.

De la persecución que movió el infierno contra la Iglesia después de la muerte de san Esteban hace mención san Lucas en el capítulo VIII de los Hechos apostólicos, donde la llama grande, porque lo fué hasta la conversión de san Pablo, por cuya mano la ejecutaba el dragón infernal; y de esta persecución habló en el capítulo XII y XIV de esta parte. Pero de lo que en los capítulos inmediatos queda dicho, se entenderá que no descansó este enemigo de Dios, ni se dió por vencido para no levantarse de nuevo contra su santa Iglesia y contra María santísima. Y de lo que el mismo san Lucas refiere en el capítulo XII de la prisión que hizo Herodes de san Pedro y Santiago, se conocerá que fué de nuevo esta persecución después de la conversión de san Pablo, cuando no dijera expresamente que el mismo Herodes envió ejércitos o tropas para afligir a algunos hijos de la Iglesia. Y para que mejor se entienda todo lo que queda dicho y adelante diré, advierto que estas persecuciones eran todas fraguadas y movidas por los demonios, que irritaban a los perseguidores, como diversas veces he dicho. Y porque la Providencia divina a tiempos les daba este permiso, y en otros se les quitaba, y los arrojaba al profundo, como sucedió en la conversión de san Pablo y en otras ocasiones; por esto la Iglesia primitiva gozaba algunas veces de tranquilidad y sosiego, como en todos los siglos ha sucedido; y otros tiempos, acabándose estas treguas, era molestada y afligida.

La paz era conveniente para la conversión de los

infeles, y la persecución para su mérito y ejercicio; y así las alternaba y alterna siempre la sabiduría y providencia divina. Y por estas causas después de la conversión de san Pablo tuvo algunos y muchos meses de quietud, mientras Lucifer y sus demonios estuvieron oprimidos en el infierno, hasta que volvieron a salir. Y de esta tranquilidad habla san Lucas en el capítulo ix después de la conversión de san Pablo, cuando dice que la Iglesia tenía paz por toda Judea, Galilea y Samaría, y se edificaba, y caminaba en el temor del Señor y consolación del Espíritu Santo. Y aunque esto lo cuenta el Evangelista después de haber escrito la venida de san Pablo a Jerusalén, pero esta paz fué mucho antes; porque san Pablo vino entrados cinco años después de la conversión a Jerusalén; y san Lucas, para ordenar su historia, la contó anticipadamente tras de la conversión, como sucede a los Evangelistas en otros muchos sucesos, que los suelen anticipar en la historia, para dejar dicho lo que toca al intento de que hablan; porque ellos no escriben por anales todos los casos de su historia, aunque en lo esencial guardan el orden de los tiempos.

Entendido todo esto, y prosiguiendo lo que dije en el capítulo xv (1) del conciliábulo que hizo Lucifer después de la conversión de san Pablo, digo que aquella conferencia duró algún tiempo, en que el dragón infernal con sus demonios tomó y pensó diversos medios y arbitrios con que destruir la Iglesia, y derribar (si pudiera), a la gran Reina del estado altísimo de santidad en que la imaginaba; aunque ignoraba infinito más de lo que conocía esta serpiente. Pasados estos días en que la Iglesia gozaba de sosiego, salieron del profundo los príncipes de las tinieblas, para ejecutar los consejos de maldad que en aquellos calabozos habían fabricado.

(1) Mística Ciudad de Dios.

Nada se le ocultó a la gran Madre de la sabiduría, porque en la claridad de su eminente ciencia conocía todo este secreto de las tinieblas, oculto a los demás mortales. Y aunque los golpes y las heridas, cuando nos hallan prevenidos, no suelen hacer tan grande mella en nosotros, y la prudentísima Reina estaba tan capaz de los trabajos futuros de la santa Iglesia, y ninguno le podía venir de improviso y con ignorancia suya; con todo eso como tocaban en los apóstoles y en todos los fieles le herían el corazón, donde los tenía con entrañable amor de Madre piadosísima; y su dolor se regulaba con su casi inmensa caridad.

Con estos cuidados y compasión, aunque la divina Maestra guardaba suma tranquilidad y sosiego interior, sin que la solicitud de oficiosa Madre la turbase, y en el exterior conservaba igualdad y serenidad de Reina; con todo eso las penas del corazón la entristecieron un poco el semblante en la esfera de su compostura y apacibilidad. Y como san Juan la asistía con tan desvelada atención y dependencia de hijo, no se le pudo ocultar a la vista de esta águila perspicaz la pequeña novedad en el semblante de su Madre y Señora. Afligióse grandemente el Evangelista; y habiendo conferido consigo mismo su cuidado, se fué al Señor, y pidiéndole nueva luz para el acierto le dijo: Señor y Dios inmenso y reparador del mundo, confieso la obligación en que sin méritos míos y por sola vuestra dignación me pusisteis, dándome por Madre a la que verdaderamente lo es vuestra; porque os concibió, parió y alimentó a sus pechos. Yo Señor, con este beneficio, quedé próspero y enriquecido con el mayor tesoro del cielo y de la tierra. Pero vuestra Madre y mi Señora quedó sola y pobre sin vuestra Real presencia, que ni pueden recompensar ni suplir todos los ángeles ni los hombres, cuanto menos este vil gusano y sier-

vo vuestro. Hoy, Dios mío y Redentor del mundo, veo triste y afligida a la que os dió forma de hombre y es alegría de vuestro pueblo. Deséola consolar y aliviarla de su pena; pero soy insuficiente para hacerlo. La razón y amor me solicitan; la veneración y mi fragilidad me detienen. Dadme, Señor, virtud, y luz de lo que debo hacer en vuestro agrado y servicio de vuestra digna Madre. Después de esta oración quedó san Juan dudoso un rato sobre si preguntaría a la gran Señora del cielo la causa de su pena. Por una parte lo deseaba con afecto; por otra no se atrevía, con el temor santo y el respeto con que la miraba; y aunque alentado interiormente llegó tres veces a la puerta del oratorio donde estaba María santísima, le detuvo el encogimiento para no entrar a preguntarla lo que deseaba. Pero la divina Madre conoció todo lo que san Juan hacía, y lo que pasaba por su interior. Y por el respeto que la celestial Maestra de la humildad tenía al Evangelista como sacerdote y ministro del Señor, se levantó de la oración, y salió a donde estaba, y le dijo: Señor, decidme lo que mandáis a vuestra sierva. Ya he dicho otras veces que la gran Reina llamaba señores a los sacerdotes y ministros de su Hijo santísimo. El Evangelista se consoló y animó con este favor, y aunque no sin algún encogimiento respondió: Señora mía, la razón y el deseo de serviros me ha obligado a reparar en vuestra tristeza, y pensar que tenéis alguna pena, de que deseo veros aliviada.

No se alargó san Juan en más razones; pero la Reina conoció el deseo que tenía de preguntarla por sus cuidados; y como prontísima obediente quiso responderle a la voluntad, antes que por palabras se la manifestase, como a quien reconocía por superior y le tenía por tal. Volvióse María santísima al Señor y dijo: Dios mío e Hijo mío, en lugar vuestro me dejásteis a vuestro siervo Juan, para que me acompañase y asis-

tiese, y Yo le recibí por mi prelado y superior, a cuyos deseos y voluntad, conociéndola, deseo obedecer, para que esta humilde sierva vuestra siempre viva y se gobierne por vuestra obediencia. Dadme licencia para manifestarle mi cuidado, como él desea saberlo.—Sintió luego el fiat de la divina voluntad. Y puesta de rodillas a los pies de san Juan, le pidió la bendición y le besó la mano; y pidiéndole licencia para hablar, le dijo: Señor, causa tiene el dolor que aflige mi corazón, porque el Altísimo me ha manifestado las tribulaciones que han de venir a la Iglesia, y las persecuciones que han de padecer todos sus hijos, y mayores los apóstoles. Y para disponer en el mundo y ejecutar esta maldad, he visto que ha salido a él de las cavernas de lo profundo el dragón infernal con innumerables legiones de espíritus malignos, todos con implacable indignación y furor, para destruir el cuerpo de la Iglesia santa. Y esta ciudad de Jerusalén se turbará la primera, y más que otras y en ella quitarán la vida a uno de los apóstoles, y otros serán presos y afligidos por industria del demonio. Mi corazón se contrista y aflige de compasión, y de la contradicción que harán los enemigos a la exaltación del nombre santo del Altísimo, y remedio de las almas.

Con este aviso se afligió también el Evangelista, y se turbó un poco; pero con el esfuerzo de la divina gracia respondió a la gran Reina, diciendo: Madre y Señora mía, no ignora vuestra sabiduría que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para su Iglesia y sus hijos fieles, y que les asistirá en su tribulación. Aparejados estamos los apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor, que ofreció la suya por todo el linaje humano. Hemos recibido inmensos beneficios, y no es justo que en nosotros sean ociosos y vacíos. Cuando éramos pequeños en la escuela de nuestro Maestro y Señor obrábamos

como párvulos; pero después que nos enriqueció con su divino Espíritu, y encendió en nosotros el fuego de su amor, perdimos la cobardía, y deseamos seguir el camino de su cruz, que con su doctrina y ejemplos nos enseñó; y sabemos que la Iglesia se ha de plantar y conservar con la sangre de sus ministros e hijos. Rogad, Vos, Señora mía, por nosotros, que con la virtud divina y vuestra protección alcanzaremos victoria de nuestros enemigos, y en gloria del Altísimo triunfaremos de todos ellos. Pero si en esta ciudad de Jerusalén se ha de ejecutar lo fuerte de la persecución, pareceme Señora y Madre mía, que no es justo la esperéis en ella, para que la indignación del infierno, por medio de la malicia humana, no intente alguna ofensa contra el tabernáculo de Dios.

La gran Reina y Señora del cielo, con el amor y compasión de los apóstoles y todos los otros fieles, se inclinaba sin temor a quedarse en Jerusalén para hablar, consolar y animar a todos en la tribulación que les amenazaba. Pero no manifestó el Evangelista este afecto, aunque era tan santo; porque sabía de su dictamen, y le cedió a la humildad y obediencia del apóstol, porque le tenía por su prelado y superior. Y con este rendimiento, sin replicar al Evangelista, le dió las gracias por el esfuerzo con que deseaba padecer y morir por Cristo; y en cuanto a salir de Jerusalén, le dijo que ordenase y dispusiese aquello que juzgaba por más conveniente, que a todo obedecería como súbdita, y pediría á nuestro Señor le gobernase con su divina luz, para que eligiese aquello que fuese de su mayor agrado y exaltación de su santo nombre. Con esta resignación de tanto ejemplo para nosotros, y reprehensión de nuestra inobediencia, determinó el Evangelista que se fuese a la ciudad de Efeso, en los términos del Asia Menor. Y proponiéndolo a María santísima la dijo: Señora y Madre mía, para alejarnos de Jerusalén y tener fuera

de aquí ocasión oportuna para trabajar por la exaltación del nombre del Altísimo, me parece nos retiremos a la ciudad de Efeso, donde haréis en las almas el fruto que no espero en Jerusalén. Yo deseara ser uno de los que asisten al trono de la santísima Trinidad, para servirlos dignamente en esta jornada, pero soy un vil gusano de la tierra; mas el Señor será con nosotros, y en todas partes le tenéis propicio, como Dios y como Hijo vuestro.

Quedó determinada la partida de Efeso en acomodando y disponiendo lo que en Jerusalén convenía advertir a los fieles, y la gran Señora se retiró a su oratorio, donde hizo esta oración: Altísimo Dios eterno, esta humilde sierva vuestra se postra ante vuestra Real presencia, y de lo íntimo de mi alma os suplico me gobernéis y encaminéis a vuestro mayor agrado y beneplácito; esta jornada quiero hacer por obediencia de vuestro siervo Juan, cuya voluntad será la vuestra. No es razón que esta sierva y Madre vuestra, tan obligada de vuestra poderosa mano, dé un paso que no sea para mayor gloria y exaltación de vuestro santo nombre. Asistid, Señor mío, a mi deseo y peticiones, para que Yo obre lo más acertado y justo.—Respondióla el Señor luego, y la dijo: Esposa y paloma mía, mi voluntad ha dispuesto la jornada para mi mayor agrado. Obedeced a Juan, y caminad a Efeso, que allí quiero manifestar mi clemencia con algunas almas por medio de vuestra presencia y asistencia, por el tiempo que fuere conveniente.—Con esta respuesta del Señor quedó María santísima más consolada e informada de la divina voluntad, y pidió a Su Majestad la bendición y licencia para disponer la jornada, cuando el apóstol la determinase; y llena de fuego de caridad se encendía en el deseo del bien de las almas de Efeso, de quien el Señor la había dado esperanzas se sacaría fruto de su gusto y agrado.

CAPITULO XXXI

Parte María santísima con san Juan para Efeso. Predicación del Evangelista en esta ciudad.

El evangelista san Juan prevenía la jornada y la embarcación para Efeso, y el día quinto de enero del año de cuarenta, dió aviso san Juan a la santísima Virgen, cómo era tiempo de partir; porque había embarcación y estaba todo dispuesto para caminar. La gran Maestra de la obediencia sin replicar ni dilación se puso de rodillas, y pidió licencia al Señor para salir del Cenáculo y de Jerusalén; y luego se fué a despedirse del dueño de la casa y de sus moradores. Bien se deja entender el dolor que a todos tocaría de esta despedida; porque de la conversación dulcísima de la Madre de la gracia, y de los favores y bienes que recibían de su liberal mano, estaban todos cautivos, presos y rendidos a su amor y veneración; y en un punto quedaban sin consuelo, y sin el tesoro riquísimo del cielo donde hallaban tantos bienes. Ofreciéronse todos a seguirla y a acompañarla; pero como esto no era conveniente la pidieron con muchas lágrimas acelerase la vuelta, y no desamparase del todo aquella casa, de que tenía larga posesión. Agradeció la divina Madre estos ofrecimientos piadosos y caritativos con agradables y humildes demostraciones; y con la esperanza de su vuelta les templó algo su dolor. Pidió luego licencia a san Juan para visitar los Lugares Santos de nuestra Redención, y venerar en ellos con culto y adoración al Señor que los consagró con su presencia y preciosa sangre; y en compañía del mismo apóstol

tol hizo estas sagradas estaciones con increíble devoción, lágrimas y reverencia; y san Juan, con suma consolación que recibió de acompañarla, ejercitó actos heroicos de las virtudes.

Hecha esta diligencia pidió la bendición a san Juan, puesta de rodillas, para caminar (como lo hacía con su Hijo santísimo); porque siempre ejercitó con el amado discípulo (que le dejó en su lugar), las dos virtudes grandiosas de obediencia y de humildad. Muchos fieles de los que había en Jerusalén la ofrecieron dineros, joyas y carrozas para el camino hasta el mar, y para todo el viáje lo necesario. Pero la prudentísima Señora con humildad y estimación satisfizo a todos sin admitir cosa alguna; y para las jornadas hasta el mar le sirvió un humilde jumentillo en que hizo el camino, como Reina de las virtudes y de los pobres.

Y con la compañía humana de solo san Juan, caminó hasta el puerto donde estaba el navío que navegaba a Efeso. Y gastó todo este camino en repetidos y dulces coloquios y cánticos con los espíritus soberanos en alabanza del Altísimo, y alguna vez con san Juan, que cuidadoso y oficioso lá servía con admirable reverencia en todo lo que se ofrecía y el dichosísimo apóstol conocía que era menester. Esta solicitud de san Juan agradecía María santísima con increíble humildad, porque las dos virtudes, de gratitud y humildad, hacían en la Reina muy grandes los beneficios que recibía, y aunque se le debían por tantos títulos de obligación y justicia, los reconocía como si fueran favores y muy de gracia.

Llegaron al puerto, y luego se embarcaron en una nave como otros pasajeros. Entró la gran Reina del mundo en el mar, la primera vez que había llegado a él por este modo. El mar quedó en leche, y muy tranquilo, sereno y lindo; con que prosiguieron el viaje, y en pocos días llegaron a desembarcar en Efeso.

Salieron a tierra, y en ella y en el mar hizo grandes maravillas la gran Reina, curando enfermos y endemoniados, que llegando a su presencia quedaban libres sin dilación. Y no me detengo a escribir todos estos milagros; porque sería menester muchos libros, y más tiempo si hubiera de referir todos los que María santísima iba obrando, y los favores del cielo que derramaba en todas partes como instrumento y dispensera de la omnipotencia del Altísimo. Sólo escribo los que son necesarios para la Historia, y los que bastan para manifestar algo de lo que no se sabía de las obras y maravillas de nuestra Reina y Señora.

En Efeso vivían algunos fieles que desde Jerusalén y Palestina habían venido. Eran pocos; pero en sabiendo la llegada de la Madre de Cristo nuestro Salvador, fueron a visitarla, y a ofrecerla sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentación ni comodidades temporales eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. Ellas se la ofrecieron por disposición del Señor con caridad y benevolencia; y reconociendo su habitación, interviniendo en todo los ángeles, señalaron un aposento muy retirado para la Reina, y otro para san Juan. Y en esta posada vivieron mientras estuvieron en aquella ciudad de Efeso.

Agradeció María santísima este beneficio a las vecinas y dueñas de la casa; y luego se retiró sola a su aposento, y postrada en tierra como acostumbraba para hacer oración, adoró al sér inmutable del Altísimo, y ofreciéndose en sacrificio para servirle en aquella ciudad, dijo estas palabras: Señor y Dios omnipotente, con la inmensidad de vuestra divinidad y grandeza llenáis todos los cielos y la tierra (1), Yo, vuestra humilde sierva, descoo hacer en todo vuestra voluntad per-

(1) Jerem. XXIII, 24.

fectamente en toda ocasión, lugar y tiempo, en que vuestra providencia divina me pusiere; porque Vos sois todo mi bien, mi ser y vida; a Vos solo se encaminan mis deseos y los afectos de mi voluntad. Gobernad, altísimo Señor, todos mis pensamientos, palabras y obras, para que todas sean de vuestro agrado y beneplácito.—Conoció la prudentísima Madre que aceptó el Señor esta petición y ofrenda, y que respondía a sus deseos con virtud divina, que la asistiría y gobernaría siempre. Continuó la oración, pidiendo por la Iglesia santa; y disponiendo lo que deseaba hacer, y ayudar desde allí a los fieles.

Tuvo Santiago noticia de la venida de la gran Señora a Efeso. Y cuando tuvo la capilla y pequeño templo del Pilar de Zaragoza (1) en la disposición que convenía, la dejó encomendada al obispo y discípulos que dejaba en aquella ciudad como en otras de España. Hecho esto, después de algunos meses del aparecimiento de la gran Reina, partió Santiago de Zaragoza continuando por diversos lugares su predicación; y llegando a la costa de Cataluña se embarcó para Italia, donde sin detenerse mucho prosiguió el viaje predicando siempre, hasta que se embarcó otra vez para Asia, con ardientes deseos de ver en ella a María santísima, su Señora y amparo.

Consiguiólo felicísimamente Santiago, y llegando a Efeso se postró a los pies de la Madre de su Criador, derramando copiosas lágrimas de júbilo y veneración. Y con estos vivos afectos la dió humildes gracias por los incomparables favores que por su medio había recibido de la divina diestra en la peregrinación y predicación de España, y por haberlo visitado en ella con su real presencia, y por todos los beneficios que en estas visitas le había hecho. La divina Madre, como maestra de la humildad, levantó luego del suelo al santo após-

(1) Véase Místic. C. n. 346 y sig.

tol y le dijo: Señor mío, advertid que sois ungido del Señor, su cristo y su ministro, y Yo un humilde gusanillo.—Y con estas palabras se arrodilló la gran Señora, y le pidió la bendición a Santiago como a sacerdote del Altísimo. Estuvo algunos días en Efeso en compañía de María santísima y de su hermano san Juan, a quien dió cuenta de todo lo que en España le había sucedido; y con la prudentísima Madre tuvo aquellos días altísimos coloquios y conferencias.

En las últimas razones de la despedida dijo Santiago: Señora mía y bendita entre las mujeres, vuestra vida y vuestra intercesión es el apoyo en que la santa Iglesia ahora y en todos los siglos ha de permanecer segura entre las persecuciones y tentaciones de los enemigos del Señor; y vuestra caridad será el instrumento de vuestro legítimo martirio. Acordáos siempre, como dulcísima Madre del reino de España donde se ha plantado la santa Iglesia y fe de vuestro Hijo santísimo y mi Redentor. Recibidle debajo de vuestro especial amparo, y conservad en él vuestro sagrado templo y la fe que yo, indigno, he predicado, y dadme vuestra santa bendición. Ofrecióle María santísima que cumpliría su petición y deseos, y dándole la bendición le despidió.

Despidióse también Santiago de su hermano san Juan con grandes lágrimas de entrambos, no de tristeza tanto como de júbilo por la dicha del mayor hermano, que había de ser el primero en la felicidad eterna y palma del martirio. Y luego caminó Santiago, sin detenerse, a Jerusalén, donde predicó algunos días antes que muriese.

Quedó en Efeso la gran Señora del mundo, atenta a todo lo que sucedía a Santiago y a todos los demás apóstoles, sin perderles de su vista interior, y sin permitir las peticiones y oraciones por ellos y por todos los fieles de la Iglesia. Y con la ocasión del martirio

que Santiago iba a padecer por el nombre de Cristo, se despertaron en el inflamado corazón de la purísima Madre tantos incendios de amor y deseos de dar su vida por el mismo Señor, que mereció muchas más coronas que el apóstol, y más que todos juntos; porque con cada uno padeció muchos martirios de amor, más sensibles para su castísimo y ardentísimo corazón que los tormentos de navajas y fuego para los cuerpos de los Mártires.

El evangelista san Juan, con el amparo de la beatísima Madre, comenzó a plantar en Efeso la Iglesia evangélica. Era la ciencia del sagrado evangelista como la plenitud de un Querubín, y su cándido corazón inflamado como un supremo serafín, y tenía consigo por madre y maestra a la misma Autora de la sabiduría y la gracia. Con estos ricos privilegios de que gozaba el evangelista pudo intentar grandes obras y obrar grandes maravillas para fundar la ley de gracia en Efeso y en toda aquella parte de Asia y confines de Europa.

En llegando a Efeso comenzó el Evangelista a predicar en la ciudad, bautizando a los que convertía a la fe de Cristo nuestro Salvador, y confirmando la predicación con grandes milagros y prodigios nunca vistos entre aquellos gentiles. Y porque de las escuelas de los griegos había muchos filósofos y gente sabia en sus ciencias humanas, aunque llenas de errores, el sagrado apóstol les convencía y enseñaba la verdadera ciencia, usando no sólo de milagros y señales, sino de razones con que hacía más creíble la fe cristiana. A todos los convertidos remitía luego a María santísima, y Ella catequizaba a muchos; y como conocía los interiores e inclinaciones de todos, hablaba al corazón de cada uno, y le llenaba de los influjos de la luz divina. Hacía prodigiosos y muchos milagros y beneficios curando endemoniados, y de todas las enfermedades, socorriendo

a los pobres y necesitados; y trabajando para esto con sus manos, acudía a los enfermos y hospitales, y los servía y curaba por Sí misma. Y en su casa tenía la piadosísima Reina ropa y vestiduras para los más pobres y necesitados; ayudaba a muchos a la hora de la muerte, y en aquel peligroso trance ganó muchas almas, y las encaminó a su Criador sacándolas de la tiranía del demonio. Y fueron tantas las que trajo al camino de la verdad y vida eterna, y las obras milagrosas que a este fin hizo, que en muchos libros no se podrían escribir; porque ningún día se pasaba en que no acrecentase la hacienda del Señor con abundantes y copiosos frutos de las almas que le adquiría.

CAPITULO XXXII

Vuelvo de Efeso a Jerusalén María santísima acompañada de san Juan.

Con el justo castigo y condenación del infeliz Herodes volvió la primitiva Iglesia de Jerusalén a recobrar algún desahogo y tranquilidad por muchos días, mereciéndolo todo y granjeándolo la gran Señora del mundo con sus ruegos, obras y solicitud de Madre. En este tiempo predicaban san Bernabé y san Pablo con admirable fruto en las ciudades del Asia Menor, Antioquía, Listris, Perge y otras muchas, como lo refiere san Lucas por los capítulos XIII y XIV de los Hechos apostólicos, con las maravillas y prodigios que san Pablo hacía en aquellas ciudades y provincias. El apóstol san Pedro, cuando libre de la cárcel huyó de Jerusalén, se había retirado hacia la parte del Asia para salir de la jurisdicción de Herodes, para acudir de allí a los nuevos fieles que se convertían en Asia, y a los que estaban en Palestina. Reconocíanle todos y le obedecían como a Vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia, y que en el cielo era confirmado todo lo que Pedro ordenaba y hacía en la tierra. Con esta firmeza de la fe acudían a él como a Pontífice supremo, con las dudas y cuestiones que se les ofrecían. Y entre las demás le dieron aviso de las que a san Pablo y san Bernabé movieron algunos judíos, así en Antioquía como en Jerusalén sobre la observancia de la circuncisión y ley de Moisés.

Con esta ocasión los apóstoles y discípulos de Jerusalén pidieron a san Pedro volviese a la ciudad santa para resolver aquellas controversias, y disponer lo que

convenía para que no se embarazase la predicación de la fe; pues ya los judíos con la muerte de Herodes no tenían quién los amparase, y la Iglesia gozaba de mayor paz y tranquilidad en Jerusalén. Pidieron también hiciese instancia a la Madre de Jesús para que por estas mismas causas volviese a la ciudad, donde la deseaban los fieles con íntimo afecto de corazón, y con su presencia serían consolados en el Señor, y todas las cosas de la Iglesia se prosperarían. Por estos avisos determinó san Pedro partir luego a Jerusalén, y antes escribió a la Reina santísima la carta siguiente:

Carta de san Pedro para María santísima

A María Virgen, Madre de Dios, Pedro apóstol de Jesucristo, siervo vuestro y de los siervos de Dios.

Señora, entre los fieles se han movido algunas dudas y diferencias sobre la doctrina de vuestro Hijo y nuestro Redentor, y si con ella se ha de guardar la ley antigua de Moisés. Quieren saber de nosotros lo que en esto conviene, y que digamos lo que oímos de la boca de nuestro divino Maestro. Para consultar a mis hermanos los apóstoles me parto luego a Jerusalén, y os pedimos que para consuelo de todos, y por el amor que tenéis a la Iglesia, volváis a la misma ciudad, donde los hebreos, después que murió Herodes, están más pacíficos, y los fieles con mayor seguridad. La multitud de los seguidores de Cristo os desean ver y consolarse con vuestra presencia. Y en estando en Jerusalén daremos este aviso a las demás ciudades, y con vuestra asistencia se determinará lo que conviene en las materias de la santa fe, y de la grandeza de la ley de gracia.— Este fué el tenor y estilo de la carta.

Entrególe la carta de san Pedro a la divina Señora un propio que la llevaba, y dándosela la dijo cómo era

del Apóstol. Recibióla, y venerando al Vicario de Cristo, se puso de rodillas y besó la carta; pero no la abrió, porque san Juan estaba en la ciudad predicando. Y luego que llegó el Evangelista a su presencia, puesta de rodillas le pidió la bendición (como lo acostumbraba), y le entregó la carta diciendo era de san Pedro el Pontífice de todos. Preguntóle san Juan lo que contenía la carta. Y la Maestra de las virtudes respondió: Vos, señor, la veréis primero, y me diréis a Mí lo que contiene.—Así lo hizo el Evangelista.

No me puedo contener en la admiración y en la confusión propia a la vista de tal humildad y obediencia como en esta ocasión, aunque parece de poca monta, manifestó María santísima; pues sola su divina prudencia pudo hacer juicio que siendo Madre de Dios y la carta del Vicario de Cristo, era mayor humildad y rendimiento no leerla ni abrirla por Sí sola, sin la obediencia del ministro que tenía presente, para obedecerle y gobernarse por su voluntad. Con este ejemplo queda reprendida y enseñada la presunción de los inferiores, que andan buscando salidas y razones excusadas para trampear la humildad y obediencia que debemos a los superiores. Pero en todo fué María santísima maestra y ejemplar de santidad, así en las cosas pequeñas como en las mayores.

En leyendo el Evangelista la carta de san Pedro a la gran Señora, la preguntó qué la parecía en lo que escribía el Vicario de Cristo. Y tampoco en esto quiso mostrarse superior ni igual, sino obediente; y respondió a san Juan: Hijo y señor mío, ordenad vos lo que más convicne, que aquí está vuestra sierva para obedecer.—El Evangelista dijo que le parecía razón obedecer a san Pedro y volverse luego a Jerusalén.—Justo y debido es, respondió María purísima, obedecer a la Cabeza de la Iglesia; disponed luego la partida.

Con esta determinación fué luego san Juan a buscar

embarcación para Palestina y prevenir lo que para ella era necesario, y disponer con brevedad la partida.

Llegó el día de partir para Jerusalén, y la humilde entre las humildes pidió la bendición a san Juan, y con ella se fueron juntos a embarcar, habiendo estado en Efeso dos años y medio.

Embarcóse Su Alteza con el Santo, y el navío se dió a la vela: pero a poca distancia del puerto las furias infernales, con el permiso que tenían, alteraron el mar con una tormenta tan desecha y espantosa, cual nunca otra semejante se había visto en él hasta aquel día ni hasta ahora; porque en esta maravilla quiso el Omnipotente glorificar su brazo y la santidad de María; y para esto dió aquel permiso a los demonios, que estrenasen toda su malicia y fuerzas en esta batalla. Entumeciéronse las olas con terribles bramidos, levantándose sobre los mismos vientos, y al parecer sobre las nubes; y formando entre ellas unas montañas de espuma y de agua que parecía tomaban la corrida para quebrantar las cárceles en que están encerradas (1). El navío era combatido y azotado por un costado y por otro, de manera que con cada golpe parecía gran maravilla no quedar hecho polvo. Unas veces era levantado hasta el cielo; otras descendía a romper las arenas de lo profundo; muchas tocaba con las gabias y con las antenas en las espumas de las olas; y en algunos ímpetus de esta inaudita tormenta fué necesario que los santos ángeles sustentaran el navío en el aire, y le sustentaban inmóvil mientras pasaban algunos combates del mar, que naturalmente habían de anegarle y echarle a pique.

Los marineros y navegantes reconocían el efecto de este favor, pero ignoraban la causa; y oprimidos de la tribulación estaban fuera de sí dando voces y llorando su ruina, que les parecía inevitable. Acrecenta-

(1) Psalm. CIII, 9.

ron los demonios esta aflicción; porque tomando forma humana gritaban a grandes voces, como si estuvieran en otros navíos que iban en conserva en este viaje; y a los que iban en el de la gran Señora les decían que dejasen perecer aquel navío, y se salvaran los que pudiesen en los demás: que si bien todos padecían tormenta, pero la indignación de estos dragones y su permiso miraba sólo al navío en que navegaba su enemiga; y los demás no eran tan molestados de las olas, aunque todos padecían grande riesgo. Esta malicia de los demonios conoció sola María santísima, y como los marineros lo ignoraban, creyeron que las voces eran verdaderamente de los otros navegantes y marineros; y con este engaño desampararon algunas veces el navío propio, dejando de gobernarle, en confianza de salvarse en los otros navíos. Pero este error e impiedad enmendaron los ángeles que asistían al navío donde iba la gran Reina, gobernándole y encaminándole cuando los marineros le dejaron para que se rompiese, y fuese a pique a lá disposición de la fortuna.

En medio de tan confusa tribulación y llantos estaba María santísima en extrema quietud gozando de serenidad el océano de su magnanimidad y virtudes; pero ejercitándolas todas con actos tan heroicos como la ocasión y su sabiduría lo pedían. Y como en esta embarcación tan borrascosa conoció por experiencia los peligros de la navegación, que en la venida de Efeso había entendido por revelación divina, movióse a nueva compasión de todos los que navegaban, y renovó la oración y petición por ellos. Admiróse también la prudentísima Virgen de la fuerza indómita del mar, y consideró en ella la indignación de la Justicia divina, que en aquella criatura insensible resplandecía tanto. Y pasando de esta consideración a la de los pecados de los mortales, que llegan a merecer la ira del Omnipotente, hizo grandes peticiones por la conversión del mundo y aumento

de la Iglesia. Y para esto ofreció el trabajo de aquella navegación, que no obstante la quietud de su alma, padeció mucho en el cuerpo, y sin comparación más en la aflicción que padecía de saber que todos los que allí iban eran perseguidos del demonio, para afligirla y perseguirla a Ella.

Al evangelista san Juan le alcanzó gran parte de esta tribulación, por el cuidado que llevaba de su verdadera Madre y Señora del mundo. Y esta pena se añadía a la que el mismo Santo padecía por su trabajo propio. Y todo era más terrible para él; porque entonces no conocía lo que pasaba por el interior de la beatísima Virgen. Procuraba algunas veces consolarla, y consolarse también a sí mismo con asistirle y hablar con Ella. Y aunque la navegación de Efeso a Palestina suele ser de seis días, o poco más, ésta les duró quince y la tormenta catorce. Un día se afligió mucho san Juan con la perseverancia de tan desmedido trabajo, y sin poderse detener la dijo: Señora mía, ¿qué es esto? ¿Hemos de perecer aquí? Pedid a vuestro Hijo santísimo que nos mire con ojos de Padre, y nos defienda en esta tribulación.—María santísima le respondió: No os turbéis, Hijo mío, que es tiempo de pelear las guerras del Señor y vencer a sus enemigos con fortaleza y paciencia. Yo le pido no perezca nadie de los que van con nosotros; y no se duerme ni se dormita el que es guarda de Israel (1); los fuertes de su corte nos asisten y defienden; padezcamos nosotros por el que se puso en la cruz por la salud de todos.—Con estas palabras cobró san Juan nuevo esfuerzo, que lo había menester.

A los catorce días de la navegación y tormenta María santísima mandó al mar y a los vientos que se quietasen: y al punto obedecieron, quedando en tranquilidad pacífica y serena en brevísimo tiempo, con

(1) Psalm. CXX, 4.

asombro de los navegantes, que no conocieron la causa de tan repentina mudanza. A los quince de la embarcación llegaron con bonanza al puerto, y desembarcaron. Nuestra Reina y Señora dió gracias al Omnipotente por aquellos beneficios, y le hizo un cántico de loores y alabanzas, porque a Ella y a los demás los había sacado de tan formidables peligros. El Evangelista santo hizo lo mismo, y la divina Madre le agradeció también el haberla acompañado en sus trabajos, y le pidió la bendición, y caminaron a Jerusalén.

Antes de llegar a Jerusalén, solicitaba el corazón de la gran Señora la piedad y devoción de los Lugares consagrados con nuestra Redención, para visitarlos primero de ir a su casa como fué lo último que hizo cuando se ausentó de la ciudad: pero como estaba en ella san Pedro, por cuyo llamamiento venía, y sabía como maestra de las virtudes el orden que se ha de guardar en ellas, determinó anteponer la obediencia del Vicario de Cristo a su propia devoción. Con esta atención de la obediencia se fué derecha a la casa del Cenáculo, donde estaba san Pedro, y puesta de rodillas en su presencia le pidió la bendición, y que la perdonase no haber cumplido antes con su mandato: pidióle la mano y se la besó como a sumo Sacerdote; pero no se disculpó de heber tardado en el viaje por la tempestad, ni le dijo otra cosa; y sólo por la relación que después le hizo san Juan tuvo san Pedro noticia de los trabajos que en la navegación habían padecido. Pero el Vicario de Cristo nuestro Salvador y todos sus discípulos y fieles de Jerusalén recibieron a su Maestra y Señora con indecible gozo, veneración y afecto, y se postraron a sus pies, agradeciéndole que hubiese venido a llenarlos de alegría y consuelo, y donde la pudiesen ver y servir.

CAPITULO XXXIII

Celebran concilio los apóstoles

Gloriosamente desfallecen los conatos de nuestra capacidad, en explicar la plenitud de perfección que tenían todas las obras de María santísima; porque siempre quedamos vencidos de la grandeza de cualquiera pequeña virtud, si alguna lo fué pequeña por parte de la materia en que la obraba la gran Señora. Pero siempre será muy feliz la porfía de nuestra parte, no presuntuosa en apearse el océano de la gracia, sino humillada para glorificar y engrandecer en ella a su Hacedor, y para descubrir más y más que con admiración imitémos. Yo me tendré por muy dichosa, si doy a conocer a los hijos de la Iglesia, manifestando los favores que Dios hizo con nuestra gran Reina, algo de lo que no puedo explicar con términos propios y adecuados, porque no los alcanzo; aunque todo lo haré como tarda, balbuciente, y sin espíritu de devoción. Admirables fueron los sucesos que para este capítulo y los siguientes se me han dado a conocer. Diré en ellos lo que pudiere para índice de lo que entenderá la fe y piedad cristiana (1).

Llegaron san Pablo y san Bernabé, sabiendo que ya la Reina del cielo estaba en Jerusalén; y con el deseo que san Pablo tenía de verla, se fueron de camino a donde estaba, y se arrojaron ante su presencia con abundantes lágrimas de gozo que sintieron con su vista. No fué menor el que recibió la divina Madre con los dos apóstoles, a quienes amaba en el Señor con especial afecto por lo que trabajaban en la exaltación

(1) Véase Míst. C. n. 481 y sig.

de su nombre y dilatación de la fe. Deseaba la Maestra de los humildes que primero se presentasen los dos apóstoles a san Pedro y a los demás, y a Ella la última, como quien se juzgaba menor entre las criaturas. Pero ellos ordenaron bien la veneración y caridad, juzgando que ninguno se debía anteponer a la que era Madre de Dios y Señora de todo lo criado, y principio de todo nuestro bien. Postróse también la gran Señora a los pies de san Pablo y san Bernabé, y les besó la mano y pidió la bendición. Tuvo san Pablo en esta ocasión una maravillosa abstracción extática, en que se le revelaron de nuevo grandes misterios y prerrogativas de aquella mística ciudad de Dios, María santísima, y la vió todá como vestida de la misma Divinidad.

Con esta visión quedó san Pablo lleno de admiración y con incomparable amor y veneración de María santísima. Y volviendo más en sí mismo la dijo: Madre de toda piedad y clemencia, perdonád a este hombre pecador y vil haber perseguido a vuestro Hijo santísimo y mi Señor, y a su santa Iglesia.—Respondióle la Madre Virgen y le dijo: Pablo, siervo del Altísimo, si el mismo que os crió y redimió os llamó a su amistad, y os ha hecho vaso de elección (1), ¿cómo dejará de perdonaros esta esclava suya? Mi alma le magnifica y engrandece, porque en vos se quiso manifestar tan poderoso, santo y liberal.—Dió gracias san Pablo a la divina Madre por el beneficio de su conversión, y por los favores que sobre esto le había hecho guardándole de tantos peligros. Y lo mismo hizo también san Bernabé, y de nuevo le pidieron su protección y ampáro; y todo lo ofreció María santísima.

San Pedro como cabeza de la Iglesia había llamado a los apóstoles y discípulos que estaban cerca de Jerusalén, y con los que estaban en ella los juntó un día en presencia de la gran Señora del mundo, interpo-

(1) Act. IX, 15.

niendo para esto la autoridad de vicario de Cristo, para que la prudente Virgen no se retirase de la junta con su profunda humildad. Estando todos juntos les habló san Pedro, y dijo: Hermanos e hijos míos en Cristo nuestro Señor, necesario ha sido juntarnos todos para resolver las dudas y negocios que nuestros carísimos hermanos Pablo y Bernabé nos han informado, y otras cosas que tocan al aumento de la santa fe. Para esto conviene que preceda la oración, en que pidamos nos asista el Espíritu Santo, y en ella perseveraremos diez días, como tenemos de costumbre. Y el primero y último día (1) celebraremos el sacrificio sacrosanto de la misa, con que preparemos nuestros corazones para recibir la divina luz.—Aprobaron todos este medio: y para celebrar la primera misa al otro día, preparó la Reina la sala del Cenáculo, limpiándola y adornándola decentemente con sus manos, y previno todo lo necesario para comulgar Ella y los demás en aquellas misas. Celebró sólo san Pedro, guardando en estas misas los mismos ritos y ceremonias que en las otras de que arriba queda dicho.

Los demás apóstoles y discípulos comulgaron de mano de san Pedro, y después de todos María santísima, que siempre tomaba el último lugar. Y dicha la primera misa, destinaron las horas en que juntos habían de perseverar en la oración, sin que se faltase a los ministerios de las almas en lo que fuese necesario, para volverse luego a su oración. Pero la gran Señora se retiró a un lugar donde estuvo sola sin moverse, ni comer ni hablar en aquellos diez días. En ellos sucedieron tan ocultos secretos y misterios a la Señora del mundo, que para los ángeles fueron de nueva admiración y para mí es inefable lo que de ellos se me ha manifestado (2).

(1) Véase la nota XVI, tomo VI.

(2) Míst. C. n. 190 v sig.

El último de los diez días celebró san Pedro otra misa, y en ella comulgaron los mismos que en la primera. Y luego estando todos congregados en el nombre del Señor invocaron el Espíritu Santo, y comenzaron a conferir y definir las dudas que en la Iglesia se ofrecían. Y san Pedro como cabeza y pontífice habló el primero, y luego san Pablo y san Bernabé, y tras ellos Jacobo el Menor, como lo refiere san Lucas en el capítulo xv de los Actos. Lo primero que se determinó en este concilio fué que no se les impusiese a los bautizados la pesada ley de la Circuncisión y ley mosaica; pues ya la salud eterna se daba por el Bautismo y fe de Cristo. Y aunque esto es lo que principalmente refiere san Lucas; pero también se determinaron otras cosas que tocaban al gobierno y ceremonias eclesiásticas, para atajar algunos abusos que con indiscreta devoción comenzaban a introducir algunos fieles. Este concilio se juzga por el primero de los apóstoles, no obstante que también se juntaron para ordenar el Credo y otras cosas, pero en el Credo concurrieron solos los doce apóstoles, y en esta junta fueron convocados los discípulos que pudieron concurrir; y las ceremonias de conferir y determinar fueron diferentes y en forma propia de determinación, como parece por las que refiere san Lucas (1): Ha parecido al Espíritu Santo, y a nosotros congregados en uno, etc.

Con esta forma de palabras se escribió este concilio a los fieles y a las iglesias de Antioquía, Siria y Cilia, lo que en él se había definido; y remitieron las cartas por mano del mismo san Pablo con san Bernabé y otros discípulos. Dió gracias María santísima al Señor por el beneficio que con esta determinación había recibido la Iglesia santa. Y luego despidió a san Pablo y a san Bernabé con los demás.

(1) Act. XV, 28.

CAPITULO XXXIV

El principio que tuvieron los Evangelistas, y sus Evangelios.

He declarado (1), cuanto me ha sido permitido, el estado en que nuestra gran Reina y Señora quedó después del primer concilio de los apóstoles, y de las victorias que alcanzó del dragón infernal y sus demonios. Y aunque las obras maravillosas que hizo en estos tiempos y en todos no se pueden reducir a historia ni a breve suma; entre todas se me ha dado luz para escribir el principio que tuvieron los cuatro Evangelistas y sus Evangelios, y lo que obró en ellos María santísima. En la segunda parte y en muchas ocasiones de esta Historia queda escrito que la divina Madre tuvo noticia de todos los misterios de la ley de gracia, y de los Evangelios y Escrituras santas, que para fundarla y establecerla, se escribirían en ella. En esta ciencia fué confirmada muchas veces, en especial cuando subió a los cielos el día de la Ascensión con su Hijo santísimo. Y desde aquel día, sin omitir alguno, hizo particular petición postrada en tierra para que el Señor diese su divina luz a los sagrados apóstoles y escritores, y ordenase que escribiesen cuando fuese el tiempo más oportuno.

Después de esto en la ocasión en que la misma Reina estuvo en el cielo y bajó de él, con la Iglesia que se le entregó (como dije en el capítulo vi de este libro (2)), la manifestó el Señor que ya era tiempo de comenzar a escribir los sagrados Evangelios, para que Ella lo

(1) M. C. de Dios, cap. VI, VII y VIII.

(2) M. C. de Dios, ns, 494 y 495

dispusiese como Señora y Maestra de la Iglesia. Pero con su profunda humildad y discreción alcanzó del mismo Señor que esto se ejecutase por mano de san Pedro, como vicario suyo y cabeza de la Iglesia, y que le asistiese su divina luz para negocio de tanto peso. Concedióselo todo el Altísimo: y cuando los apóstoles se juntaron en aquel concilio que refiere san Lucas en el capítulo xv, después que resolvieron las dudas de la Circuncisión, como queda dicho, propuso san Pedro a todos (*) que era necesario escribir los misterios de la vida de Cristo nuestro Salvador y Maestro, para que todos sin diferencia ni discordia los enseñasen en la Iglesia, y con esta luz se desterrase la antigua ley y se plantase la nueva.

Este intento había comunicado san Pedro con la Madre de la sabiduría. Y habiéndole aprobado todo el concilio, invocaron al Espíritu Santo para que señalase a quiénes de los apóstoles y discípulos se cometería el escribir la Vida del Salvador. Luego descendió una luz del cielo sobre el apóstol san Pedro, y se oyó una voz que decía: El Pontífice y cabeza de la Iglesia señale cuatro que escriban las obras y doctrina del Salvador del mundo.—Postróse en tierra el apóstol y siguiéronle los demás, y dieron al Señor gracias por aquel favor; y levantándose todos habló san Pedro, y dijo: Mateo nuestro carísimo hermano dé luego principio, y escriba su Evangelio en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y Marcos sea el segundo que también escriba el Evangelio en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Lucas sea el tercero que le escriba en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y nuestro carísimo hermano Juan también sea el cuarto y último que escriba los misterios de nuestro Salvador y Maestro, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu

(*) Véase la nota XIX, tomo VI.

Santo.—Este nombramiento confirmó el Señor con la misma luz divina que estuvo en san Pedro hasta que lo hizo, y fué aceptado por todos los nombrados.

Dentro de pocos días determinó san Mateo escribir su Evangelio, que fué el primero. Y estando en oración una noche en un aposento retirado en la casa del Cenáculo, pidiendo luz al Señor para dar principio a su Historia, se le apareció María santísima en un trono de gran majestad y resplandor, sin haberse abierto las puertas del aposento donde el apóstol oraba. Y cuando vió a la Reina del cielo, se postró sobre la cara con admirable reverencia y temor. Mandóle la gran Señora que se levantase, y así lo hizo, pidiéndola le bendijese; luego le habló María santísima, y le dijo: Mateo, siervo mío, el Todopoderoso me envía con su bendición, para que con ella deis principio al sagrado Evangelio que por buena suerte os ha tocado escribir. Para esto asistiré en vos su divino Espíritu, y Yo se lo pediré con todo el afecto de mi alma. Pero de Mí no conviene que escribáis otra cosa fuera de lo que es forzoso para manifestar la Encarnación y misterios del Verbo humanado, y plantar su fe santa en el mundo como fundamento de la Iglesia. Y asentada esta fe, vendrán otros siglos en que dará el Altísimo noticia a los fieles de los misterios y favores que su brazo poderoso obró Conmigo, cuando sea necesario manifestarlos.—Ofreció san Mateo obedecer a este mandato de la Reina; y consultando con Ella el orden de su Evangelio, descendió sobre él el Espíritu Santo en forma visible; y en presencia de la misma Señora comenzó a escribirle como en él se contiene. Desapareció María santísima, y san Mateo prosiguió la Historia, aunque la acabó después en Judea, y la escribió en lengua hebrea el año del Señor de cuarenta y dos.

El evangelista san Marcos escribió su Evangelio cuatro años después, que fué el de cuarenta y seis del

Nacimiento de Cristo, y también lo escribió en hebreo, y en Palestina. Y para comenzar a escribir pidió al ángel de su guarda diese noticia a la Reina del cielo de su intento, y la pidiese su favor, y que le alcanzase la divina luz de lo que había de escribir. Hizo la piadosa Madre esta petición, y luego mandó el Señor a los ángeles que la llevasen, con la majestad y orden que solían, a la presencia del evangelista que perseveraba en su oración. Aparecióle la gran Reina del Cielo en un trono de grande hermosura y refulgencia; y postrándose el evangelista ante el trono dijo: Madre del Salvador del mundo y Señora de todo lo criado, indigno soy de este favor, aunque siervo de vuestro Hijo santísimo, y también lo soy vuestro.—Respondió la divina Madre: El Altísimo, a quien servís y amáis, me envía para que os asegure que oye vuestras peticiones, y su divino Espíritu os gobernará para escribir el Evangelio que os ha mandado.—Y luego le ordenó que no escribiese los misterios que tocaban a Ella, como lo hizo a san Mateo. Y al punto descendió en forma visible de grandiosa refulgencia el Espíritu Santo, bañando exteriormente al evangelista y llenándole de nueva luz interior; y en presencia de la misma Reina dió principio a su Evangelio. Tenía la Princesa del cielo en esta ocasión sesenta y un años de edad. San Jerónimo dice que san Marcos escribió en Roma su breve Evangelio a instancia de los fieles que allí estaban; pero advierto que éste fué traslado o copia del que había escrito en Palestina; y porque no le tenían en Roma los cristianos, ni tampoco tenían otro, le volvió a escribir en lengua latina, que era la romana.

Dos años después, que fué el cuarenta y ocho, y de la Virgen el sesenta y tres, escribió san Lucas en lengua griega su Evangelio. Y para comenzarle a escribir, se le apareció María como a los otros dos evan-

gelistas. Y habiendo conferido con la divina Madre, que para manifestar los misterios de la Encarnación y Vida de su Hijo santísimo era necesario declarar el modo y orden de la concepción del Verbo humanado, y otras cosas que tocaban a la verdad de ser Su Alteza Madre natural de Cristo; por esto se alargó san Lucas más que los otros Evangelistas en lo que escribió de María santísima, reservando los secretos y maravillas que le tocaban por ser Madre de Dios, como Ella misma se lo ordenó al Evangelista. Y luego descendió sobre él el Espíritu Santo; y en presencia de la gran Reina comenzó su Evangelio, como Su Majestad principalmente le informó. Quedó san Lucas devotísimo de esta Señora, y jamás se le borraron del interior las especies o imagen que le quedó impresa de haber visto a esta dulcísima Madre en el trono y majestad con que se le apareció en esta ocasión, con que la tuvo presente por toda su vida. Estaba san Lucas en Acaya cuando le sucedió este aparecimiento, y escribió su Evangelio.

El último de los cuatro Evangelistas que escribió su evangelio fué el apóstol san Juan en el año del Señor de cincuenta y ocho. Y escribióle en lengua griega estando en el Asia Menor, después del glorioso Tránsito y Asunción de María santísima, contra los errores y herejías que luego comenzó a sembrar el demonio, que principalmente fueron para destruir la fe de la Encarnación del Verbo divino; porque como este misterio había humillado y vencido a Lucifer, pretendió luego hacer la batería de las herejías contra él. Y por esta causa el evangelista san Juan escribió tan altamente y con más argumentos para probar la divinidad real y verdadera de Cristo nuestro Salvador, adelantándose en esto a los otros Evangelistas.

Y para dar principio a su Evangelio, aunque María santísima estaba ya gloriosa en los cielos, descendió

de ellos personalmente con inefable majestad y gloria, acompañada de millares de ángeles de todas las jerarquías y coros, y se le apareció a san Juan, y le dijo: Juan, hijo mío y siervo del Altísimo, ahora es tiempo oportuno que escribáis la Vida y misterios de mi Hijo santísimo, y deis muy expresa noticia de su divinidad al mundo, para que le conozcan todos los mortales por Hijo del eterno Padre y verdadero Dios, como verdadero Hombre. Pero los misterios y secretos que de Mí habéis conocido, no es tiempo de que los escribáis ahora, ni los manifestéis al mundo tan acostumbrado a idolatría, porque no los conturbe Lucifer a los que han de recibir ahora la santa fe de su Redentor y de la beatísima Trinidad. Para todo asistirá en vos el Espíritu Santo, y en mi presencia quiero que comencéis a escribir.—El Evangelista adoró a la gran Reina del cielo, y fué lleno del Espíritu divino como los demás. Y luego dió principio a su Evangelio, quedando favorecido de la piadosa Madre; y pidiéndola su bendición y amparo, se la dió y ofreció Ella para todo lo restante de la vida del apóstol, con que se volvió a la diestra de su Hijo santísimo. Este fué el principio que tuvieron los sagrados Evangelios por medio e intervención de María santísima, para que todos estos beneficios reconozca la Iglesia haberlos recibido por su mano. Y para continuar esta Historia ha sido necesario anticipar la relación de los Evangelistas.

Pero en el estado que la gran Señora tenía después del concilio de los apóstoles, así como vivía más elevada con la ciencia y vista abstractiva de la divinidad, así también se adelantó en el cuidado y solicitud de la Iglesia, que cada día iba creciendo en todo el orbe. Especialmente atendía, como verdadera Madre y Maestra, a todos los apóstoles, que eran como parte de su corazón, donde los tenía escritos. Y porque luego que celebraron aquel concilio se alejaron de Jerusalén,

quedando allí solos san Juan y Santiago el Menor, con esta ausencia les tuvo la piadosa Madre una natural compasión de los trabajos y penalidades que padecían en la predicación. Mirábalos con esta compasión en sus peregrinaciones, y con suma veneración por la santidad y dignidad que tenían como sacerdotes, apóstoles de su Hijo santísimo, fundadores de su Iglesia, predicadores de su doctrina, y elegidos por la divina Sabiduría para tan altos ministerios de la gloria del Altísimo. Y verdaderamente fué como necesario que para atender y cuidar de tantas cosas en toda la esfera de la santa Iglesia, levantase Dios a la gran Señora y Maestra al estado que tenía; porque en otro más inferior no pudiera tan conveniente y acomodadamente encerrar en su pecho tantos cuidados, y gozar de la tranquilidad, paz y sosiego interior que tenía.

CAPITULO XXXV

Obras de la vida perfectísima de María santísima, en las que tuvo alguna participación el apóstol san Juan.

Sin faltar la gran Reina del cielo al gobierno exterior de la Iglesia, tenía a solas otros ejercicios y obras ocultas con que la merecía y granjeaba innumerables dones y beneficios de la mano del Altísimo, así en común para todos los fieles, como para millares de almas que por estos medios ganó para la vida eterna. De estas obras y secretos no sabidos escribiré lo que pudiere en estos últimos capítulos para nuestra enseñanza, y admiración y gloria de esta beatísima Madre (1).

Dispuso María con el Evangelista san Juan que le diese permiso para recogerse a celebrar la muerte y exequias de su Hijo santísimo el viernes de cada semana, y aquel día no salía de su oratorio. Y san Juan asistía en el Cenáculo, para responder a los que la buscaban y para que nadie llegase a él; y si faltaba el Evangelista, asistía otro discípulo. Retirábase María santísima a este ejercicio el jueves a las cinco de la tarde, y no salía hasta el domingo cerca del mediodía. Y para que en aquellos tres días no faltase al gobierno y necesidades graves si alguna se ofrecía, ordenó la gran Señora que para esto saliese un ángel en forma de Ella misma, y brevemente despachaba lo que era menester, si no permitía dilación. Tan próspera y tan atenta era en todas las cosas de caridad para con sus hijos y domésticos.

Cuando llegaba la hora de comulgar oía primero la misa que de ordinario la decía el Evangelista; y aun-

(1) De las obras y secretos que refiere Sor María, transcribimos aquí muy pocos.

que entonces no había Epístola ni Evangelio, que no estaban escritos como ahora, pero decíanla con otros ritos y ceremonias y muchos salmos y otras oraciones; pero la consagración siempre fué una misma. En acabando la misa, llegaba la divina Madre a comulgar, precediendo tres genuflexiones profundísimas; y toda enardecida recibía a su mismo Hijo sacramentado; y a quien en su tálamo virginal había dado aquella humanidad santísima, le recibía en su pecho y corazón purísimo. Retirábase en comulgando; y si no era muy forzoso salir para alguna grande necesidad de los prójimos, perseveraba recogida tres horas. Y en este tiempo el Evangelista mereció verla muchas veces llena de resplandor que despedía de sí rayos de luz como el sol.

En estos últimos años ya la gran Reina no comía ni dormía sino muy poco; y esto lo admitía por la obediencia de san Juan, que le pidió se recogiese de noche a descansar algún rato. Pero el sueño era no más que una leve suspensión de los sentidos, y esto no más de media hora, y cuando más una entera y sin perder la visión divina de la divinidad. La comida era algunos bocados de pan de ordinario, y alguna vez comía un poco de algún pescado a instancia del Evangelista y por acompañarle; que fué tan dichoso el Santo en esto como en los demás privilegios de hijo de María santísima; pues no sólo comía con Ella en una mesa, sino que la gran Reina le aderezaba a él la comida, y se la administraba como madre a su hijo, y le obedecía como a sacerdote y sustituto de Cristo. Bien pudiera pasar la gran Señora sin este sueño y alimento, que más parecía ceremonia que sustento de la vida; pero no lo tomaba por esta necesidad, sino por el ejercicio de la obediencia del apóstol y por el de la humildad, reconociendo y pagando en algo la pensión de la naturaleza humana; porque en todo era prudentísima.

Determinó el Señor en aquellos mismos años, que en

la Comunión cotidiana se manifestase a la divina Madre su santísima Humanidad, unida a la divinidad; por otro nuevo y admirable modo, diferente del que había tenido en esta luz hasta aquél día; para que este beneficio fuese como arras y prenda rica de la gloria que para su Madre tenía preparada en su eternidad.

Y en este beneficio que la prometió su Hijo santísimo de la Comunión, advierto que hasta la edad y tiempo de que voy hablando, dejaba algunos días la gran Reina la sagrada Comunión; como fué en la jornada de Efeso y en algunas ausencias de san Juan, o por otros incidentes que se ofrecían. Y la profunda humildad la obligaba a acomodarse a todo esto, sin pedirlo a los apóstoles, dejándose a su obediencia; porque en todo fué la gran Señora dechado y Maestra de la perfección, enseñándonos el rendimiento que debemos imitar, aún en lo que nos parece muy santo y conveniente. Pero el Señor, que descansa en los corazones humildes, y sobre todo quería vivir y descansar en el de su Madre, y muchas veces renovar en él sus maravillas, ordenó que desde este beneficio de que trato comulgase cada día por los años que le restaban de vida. Esta voluntad del Altísimo conoció en el cielo Su Alteza; pero como prudentísima en todas sus acciones ordenó que se ejecutase la voluntad divina por medio de la obediencia de san Juan, porque obrase en todo Ella como inferior, como humilde y sujeta a quien la gobernaba en estas acciones.

Para esto no quiso manifestar por Sí misma al Evangelista lo que sabía de la voluntad del Señor. Y sucedió que un día estuvo muy ocupado el santo apóstol en la predicación, y se pasaba la hora de la comunión. Habló a los santos ángeles, consultándoles qué haría; y respondiéronla que se cumpliese lo que su Hijo santísimo había mandado, y que ellos avisarían a san Juan y le intimarían este orden de su Maestro. Y

luego uno de los ángeles fué a donde estaba predicando, y manifestándosele le dijo: Juan, el Altísimo quiere que su Madre y nuestra Reina le reciba sacramentado cada día mientras viva en el mundo.—Con este aviso volvió luego el Evangelista al Cenáculo, donde María santísima estaba recogida para la comunión, y la dijo: Madre y Señora mía, el ángel del Señor me ha manifestado el orden de nuestro Dios y Maestro para que os administre su sagrado cuerpo sacramentado todos los días sin omitir alguno.—Repondióle la beatísima Madre: Y Vos, señor, ¿qué me ordenáis en esto?—Replicó san Juan: Que se haga lo que manda vuestro Hijo y mi Señor.—Y la Reina dijo: Aquí está su esclava para obedecer en esto.—Desde entonces le recibió cada día sin faltar alguno por lo restante que vivió.

Con estos favores tan inefables quedaba de nuevo transformada en su Hijo santísimo, encendida y espiritualizada para trabajar en la Iglesia, como si comenzara de nuevo. En estas ocasiones mereció el sagrado evangelista Juan participar algunos gajes de la fiesta, oyendo la música con que los ángeles la celebraban. Y estando el mismo Señor en el oratorio con los ángeles y santos que le asistían, decía misa el Evangelista y comulgaba a la gran Reina, asistiendo a la diestra de su mismo Hijo, a quien sacramentado recibía en su pecho.

En días señalados la gran Reina daba de comer a muchos pobres aderezándoles la comida, y sirviéndolos por sus manos, puesta de rodillas en su presencia para servirlos. Y para esto ordenó al Evangelista le trajese los pobres más desvalidos y necesitados; y el santo lo ejecutaba como su Reina lo mandaba. Y a más de esto aderezaba otra comida de más regalo, para enviar a los hospitales a los enfermos pobres que no podía traer a su casa, y después iba Ella a consolarlos y remediarlos con su presencia.

Se recogía por cuarenta días continuos para celebrar el ayuno de nuestro Salvador, repitiéndole como Su Majestad y Ella a su imitación lo hicieron. En estos cuarenta días no dormía, ni comía, ni salía de su retiro, si no ocurría alguna grande necesidad que pidiese su presencia: y sólo comunicaba con el evangelista san Juan para recibir de su mano la sagrada Comunión, y despachar los negocios en que era fuerza darle parte para el gobierno de la Iglesia. En aquellos días asistía más el amado Discípulo, ausentándose pocas veces de la casa del Cenáculo: y aunque venían muchos necesitados y enfermos, los remediaba y curaba, aplicándoles alguna prenda de la poderosa Reina. Venían muchos endemoniados, y algunos antes de llegar quedaban libres; porque no se atrevían los demonios a esperar, acercándose a donde estaba María santísima. Otros, en tocando al enfermo con el manto o velo, o con otra cosa de la Reina, se arrojaban al profundo. Y si algunos estaban rebeldes, la llamaba el Evangelista, y al punto que llegaba a la presencia de los pacientes, salían los demonios sin otro imperio.

Pero advierto que el evangelista san Juan con la noticia que tenía de estas maravillas (1) mereció participar algo de sus efectos; porque solía ver a la Reina tan llena de refulgencia, que no la podía mirar al rostro, por la divina luz que despedía. Y como la gran Maestra de la humildad siempre andaba como por el suelo y a los pies del Evangelista pidiéndole licencia de rodillas, tenía el santo muchas ocasiones de verla, y con el temor reverencial que le causaba venía muchas veces a turbarse en presencia de la gran Señora, aunque esto era con admirable júbilo y efectos de santidad.

(1) Se refiere la Ven. a las que detalla en los cap. XIII al XVI del libro VIII

CAPITULO XXXVI

Tuvo María santísima embajada del Altísimo de que la restaban tres años de vida; y lo que sucedió con este aviso a san Juan.

Llegó María santísima a la edad de sesenta y siete años sin haber interrumpido la carrera y detenido el vuelo, ni mitigado el incendio de su amor y merecimientos desde el primer instante de su inmaculada Concepción; pero habiendo crecido todo esto en todos los momentos de su vida; los inefables dones, beneficios y favores del Señor la tenían toda deificada y espiritualizada; los afectos, los ardores y deseos de su castísimo corazón no la dejaban descansar fuera del centro de su amor; las prisiones de la carne le eran violentas; la inclinación y peso de la misma divinidad, para unirla Consigo con eterno y estrecho lazo, estaba (a nuestro modo de entender) en lo sumo de la potencia; y la misma tierra, indigna por los pecados de los mortales de tener en sí el tesoro de los cielos, no podía ya conservarle más sin restituírle a su verdadero dueño. Determinó el Altísimo entretenerla y consolarla, dándole aviso cierto de lo que le restaba de vida, para que asegurada del día y de la hora tan deseada para Ella, esperase alegre el término de su destierro. Para esto despachó la beatísima Trinidad al santo arcángel Gabriel con otros muchos cortesanos de las jerarquías celestiales que evangelizasen a su Reina, cuando y cómo se cumpliría el plazo de su vida mortal y pasaría a la eterna.

Bajó el santo Príncipe con los demás al oratorio

de la gran Señora en el Cenáculo de Jerusalén, donde la hallaron postrada en tierra en forma de cruz, pidiendo misericordia por los pecadores. Pero con la presencia de los santos ángeles se puso de rodillas para oír y ver al embajador del cielo y a sus compañeros. Saludóla el santo Angel con la salutación del Ave María, y prosiguiendo dijo: Emperatriz y Señora nuestra, el Omnipotente y Santo de los Santos nos envía desde su corte para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinación y destierro en la vida mortal. Ya, Señora, llegará presto el día y la hora tan deseada, en que por medio de la muerte natural recibiréis la posesión eterna de la inmortal vida que os espera en la diestra y gloria de vuestro Hijo santísimo y nuestro Dios. Tres años puntuales restan desde hoy para que seáis levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan, codiciando vuestra presencia.

Oyó María santísima esta embajada con inefable júbilo de su purísimo y ardentísimo espíritu, y postrándose de nuevo en tierra respondió también como en la Encarnación del Verbo: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (1); aquí está la esclava del Señor, hágase en Mí según vuestra palabra.—Pidió luego a los santos ángeles y ministros del Altísimo la ayudasen a dar gracias por aquel beneficio y nuevas de tanto gozo para Su Alteza. Comenzó la gran Madre, y respondieron los serafines y ángeles, alternando los versos de este cántico por espacio de dos horas continuas. Acabado este cántico y humillándose de nuevo encargó a los espíritus soberanos rogasen al Señor la preparase para pasar de la vida mortal a la eterna, y de su parte pidiesen lo mismo a los demás ángeles y santos del cielo. Ofre-

(1) Luc. I, 38.

ciéronla que en todo la obedecerían, y con esto se despidió san Gabriel, y se volvió al empíreo con toda su compañía.

Escribió María santísima luego a todos los apóstoles y discípulos que andaban predicando para animarlos de nuevo en la conversión del mundo, y repitió más veces esta diligencia en aquellos tres últimos años. Con los demás fieles que tenía presentes hizo mayores demostraciones, exhortándolos y confirmándolos en la fe. Y aunque de todos guardaba su secreto, pero las obras eran como de quien ya comenzaba a despedirse y deseaba dejarlos a todos ricos y prósperos y llenos de beneficios celestiales.

Con el evangelista san Juan corrían diferentes razones que con los demás; porque le tenía por hijo, y la asistía y servía singularmente entre todos. Por esto le pareció a la gran Señora darle noticia^o del aviso que tenía de su muerte; y pasados algunos días le habló pidiéndole primero la bendición y licencia, y con ella le dijo: Ya sabéis, hijo mío y mi Señor, que entre las criaturas del Altísimo Yo soy la más deudora y obligada al rendimiento de su divina voluntad; y si todo lo criado pende de ella, en Mí se ha de cumplir enteramente su beneplácito por tiempos y eternidad; y vos, hijo mío, debéis ayudarme en esto, como quien conoce los títulos con que soy toda de mi Dios y Señor. Su dignación y misericordia infinita me han manifestado que se llegará presto el término de mi vida mortal para pasar a la eterna; y del día que recibí este aviso, me restan solos tres años en que se acabará mi destierro. Yo os suplico, señor mío, me ayudéis en este breve tiempo para que Yo trabaje en dar gracias al Altísimo y algún retorno de los inmensos beneficios que de su liberalísimo amor tengo recibidos. Orad por Mí, como de lo íntimo de mi alma os lo suplico.

Estas razones de la beatísima Madre dividieron el

corazón amoroso de san Juan, y sin que pudiese contener el dolor y lágrimas la respondió: Madre y Señora mía, a la voluntad del Altísimo y la vuestra estoy rendido para obedecer en lo que me mandáis, aunque mis méritos no llegan a mi obligación y deseos. Pero Vos, Señora y Madre piadosísima, amparad a este pobre hijo vuestro que se ha de ver solo y huérfano sin vuestra deseable compañía.—No pudo san Juan añadir más razones, oprimido de los sollozos y lágrimas que le causaba su dolor. Y aunque la dulcísima Reina le animó y consoló con suaves y eficaces razones; con todo eso desde aquel día quedó el santo apóstol penetrado el corazón con una flecha de dolor y tristeza que le debilitaba y volvía macilento, como sucede a las flores que vivifica el sol, y se les ausenta y esconde; que habiéndole seguido y acompañado en su carrera, a la tarde se desmayan y entristecen porque le pierden de vista. En este desconsuelo fueron piadosas las promesas de la beatísima Madre, para que san Juan no desfalleciese en la vida, asegurado de que Ella sería la Madre y Abogada con su Hijo santísimo. Dió cuenta de este suceso el Evangelista a Santiago el Menor, que como obispo de Jerusalén asistía con él al servicio de la Emperatriz del mundo, y los dos apóstoles quedaron prevenidos desde entonces y acompañaban con más frecuencia a su Reina y Señora, especialmente el Evangelista, que no se podía alejar de su presencia.

Fué el primero y el que sólo sintió sobre todos los demás esta pérdida, sin poderlo disimular ni ocultar de las personas que más familiarmente le trataban en la casa del Cenáculo. Algunas de aquella familia, especialmente dos doncellas hijas del dueño de la casa, que asistían mucho a la Reina del mundo y la servían; estas personas y algunas otras muy devotas advirtieron en la tristeza del apóstol san Juan, y repetidas veces llegaron a verle derramar muchas lágrimas. Y como

conocían la igualdad tan apacible y continua del santo, les pareció que aquella novedad suponía algún suceso de mucho cuidado; y con piadoso deseo llegaron algunas veces a preguntarle con instancia la causa de su nueva tristeza, para servirle en lo que fuera posible. El santo apóstol disimulaba su dolor, y ocultó muchos días la causa de él; pero no sin dispensación divina con las importunaciones de sus devotos les manifestó que se acercaba el dichoso tránsito de su Madre y Señora: con este título nombraba el evangelista en ausencia a María santísima.

Por este medio se comenzó a divulgar y llorar, algún tiempo antes que sucediese, este trabajo que amenazaba a la Iglesia entre algunos más familiares de la gran Reina; porque ninguno de los que llegaron a entenderlo se pudo contener en sus lágrimas y tristeza irreparable. Y desde entonces frecuentaban mucho más la asistencia y visitas de María santísima, arrojándose a sus pies, besando el suelo donde hollaban sus sagradas plantas, pidiéndola los bendijese y llevase tras de Sí, y no los olvidase en la gloria del Señor, a donde Consigo se llevaba todos los corazones de sus siervos.

CAPITULO XXXVII

El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima

Acercábase ya el día determinado por la divina voluntad en que la verdadera y viva arca del Testamento había de ser colocada en el templo de la celestial Jerusalén con mayor gloria y júbilo que su figura fué colocada por Salomón en el santuario debajo de las alas de los querubines (1). Y tres días antes del tránsito felicísimo de la gran Señora se hallaron congregados los apóstoles y discípulos en Jerusalén y casa del Cenáculo.

A todos recibió la divina Madre con profunda humildad, reverencia y caricia, pidiendo a cada uno que la bendijese: y todos lo hicieron, y la saludaron con admirable veneración; y por orden de la misma Señora, que dió a san Juan, fueron todos hospedados y acomodados, acudiendo también a esto, con san Juan, Santiago apóstol el Menor.

El apóstol san Pedro, como cabeza de la Iglesia, los juntó a todos para informarlos de la causa de su venida, y estando así congregados les dijo: Carísimos hijos y hermanos míos, el Señor nos ha llamado y traído a Jerusalén de partes tan remotas, no sin causa grande y de sumo dolor para nosotros, Su Majestad quiere llevarse luego al trono de la eterna gloria a su beatísima Madre, nuestra Maestra, todo nuestro consuelo y amparo. Quiere su disposición divina que todos nos hallemos presentes a su felicísimo y glorioso tránsito. Cuando nuestro Maestro y Redentor se subió

(1) III Reg. VIII, 6.

a la diestra de su eterno Padre, aunque nos dejó huérfanos de su deseable vista, teníamos a su Madre santísima para nuestro refugio y verdadero consuelo en la vida mortal; pero ahora que nuestra Madre y nuestra luz nos deja, ¿qué haremos? ¿Qué amparo y qué esperanza tendremos que nos aliente en nuestra peregrinación? Ninguna hallo más de que todos la seguiremos con el tiempo.

No pudo alargarse más san Pedro, porque le atajaron las lágrimas y sollozos que no pudo contener; y tampoco los demás apóstoles le pudieron responder en grande espacio de tiempo, en que con íntimos suspiros del corazón estuvieron derramando copiosas y tiernas lágrimas: pero después que el Vicario de Cristo se recobró un poco para hablar, añadió y dijo: Hijos míos, vamos a la presencia de nuestra Madre y Señora, acompañémosla lo que tuviere de vida, y pidámosla nos deje su santa bendición.—Fueron todos con san Pedro al oratorio de la gran Reina, y halláronla de rodillas sobre una tarimilla que tenía para reclinarse cuando descansaba un poco. Viéronla todos hermosísima y llena de resplandor celestial, y acompañada de los mil ángeles que la asistían.

Los apóstoles y discípulos, y algunos otros fieles ocuparon el oratorio de María santísima, estando todos ordenadamente en su presencia; y san Pedro con san Juan se pusieron a la cabecera de la tarima. La gran Señora los miró a todos con la modestia y reverencia que solía, y hablando con ellos dijo: Carísimos hijos míos, dad licencia a vuestra sierva para hablar en vuestra presencia y manifestaros mis humildes deseos.—Respondióla san Pedro que todos la oirían con atención, y la obedecerían en lo que mandase, y la suplicó se asentase en la tarima para hablarles. Parecióle a san Pedro estaría algo fatigada de haber perseverado tanto de rodillas, y que en aquella postura estaba

orando al Señor, y para hablar con ellos era justo tomase asiento como Reina de todos. Pero la que era maestra de humildad y obediencia hasta la muerte, cumplió con estas virtudes en aquella hora; y respondió que obedecería en pidiéndoles a todos su bendición, y que le permitieran este consuelo. Con el consentimiento de san Pedro salió de la tarima y se puso de rodillas ante el mismo apóstol, y le dijo: Señor, como pastor universal y cabeza de la santa Iglesia, os suplico que en vuestro nombre y suyo me deis vuestra santa bendición, y perdonéis a esta sierva vuestra lo poco que os he servido en mi vida, para que dé ella parta a la eterna. Y si es vuestra voluntad, dad licencia para que Juan disponga de mis vestiduras, que son dos túnicas, dándolas a unas doncellas pobres, que su caridad me ha obligado siempre.—Postróse luego y besó los pies de san Pedro como vicario de Cristo, con abundantes lágrimas, y no menor admiración que llanto del mismo apóstol y todos los circunstantes. De san Pedro pasó a san Juan, y puesta también a sus pies, le dijo: Perdonad, hijo mío y mi señor, el no haber hecho con vos el oficio de Madre que debía, como me lo mandó el Señor, cuando de la cruz os señaló por hijo mío, y a Mí por madre vuestra. Yo os doy humildes y reconocidas gracias por la piedad con que como hijo me habéis asistido. Dadme vuestra bendición para subir a la compañía y eterna vista del que me crió.

Prosiguió esta despedida la dulcísima Madre, hablando a todos los apóstoles singularmente y algunos discípulos; y después a los demás circunstantes juntos, que eran muchos. Hecha esta diligencia se levantó en pie, y hablando a toda aquella santa congregación en común, dijo: Carísimos hijos míos y mis señores, siempre os he tenido en mi alma y escritos en mi corazón, donde tiernamente os he amado con la caridad y amor que me comunicó mi Hijo santísimo, a quien he mirado

siempre en vosotros como en sus escogidos y amigos. Por su voluntad santa y eterna me voy a las moradas celestiales, donde os prometo, como Madre, que os tendré presentes en la clarísima luz de la Divinidad, cuya vista espera y desea mi alma con seguridad. La Iglesia mi madre os encomiendo con la exaltación del santo nombre del Altísimo, la dilatación de su ley evangélica, la estimación y aprecio de las palabras de mi Hijo santísimo, la memoria de su vida y muerte, y la ejecución de toda su doctrina. Amad, hijos míos, a la santa Iglesia, y de todo corazón unos a otros con aquel vínculo de la caridad y paz que siempre os enseñó vuestro Maestro (1). Y a vos, Pedro, pontífice santo, os encomiendo a Juan mi hijo, y también a los demás.

Acabó de hablar María santísima, cuyas palabras como flechas de divino fuego penetraron y derritieron los corazones de todos los apóstoles y circunstantes, y rompiendo todos en arroyos de lágrimas y dolor irreparables se postraron en tierra, moviéndola y enterneciéndola con gemidos y sollozos: llorando todos, y lloró también con ellos la dulcísima María, que no quiso resistir a tan amargo y justo llanto de sus hijos. Y después de algún espacio les habló otra vez, y les pidió que con Ella y por Ella orasen todos en silencio, y así lo hicieron.

Se reclinó María santísima en su tarima o lecho; quedándole la túnica como unida al sagrado cuerpo, puestas las manos juntas y toda enardecida en la llama del divino amor. Y cuando los ángeles llegaron a cantar aquellos versos del capítulo II de los Cantares: Surge, prospera, amica mea, etc., que quiere decir: Levántate, y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, que ya pasó el invierno, etc., en estas palabras pronunció Ella las que su Hijo santísimo en la cruz:

(1) Joan. XIII, 54.

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu (1). Cerró los virginales ojos, y expiró. La enfermedad que le quitó la vida fué el amor, sin otro achaque ni accidente alguno. Y el modo fué, que el poder divino suspendió el concurso milagroso con que la conservaba las fuerzas naturales, para que no se resolviesen con el ardor y fuego sensible que la causaba el amor divino; y cesando este milagro hizo su efecto, y la consumió el húmido radical del corazón, y con él faltó la vida natural.

Pasó aquella purísima alma desde su virginal cuerpo a la diestra y trono de su Hijo Santísimo, donde en un instante fué colocada con inmensa gloria. El sagrado cuerpo de María santísima, que había sido templo y sagrario de Dios vivo, quedó lleno de luz y resplandor, y despidiendo de sí tan admirable y nueva fragancia, que todos los circunstantes eran llenos de suavidad interior y exterior. Los mil ángeles de la custodia de María santísima quedaron guardando el tesoro inestimable de su virginal cuerpo. Los apóstoles y discípulos entre lágrimas de dolor y júbilo de las maravillas que veían, quedaron como absortos por algún espacio; y luego cantaron muchos himnos y salmos en obsequio de María santísima ya difunta.

(1) Luc. XXIII, 46.

CAPITULO XXXVIII

Del entierro del sagrado cuerpo de María santísima.

Para que los apóstoles, discípulos y otros muchos fieles no quedaran oprimidos, y que algunos no murieran con el dolor que recibieron en el tránsito de María santísima, fué necesario que el poder divino con especial providencia obrase en ellos el consuelo, dándoles esfuerzo particular con que dilatasen los corazones en su incomparable aflicción; porque la desconfianza de no haber de restaurar aquella pérdida en la vida presente no hallaba desahogo; la privación de aquel tesoro no conocía recompensa; y como el trato y conversación dulcísima, caritativa y amabilísima de la gran Reina tenía robado el corazón y amor de cada uno, todos quedaron sin Ella como sin alma y sin aliento para vivir, careciendo de tal amparo y compañía. Pero el Señor, que conocía la causa de tan justo dolor, les asistió en él, y con su virtud divina los animó ocultamente para que no desfallecieran, y acudieran a lo que convenía disponer del sagrado cuerpo, y a todo lo demás que pedía la ocasión.

Con esto los apóstoles santos, a quienes principalmente tocaba este cuidado, trataron luego de que se le diese conveniente sepultura al cuerpo santísimo de su Reina y Señora. Señaláronle en el valle de Josafat un sepulcro nuevo, que allí estaba prevenido misteriosamente por la providencia de su santísimo Hijo. Y acordándose los apóstoles que el cuerpo deificado del mismo Señor había sido ungido con unguentos preciosos y aromáticos (1), conforme a la costumbre de los

(1) Joan. XIX, 40.

judíos, para darle sepultura, envolviéndole en la santa sábana y sudario; parecióles que se hiciera lo mismo con el virginal cuerpo de su beatísima Madre, y no pensaron entonces otra cosa. Para ejecutar este intento llamaron a las dos doncellas que habían asistido a la Reina en su vida, y quedaban señaladas por herederas del tesoro de sus túnicas; y a estas dos dieron orden que ungiesen con suma reverencia y recato el cuerpo de la Madre de Dios, y le envolviesen en la sábana, para ponerle en el féretro. Las doncellas entraron con grande veneración y temor al oratorio donde estaba en su tarima la venerable difunta, y el resplandor que la vestía las detuvo y deslumbró de suerte, que ni pudieron tocarle ni verle, ni saber en qué lugar determinado estaba.

Saliéronse del oratorio las doncellas con mayor temor y reverencia que entraron; y no con pequeña turbación y admiración dieron cuenta a los apóstoles de lo que les había sucedido. Ellos confirmaron (no sin inspiración del cielo) que no se debía tocar ni tratar con el orden común aquella sagrada arca del Testamento. Y luego entraron san Pedro y san Juan al mismo oratorio, y conocieron el resplandor; y junto con eso oyeron la música celestial de los ángeles que cantaban: Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es Contigo.—Otros repetían: Virgen antes del parto, en el parto, y después del parto.—Y desde entonces muchos fieles de la primitiva Iglesia tomaron devoción con este divino elogio de María santísima; y desde allí por tradición se derivó a los demás que hoy le confesamos, y le confirmó la santa Iglesia. Los dos apóstoles santos. Pedro y Juan, estuvieron un rato suspensos con admiración de lo que oían y miraban sobre el sagrado cuerpo de su Reina; y para deliberar lo que debían hacer, se pusieron de rodillas en oración, pidiendo al Señor se lo

manifestase: y luego oyeron una voz que les dijo: *Ni se descubra ni se toque el sagrado cuerpo.*

Con esta voz se les dió inteligencia de la voluntad divina, y luego trajeron unas andas o féretro; y templándose un poco el resplandor, se llegaron a la tarima donde estaba, y los dos mismos apóstoles con admirable reverencia trabaron de la túnica por los lados, y sin descomponerla en nada levantaron el sagrado y virginal tesoro, y le pusieron en el féretro con la misma compostura que tenía en la tarima. Puesto en el féretro se moderó más el resplandor, y todos pudieron percibir y conocer con la vista la hermosura del virgíneo rostro y manos, disponiéndolo así el Señor para común consuelo de todos los presentes. En lo demás reservó su omnipotencia aquel divino tálamo de su habitación, para que ni en vida ni en muerte nadie viese alguna parte de él, más de lo que era forzoso en la conversación humana, que era su honestísima cara, para ser conocida, y las manos con que trabajaba.

Luego trataron los apóstoles del entierro; y con su diligencia y la devoción de los fieles, que había muchos en Jerusalén, se juntaron gran número de luces. Los apóstoles levantaron el sagrado cuerpo y tabernáculo de Dios, llevando sobre sus hombros estos nuevos sacerdotes de la ley evangélica el propiciatorio de los divinos oráculos y favores, y con ordenada procesión partieron del Cenáculo para salir de la ciudad al valle de Josafat; y éste era el acompañamiento visible de los moradores de Jerusalén. Pero a más de éste había otro invisible de los cortesanos del cielo; porque en primer lugar iban los mil ángeles de la Reina continuando su música celestial, que oían los apóstoles, discípulos y otros muchos; y perseveró tres días continuos con gran dulzura y suavidad. Descendieron también de las alturas otros muchos millares o legiones de ángeles con los antiguos padres y profetas, especialmente san

Joaquín, santa Ana, san José, santa Isabel y el Bautista, con otros muchos santos que desde el cielo envió nuestro Salvador Jesús para que asistiesen a las exequias y entierro de su beatísima Madre.

Con todo este acompañamiento del cielo y de la tierra, visible e invisible, caminaron con el sagrado cuerpo; y en el camino sucedieron grandes milagros, que sería necesario detenerme mucho para referirlos. En particular todos los enfermos de diversas enfermedades (que fueron muchos los que acudieron) quedaron perfectamente sanos. Muchos endemoniados fueron libres, sin atreverse a esperar los demonios que se acercasen al santísimo cuerpo las personas donde estaban. Y mayores fueron las maravillas que sucedieron en las conversiones de muchos judíos y gentiles, porque en esta ocasión de María santísima se franquearon los tesoros de la divina misericordia, con que vinieron muchas almas al conocimiento de Cristo nuestro bien, y a voces le confesaban por Dios verdadero y Redentor del mundo, y pedían el bautismo. En muchos días después tuvieron los apóstoles y discípulos que trabajar en catequizar y bautizar a los que se convirtieron en aquel día a la santa fe. Los apóstoles llevando el sagrado cuerpo sintieron admirables efectos de la divina luz y consolación, y los discípulos la participaron respectivamente. Todo el concurso de la gente, con la fragancia que derramaba, y la música que se oía, y otras señales prodigiosas, estaba como atónito, y todos predicaban a Dios por grande y poderoso en aquella criatura; y en testimonio de su conocimiento herían sus pechos con dolorosa compunción.

Llegaron al puesto donde estaba el dichoso sepulcro en el valle de Josafat. Y los mismos apóstoles, san Pedro y san Juan, que levantaron el celestial tesoro de la tarima al féretro, le sacaron de él con la misma reverencia y facilidad, y le colocaron en el se-

pulcro, y le cubrieron con una toalla, obrando más en todo esto las manos de los ángeles que las de los apóstoles. Cerraron el sepulcro con una losa, conforme a la costumbre de otros entierros; y los cortesanos del cielo se volvieron a él, quedando los mil ángeles de guarda de la Reina continuando la de su sagrado cuerpo con la misma música que la habían traído. El concurso de la gente se despidió; y los santos apóstoles y discípulos con tiernas lágrimas volvieron al Cenáculo: y en toda la casa perseveró un año entero el olor suavísimo que dejó el cuerpo de la gran Reina, y en el oratorio duró muchos años. Y quedó en Jerusalén por casa de refugio aquel santuario para todos los trabajos y necesidades de los que en él buscaban su remedio; porque todos le hallaban milagrosamente, así en las enfermedades, como en otras tribulaciones y calamidades humanas. Los pecados de Jerusalén y de sus moradores, entre otros castigos merecieron también ser privados de este beneficio tan estimable, después de algunos años que se continuaron estas maravillas.

En el Cenáculo determinaron los apóstoles que algunos de ellos y de los discípulos asistieran al sepulcro santo de su Reina mientras en él perseverara la música celestial, porque todos esperaban el fin de esta maravilla. Con aquel acuerdo acudieron unos a los negocios que se ofrecían de la Iglesia, para catequizar y bautizar a los convertidos; y otros volvieron luego al sepulcro, y todos le frecuentaron aquellos tres días. Pero san Pedro y san Juan estuvieron más continuos y asistentes; y aunque iban al Cenáculo algunas veces, volvían luego a donde estaba su tesoro y corazón.

CAPITULO ULTIMO

Entró en el cielo el alma de María santísima, y a imitación de Cristo nuestro Redentor volvió a resucitar su sagrado cuerpo.

Entró en el cielo empíreo nuestro Redentor Jesús con la purísima alma de su Madre a su diestra. Y sólo Ella entre todos los mortales no tuvo causa para que pasara por juicio particular, y así no le tuvo, ni se le pidió cuenta del recibo, ni se le hizo cargo; porque así se lo prometieron cuando la hicieron exenta de la común culpa, como elegida para Reina y privilegiada de las leyes de los hijos de Adán. Y por esta misma razón en el juicio universal, sin ser juzgada como los otros, vendrá también a la diestra de su Hijo santísimo, como conjuer de todas las criaturas. Y si en el primer instante de su Concepción fué aurora clarísima y refulgente, retocada con los rayos del sol de la Divinidad sobre las luces de los más ardientes serafines, y después se levantó hasta tocar con ella misma en la unión del Verbo con su purísima sustancia y humanidad de Cristo, consiguiente era que por toda la eternidad fuera compañera suya, con la similitud posible entre Hijo y Madre, siendo El Dios y Hombre, y Ella pura criatura. Con este título la presentó el mismo Redentor ante el trono de la Divinidad; y hablando con el eterno Padre en presencia de todos los bienaventurados, que estaban atentos a esta maravilla, dijo la Humanidad santísima estas palabras: Eterno Padre mío, mi amantísima Madre, vuestra Hija querida y Esposa regalada del Espíritu Santo, viene

a recibir la posesión eterna de la corona y gloria que para premio de sus méritos la tenemos preparada. Esta es la que nació entre los hijos de Adán, como rosa entre las espinas, intacta, pura y hermosa, digna de que la recibamos en nuestras manos y en el asiento a donde no llegó alguna de nuestras criaturas, ni pueden llegar los concebidos en pecado. Esta es nuestra escogida, única y singular, a quien dimos gracia y participación de nuestras perfecciones sobre la ley común de las otras criaturas; en la que depositamos el tesoro de nuestra divinidad incomprensible y sus dones; y la que fidelísimamente le guardó y logró los talentos que le dimos; la que nunca se apartó de nuestra voluntad, y la que halló gracia (1) y complacencia en nuestros ojos. Padre mío, rectísimo es el tribunal de nuestra misericordia y justicia, y en él se pagan los servicios de nuestros amigos con superabundante recompensa. Justo es que a mi Madre se le dé el premio como a Madre: y si en toda su vida y obras fué semejante a Mí en el grado posible a pura criatura, también lo ha de ser en la gloria y en el asiento en el trono de Nuestra Majestad, para que donde está la santidad por esencia, esté también la suma por participación.

Este decreto del Verbo humanado aprobaron el Padre y el Espíritu Santo: y luego fué levantada aquella alma santísima de María a la diestra de su Hijo y Dios verdadero, y colocada en el mismo trono real de la beatísima Trinidad, a donde hombres, ni ángeles ni serafines llegaron, ni llegarán jamás por toda la eternidad. Esta es la más alta y excelente preeminencia de nuestra Reina y Señora estar en el mismo trono de las divinas Personas, y tener lugar en él como Emperatriz, cuando los demás le tienen de siervos y ministros del sumo Rey.

No se puede reducir a palabras el nuevo gozo que

(1) Luc. I, 30.

recibieron este día los bienaventurados, cantando nuevos cánticos de loores al Omnipotente, y a la gloria de su Hija, Madre y Esposa, en quien glorificaba las obras de su diestra. Y aunque al mismo Señor no le puede venir ni suceder nueva gloria interior, porque toda la tuvo y tiene inmutable e infinita desde su eternidad; pero con todo eso las demostraciones exteriores de su agrado y complacencia en el cumplimiento de sus eternos decretos fueron mayores en este día, porque salía una voz del trono real, como de la persona del Padre, que decía: En la gloria de nuestra dilecta y amantísima Hija se cumplieron nuestros deseos y voluntad santa, y se ha ejecutado con plenitud de nuestra complacencia. A todas las criaturas dimos el ser que tienen, criándolas de la nada, para que participasen de nuestros bienes y tesoros infinitos conforme a la inclinación y peso de nuestra bondad inmensa. Este beneficio malograron los mismos a quienes hicimos capaces de nuestra gracia y gloria. Sola nuestra querida y nuestra Hija no tuvo parte en la inobediencia y prevaricación de los demás. Y Ella mereció lo que despreciaron como indignos los hijos de perdición; y nuestro corazón no se halló frustrado en Ella por ningún tiempo ni momento. A Ella pertenecen los premios que con nuestra voluntad común y condicionada preveníamos para los ángeles inobedientes, y para los hombres que los han imitado, si todos cooperaran con nuestra gracia y vocación. Ella recompensó este desacato con su rendimiento y obediencia, y nos complació con plenitud en todas sus operaciones, y mereció el asiento en el trono de Nuestra Majestad.

El día tercero que el alma santísima de María gozaba de esta gloria para nunca dejarla, manifestó el Señor a los santos su voluntad divina de que volviese al mundo, y resucitase su sagrado cuerpo uniéndose con él, para que en cuerpo y alma fuese otra vez levan-

tadá a la diestra de su Hijo santísimo, sin esperar a la general resurrección de los muertos. La conveniencia de este favor y la consecuencia que tenía con los demás que recibió la Reina del cielo, y con su sobreexcelente dignidad, no la podían ignorar los santos; pues a los mortales es tan creíble, que cuando la santa Iglesia no la aprobara, juzgáramos por impío y estulto al que pretendiera negarla. Pero conociéronla los bienaventurados con mayor claridad, y la determinación del tiempo y hora, cuando en Sí mismo les manifestó su eterno decreto. Y cuando fué tiempo de hacer esta maravilla, descendió del cielo el mismo Cristo nuestro Salvador, llevando a su diestra el alma de su beatísima Madre, con muchas legiones de ángeles, y los padres y profetas antiguos. Y llegaron al sepulcro en el valle de Josafat, y estando todos a la vista del virginal templo, habló el Señor con los santos, y dijo estas palabras:

 Mi Madre fué concebida sin mácula de pecado, para que de su virginal sustancia purísima y sin mácula me vistiese de la humanidad en que vine al mundo, y le redimí del pecado. Mi carne es carne suya; y Ella cooperó Conmigo en las obras de la Redención: y así debo resucitarla como Yo resucité de los muertos, y que esto sea al mismo tiempo y a la misma hora; porque en todo quiero hacerla mi semejante.—Todos los antiguos santos de la naturaleza humana agradecieron este beneficio con nuevos cánticos de alabanza y gloria del Señor. Y los que especialmente se señalaron fueron nuestros primeros padres Adán y Eva, después de ellos santa Ana, san Joaquín y san José, como quien tenía particulares títulos y razones para engrandecer al Señor en aquella maravilla de su omnipotencia. Luego la purísima alma de la Reina con el imperio de Cristo su Hijo santísimo entró en el virginal cuerpo, y le informó y resucitó, dándole nueva vida inmortal y gloriosa, y comunicándole los cuatro dotes de claridad,

impasibilidad, agilidad y sutileza, correspondientes a la gloria del alma, de donde se derivan a los cuerpos.

Con estas dotes salió María santísima en alma y cuerpo del sepulcro, sin remover ni levantar la piedra con que estaba cerrado, quedando la túnica y toalla compuestas en la forma que cubrían su sagrado cuerpo. Y porque es imposible manifestar su hermosura, belleza y refulgencia de tanta gloria, no me detengo en esto. Bástame decir, que como la divina Madre dió a su Hijo santísimo la forma de hombre en su tálamo virginal, y se la dió pura, limpia, sin mácula e impecable para redimir al mundo: así también en retorno de esta dádiva la dió el mismo Señor en esta Resurrección y nueva generación otra gloria y hermosura semejante a Sí mismo. Y en este comercio tan misterioso y divino cada uno hizo lo que pudo; porque María santísima engendró a Cristo asimilado a Sí misma en cuanto fué pasible; y Cristo la resucitó a Ella, comunicándole de su gloria cuanto Ella pudo recibir en la esfera de pura criatura.

Luego desde el sepulcro se ordenó una solemnísimá procesión con celestial música por la región del aire, por donde se fué alejando para el cielo empíreo. Y sucedió esto a la misma hora que resucitó Cristo nuestro Salvador, domingo inmediato después de media noche; y así no pudieron percibir esta señal por entonces todos los apóstoles, fuera de algunos que asistían y velaban al sagrado sepulcro.

Entraron en el cielo los santos y ángeles con el orden que llevaban; y en el último lugar iban Cristo nuestro Salvador, y a su diestra la Reina vestida de oro de variedad (como dice David) (1), y tan hermosa que pudo ser admiración de los cortesanos del cielo. Convirtiéronse todos a mirarla y bendecirla con nuevos júbilos y cánticos de alabanza. Allí se oyeron aquellos elogios misteriosos que la dejó escritos Salomón:

(1) Psalm. XLIV, 10.

Salid, hijas de Sión, a ver a vuestra Reina, a quien alaban las estrellas matutinas y festejan los hijos del Altísimo. ¿Quién es ésta que sube del desierto como varilla de todos los perfumes aromáticos (1)? ¿Quién es ésta que se levanta como la aurora, más hermosa que la luna, electa como el sol, y terrible como muchos escuadrones ordenados (2)? ¿Quién es ésta que asciende del desierto asegurada en su dilecto, y derramando delicias con abundancia (3)? ¿Quién es ésta en quien la misma Divinidad halló tanto agrado y complacencia sobre todas sus criaturas, y la levanta sobre todas al trono de su inaccesible luz y majestad? ¡Oh maravilla nunca vista en estos cielos! ¡oh novedad digna de la sabiduría infinita! ¡oh prodigio de su omnipotencia que así la magnificas y engrandeces!

Con estas glorias llegó María santísima en cuerpo y alma al trono real de la beatísima Trinidad: y las tres divinas Personas la recibieron en él con un abrazo indisoluble. El eterno Padre la dijo: Asciende más alto que todas las criaturas, electa mía, hija mía y paloma mía.—El Verbo humanado dijo: Madre mía, de quien recibí el ser humano y el retorno de mis obras con tu perfecta imitación, recibe ahora el premio de mi mano que tienes merecido.—El Espíritu Santo dijo: Esposa mía amantísima, entra en el gozo eterno que corresponde a tu fidelísimo amor, y goza sin cuidados, que ya se pasó el invierno del padecer (4), y llegaste a la posesión eterna de nuestros abrazos.—Allí quedó absorta María santísima entre las divinas Personas, y como anegada en aquel piélago interminable y en el abismo de la Divinidad; los santos llenos de admiración, de nuevo gozo accidental.

Dejamos a nuestra gran Señora a la diestra de su

(1) Cant, III, 6.

(2) Ibid. VI, 9.

(3) Ibid. VIII, 5.

(4) Ibid. II, 11.

Hijo santísimo reinando por todos los siglos de los siglos. Volvamos ahora a los apóstoles y discípulos, que sin enjugar sus lágrimas asistían al sepulcro de María santísima en el valle de Josafat. San Pedro y san Juan, que fueron los más perseverantes y continuos, reconocieron el día tercero que la música celestial había cesado, pues ya no la oían; y como ilustrados con el Espíritu divino coligieron que la purísima Madre sería resucitada y levantada a los cielos en cuerpo y alma como su Hijo santísimo. Confirieron este dictamen, confirmándose en él; pero san Pedro como cabeza de la Iglesia determinó que de esta verdad y maravilla se tomase el testimonio posible, que fuese notorio a los que fueron testigos de su muerte y entierro. Para esto juntó a todos los apóstoles y discípulos y otros fieles a vista del sepulcro, a donde el mismo día los llamó. Propúsoles las razones que tenía para el juicio que todos hacían, y para manifestar a la Iglesia aquella maravilla que en todos los siglos sería venerable, y de tanta gloria para el Señor y su beatísima Madre. Aprobaron todos el parecer del Vicario de Cristo, y con su orden levantaron luego la piedra que cerraba el sepulcro; y llegando a reconocerle, le hallaron vacío y sin el sagrado cuerpo de la Reina del cielo, y su túnica estaba tendida como cuando le cubría, de manera que se conocía había penetrado la túnica y lápida sin moverlas ni descomponerlas. Tomó san Pedro la túnica y toalla, adoróla él y todos los demás, quedando certificados de la Resurrección y Asunción de María santísima a los cielos; y entre gozo y dolor celebraron con dulces lágrimas esta misteriosa maravilla, y cantaron salmos e himnos en alabanza y gloria del Señor y de su beatísima Madre.

Pero con la admiración y cariño estaban todos suspensos mirando al sepulcro sin poder apartarse de él, hasta que descendió y se les manifestó el angel del

Señor que les habló, y dijo: Varones galileos, qué os admiráis y detenéis aquí? Vuestra Reina y nuestra ya vive en alma y cuerpo en el cielo, y reina en él para siempre con Cristo. Ella me envía para que os confirme en esta verdad, y os diga de su parte que os encomienda de nuevo la Iglesia y conversión de las almas, y dilatación del Evangelio; a cuyo ministerio quiere que volváis luego, como lo tenéis encargado, que desde su gloria cuidará de vosotros.—Con estas nuevas se confortaron los apóstoles, y en las peregrinaciones reconocieron su amparo, y mucho más en la hora de sus martirios; porque a todos y a cada uno les apareció en ellos y presentó sus almas al Señor. Otras cosas que se refieren del tránsito y resurrección de María santísima no se me han manifestado, y así no las escribo, ni en toda esta divina Historia he tenido más elección que decir lo que se me ha enseñado y mandado escribir (a).

(1) Hasta aquí la Ven. Madre de Agreda.

APÉNDICE

VOTO DEL CUARTO CONGRESO MARIANO INTERNACIONAL
celebrado en Zaragoza, desde el día 26 al 30 de Septiembre
de 1908.

III. *In Clerum Catholicum necnon Coetus Mariales Universales Patrocinium.*—Cum historicae veritati Evangelii Sancti Joannis Religiosus Modernismus repugnet; Sancti vero Evangelistae Fides, Puritas, Charitas et Fortitudo speculum sit omnibus nostri aevi clericis proponendum, omniumque discipulorum Jesu charissimus et ipsi conjunctissimus, Augustae vero Dei Matris servus fidelissimus: Episcopi, Sacerdotes, universique in Coetum Marialem Caesaraugustanum convenientes christifideles Sanctum Joannem Evangelistam Catholici Cleri Patronum unanimiter proclamant, immo suffragiorum favente pluralitate Marialium quoque Coetuum inter Nationes cogendorum.

VERSIÓN CASTELLANA

III. *Patronato del Clero Católico y de los Congresos Marianos Internacionales.*—Combatiendo el Modernismo Religioso la historicidad del Evangelio de San Juan; siendo la fe, pureza, caridad y fortaleza del Santo Evangelista espejo en donde se debe mirar el Clero de nuestros tiempos; habiendo sido San Juan el discípulo inseparable de Jesús y fidelísimo servidor de la augusta Madre de Dios: los Obispos, sacerdotes y fieles todos reunidos en el Congreso Mariano de Zaragoza (1) pro-

(1) Las naciones representadas en este Congreso, fueron las siguientes: Alemania, Grandes Antillas, Argelia, Argentina, Austria-Hungría, Baviera, Bélgica, Brasil, Canadá, Colombia, Chile, España, Estados Unidos y Filipinas, Francia, Guinea, Honduras, Inglaterra, Italia, Méjico, Perú, Polonia, Portugal, San Salvador, Sulza y Venezuela.

claman *por unanimidad* Patrono del Clero católico a San Juan Evangelista, y por mayoría de votos, Patrono también de los Congresos Marianos Internacionales.

Este doble Patronato fué aceptado por todo el Congreso: *expresamente y por aclamación unánime*, el primero; *indirectamente y por mayoría*, el segundo. El primero, a propuesta del Rvmo. Señor Obispo de San Carlos de Ancud, D. Ramón Angel Jara; el segundo, por haberse aceptado la propuesta del R. P. Postíus de someterse las diferentes secciones del Congreso al arbitrio y conciliación de los Prelados. Estos, oídos los alegatos en contra de todo patronato y las razones en pro de San José, de San Juan Evangelista y de San Alfonso María de Ligorio, votaron por mayoría a San Juan Evangelista. Como medio para fomentar esta devoción y traducirla en algo práctico, se recomendó a los sacerdotes congresistas la siguiente oración, honrada con un autógrafo de Su Santidad el Papa Pío X, del día 9 de Julio de 1908:

Congaudemus tibi, beate Joannes, qui privilegio amoris praecipui, ceteris discipulis altius honoratus es a Christo Jesu: dignus habitus, qui supra pectus Ejus in coena recumberes, et cui Matrem Ipse suam moriturus commendaret. Scimus id te meruisse propter specialem praerogativam castitatis; quia virgo electus a Domino, virgo in aevum permansisti. Ita, quum fluenta Evangelii de ipso dominici pectoris fonte potasses, uberius et sublimius aliis de Christi divinitate locutus es; quumque de ipso divini Cordis incendio amoris flammam concepisses, non miramur te unum discipulum Jesu patienti adhesisse individuum comitem, ac deinceps talia scripsisse, ut merito appellatus sis caritatis Apostolus. Decet enimvero nos, qui, divinae bonitatis munere, ministri Christi sumus et dispensatores mysteriorum Dei, intueri te, tanquam propositum nobis

ad imitandum exemplar: decet autem te, quod supplices quaesumus, nobis apud Jesum et Mariam adesse patronum proprium et peculiarem. Fac igitur, ut digne ambulemus vocatione, qua vocati sumus; praesertim, ut ea, qua par est, mentis et corporis puritate, sacerdotalia obeamus munia, incensi studio divinae gloriae, intimam familiaritatem Sacratissimi Cordis Jesu consequamur, et Virginem Sanctissimam, datam de Cruce nobis omnibus post te Matrem, perstudiosae pietatis officii, quemadmodum tu fecisti, recreemus. Denique praesta, ut post mortalem vitam, inter seniores, numeremur, quos vidisti amictos vestimentis albis sedere circa thronum Agni Immaculati, qui *dignus est accipere honorem, benedictionem et gloriam in saecula saeculorum*. Amén. (300 días de indulgencia y plenaria el día de San Juan) (1).

(1) Actas del Congreso Mariano Internacional celebrado en Zaragoza; pág. 106.

INDICE

	Págs.
Algunas palabras antes del prólogo	7
Prólogo	9
CAPÍTULO I. Vocación de san Juan al Apostolado . . .	13
CAPÍTULO II. San Juan se señala más que los otros Apóstoles en el amor y reverencia a la santísima Virgen. Desea la Madre de Dios que la Venerable imite a san Juan.	16
CAPÍTULO III. San Juan en las bodas de Caná. El novio no es este Evangelista	22
CAPÍTULO IV. Acompaña María santísima a nuestro Salvador en la Predicación. Remedio que hallaban en María los discípulos y mujeres que seguían a Jesús.	28
CAPÍTULO V. Favores que recibieron los Apóstoles, en especial san Juan, de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre santísima; y por no tenerla Judas caminó a su perdición.	32
CAPÍTULO VI. Hállase san Juan en la transfiguración del Señor. En las ausencias de Cristo asiste a su Madre santísima. Resurrección de Lázaro y Cena en Betania.	48
CAPÍTULO VII. San Juan fué uno de los enviados a preparar la cena legal. Preguntó a Cristo quién era el traidor. Favores que recibió en el pecho de Jesús.	56
CAPÍTULO VIII. En la cena sacramental que Cristo celebra con sus Apóstoles, fué muy ilustrado de algunos misterios el Evangelista san Juan	71
CAPÍTULO IX. San Juan en la oración que hizo nuestro Salvador en el Huerto	86
CAPÍTULO X. Entrega y prendimiento de nuestro Salvador	98
CAPÍTULO XI. Proceder de san Pedro y san Juan en la prisión de su Maestro	107
CAPÍTULO XII. Llevan a nuestro Salvador atado a casa de Anás. Lo que hacen en este paso la Virgen, san Pedro y san Juan.	116

CAPÍTULO XIII. Cristo en casa de Caifás, es negado dos veces por san Pedro	123
CAPÍTULO XIV. Llevan a Jesús a casa de Pilatos, y le sale al encuentro María santísima con san Juan y las tres Marías	129
CAPÍTULO XV. Remite Pilatos a Herodes la causa y persona del Salvador. Llanto de san Juan y las Marías.	138
CAPÍTULO XVI. Fué azotado, coronado de espinas y escarnecido nuestro Salvador Jesús; y lo que en este paso hicieron María santísima, san Juan y las Marías	146
CAPÍTULO XVII. Lleva su Majestad la cruz a cuestras, siguiéndole su Madre santísima con san Juan y las Marías	158
CAPÍTULO XVIII. Las siete palabras que habló Jesús clavado en la cruz	168
CAPÍTULO XIX. Parte que tomó san Juan en el descendimiento y sepultura de Jesús.	186
CAPÍTULO XX. Humildísima contienda entre la Reina del Cielo y san Juan. Lágrimas de san Pedro y de los demás apóstoles	198
CAPÍTULO XXI. El Discípulo amado conoció por la alegría de la Reina del Cielo, que Jesús había resucitado.	205
CAPÍTULO XXII. San Juan llega el primero al sepulcro; y conoce en el mar de Tiberiades a Cristo nuestro Señor.	210
CAPÍTULO XXIII. La Ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos. Lleva a su Madre consigo para darle la posesión de la gloria	223
CAPÍTULO XXIV. Desciende del cielo a la tierra María santísima. Sólo san Juan tuvo noticia de la subida de María al cielo	238
CAPÍTULO XXV. El Evangelista san Juan en el capítulo XXI del Apocalipsis habla a la letra de la visión que tuvo, cuando vió descender del cielo a María santísima Señora nuestra	242
CAPÍTULO XXVI. Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo XXI del Apocalipsis	255
CAPÍTULO XXVII. La venida del Espíritu Santo y sucesos principales en aquellos días	267
CAPÍTULO XXVIII. Persecuciones que sufrieron los apóstoles, y favores que María santísima hacía a los primeros cristianos.	278

CAPÍTULO XXIX. Repartimiento del mundo a los apóstoles. Suerte de san Juan	288
CAPÍTULO XXX. Manifiesta María santísima a san Juan otra nueva persecución; y por orden del Evangelista determina ir a Efeso.	293
CAPÍTULO XXXI. Parte María santísima con san Juan para Efeso. Predicación del Evangelista en esta ciudad	300
CAPÍTULO XXXII. Vuelve de Efeso a Jerusalén María santísima acompañada de san Juan	307
CAPÍTULO XXXIII. Celebran concilio los Apóstoles	314
CAPÍTULO XXXIV. El principio que tuvieron los Evangelistas y sus Evangelios	318
CAPÍTULO XXXV. Obras de la vida perfectísima de María Santísima, en las que tuvo alguna participación el apóstol san Juan	325
CAPÍTULO XXXVI. Tuvo María santísima embajada del Altísimo de que la restaban tres años de vida; y lo que sucedió con este aviso a san Juan	330
CAPÍTULO XXXVII. El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima	335
CAPÍTULO ÚLTIMO. Entró en el cielo el alma de María santísima, y a imitación de Cristo nuestro Redentor volvió a resucitar su sagrado cuerpo.	345
APÉNDICE. San Juan Evangelista Patrono del Clero católico.	353
INDICE	357

FE DE ERRATAS

PÁG.	LIN.	DICE:	DEBE DECIR:
20	27	purísima	piísima
152	1. ^a	Este es seductor	Este seductor
153	3. ^a	tenían	tenía
250	23	El	el
290	27	Cadocia	Capadocia
313	25	heber	haber
338	31	prospera,	propera.

Obras de la Venerable Madre de Agreda

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS (Cuatro tomos con 2.700 páginas en 8.º) «Esa obra, decía don Guéranguer, será siempre una de las más grandes que ha producido el genio del hombre; en toda ella domina lo sobrenatural y por lo tanto su lectura no puede menos de aprovechar a cualquier clase de almas.»

AUTOBIOGRAFÍA DE LA VENERABLE (un tomo, el V de la obra precedente, de 400 páginas en 8.º) Muy recomendada por la Real Academia de la Historia, el 2 de Enero de 1915.

CORRESPONDENCIA EPISTOLAR ENTRE LA VENERABLE Y FELIPE IV. (Dos tomos con 1 500 páginas en 4.º mayor). Va precedida de un magistral Bosquejo histórico de D Francisco Silvela. Han elogiado esta obra la Real Academia Española, el Sr. Marqués de Molins, D. Joaquin Sánchez Toca y el señor Pérez Villamil.

ESCALA PARA SUBIR A LA PERFECCIÓN. (Un tomo en 8.º de 128 páginas). «Es todo el libro una exposición casi completa del sistema ascético-místico de la Venerable. No se desliza a temeridad e ignorancia tratando los puntos más difíciles, sutiles y escabrosos, y en todos los asuntos que toca ahuyenta ignorancias, excita a obrar acciones heroicas y estampa documentos altísimos que han de prestar mucha utilidad a todos, pero singularmente a los directores de almas. Cautivan poderosamente la atención las sapientísimas reglas que traza para descubrir el camino falso y engañoso de la virtud, y con tal acierto y claridad las establece, que nos parece haber en esto la Venerable Sor Maria, aventajado a todos los autores que han tratado de esclarecer materia tan erizada de dificultades...» *Ilustración del Clero.*

LEYES DE LA ESPOSA ENTRE LAS HIJAS DE SIÓN DILECTÍSIMA... (Un tomo en 8.º; de 100 pág.) Hermosa joya literaria y mística.

SANTIAGO Y NUESTRA SEÑORA DEL PILAR (Folleto de 60 páginas). Contiene la relación más detallada que existe sobre la venida de la santísima Virgen a Zaragoza.

EL PATRIARCA SAN JOSÉ. (300 páginas en 8.º, con ocho láminas).

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. (400 pgs. en 8.º).

RECONOCIMIENTO Y TRASLACIÓN DEL CUERPO DE LA VENERABLE. (70 páginas en 8.º).

LA VEN. SOR MARÍA DE JESÚS. Sus reliquias, su vida, sus obras; por el P. Nazario Pérez, S. J. 94 páginas.

TERCER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LA VEN. (Folleto de 63 páginas).

VISITEMOS LA CIUDAD MÍSTICA DE DIOS DURANTE EL SANTO ROSARIO. 21 páginas.

LA AUTORA DE LA MÍSTICA CIUDAD DE DIOS. 80 páginas en 8.º; por el P. Fr. Pedro Fabo, agustino. Contiene varios fotograbados de objetos de la Venerable y del convento que fundó y en que murió.

De venta en el Convento de Concepcionistas de Agreda, en LA EDITORIAL, Coso, 86, Zaragoza, y Librerías Católicas.

La Venerable Sor María de Jesús ante los teólogos, ascetas, historiadores y políticos.

R. P. PHILIPPI ARANDA, MONEVENSIS E S. J. DE DIVINI VERBI INCARNATIONE... (1691. Cæsaraugustæ gascan), tratando de la cuestión «an Christus venisset etiam Adamo non peccante», dice refutando a santo Tomás «Opponi enim possent Magnus Albertus, Alexander Alensis, Schotus et Suárez, qui judicant probabilius: et *V. María de Jesu quæ cælitus (ut opinor) edocta*, ponit ut verum.»

QUADROS S. J. (P. DIEGO DE), alega la autoridad de la V. Agreda, para probar la opinión piadosa de la Inmaculada. *Tractatus Theologicus de Incarnatione Verbi Divini. Matriti*, 1734.—Disput. VIII. c. 3.

ISLA (P. JOSÉ FRANCISCO, S. J.), alabando al P. Croisset, dice: «en la fiesta de la Presentación, no puede estar más tierno, ni más sólido, sin desviarse un punto de lo que dice la Madre Agreda.» *Obras edit. Ryvadeneira*, págs. 565 y 566.

CÉPEDA (P. FÉLIX A.), del I. C. de María. *El Mes de las Flores. Sermones.* (Madrid. Edit. del Corazón de María, 1915). En las págs. 33 y 172 cita y sigue a la Venerable.

En el «Catálogo de los libros que procurará tener el sacerdote» señala entre los propios para lectura espiritual la *Mística Ciudad*. (Ananias.—Guía y Amigo del Sacerdote ejercitante. 1916, pág. 664).

CALATAYUD (P. PEDRO DE), S. J.—*Exercicios Espirituales para eclesiásticos y ordenandos.*—Valladolid, 1748.—En la página 141, señalando los libros que recomienda especial-

mente a los sacerdotes, cita la *Mística Ciudad de Dios*, «obra digna de que todos la lean.»

TEXIER (M. L' ABBÉ), Directeur du «Regne du Jesus par Marie.—Les Paroles de la Sainte Vierge. — Lib. Oudin. Paris, 1910.—Este libro está entretejido con revelaciones de almas santas, entre las cuales, como se nota en el prólogo, se da la preferencia a la Venerable.

GARCÉS (P. ANTONIO), O. P. — Cartas de Favor en nombre de María Santísima a sus devotos. Pamplona, 1756. A cada paso cita a Sor María y copia de ella largos párrafos.

BESSE (P. LUDOVIC DE O. M.).—Marie révélée a ses enfants. «Basado en las revelaciones de la *Mística Ciudad*, cuya quinta esencia resume», según St. Jhon.

CARDAVERAZ (P. AGUSTÍN DE).—Cuenta de conciencia al P. Loyola. Noviembre de 1733. «De la lección de libros, aunque he leído muchas y repetidas veces las obras de santa Gertrudis, santa Teresa, las de Bona y del P. Casnedi y otros Padres, nunca dejo las de la Madre Agreda, que contienen mucha y celestial doctrina, y aunque las he leído desde el siglo, en la Religión, artista y teólogo, cada día me enseñan y mueven más »

HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, por M. el Barón Henrion, y traducida por Epifanio Díaz Iglesias. (Edic. 2.^a - Madrid, 1853, vol. 6, lib. 82, al historiar el año 1695, dice): «Debemos añadir que las Universidades de España, en lugar de condenar a María de Agreda, la aprobaron altamente, y que sus adversarios, no pudieron obtener que fuese censurada en Roma. Lo demás, por los frutos se debe juzgar el árbol, y en el número de testimonios graves y respetables que se han dado en favor de María de Agreda podemos citar el del abate Emery, restaurador del Seminario de San Sulpicio. Este personaje venerable no vacilaba en decir que no había conocido

bien a Jesucristo y a su santísima Madre; hasta que leyó a María de Agreda.»

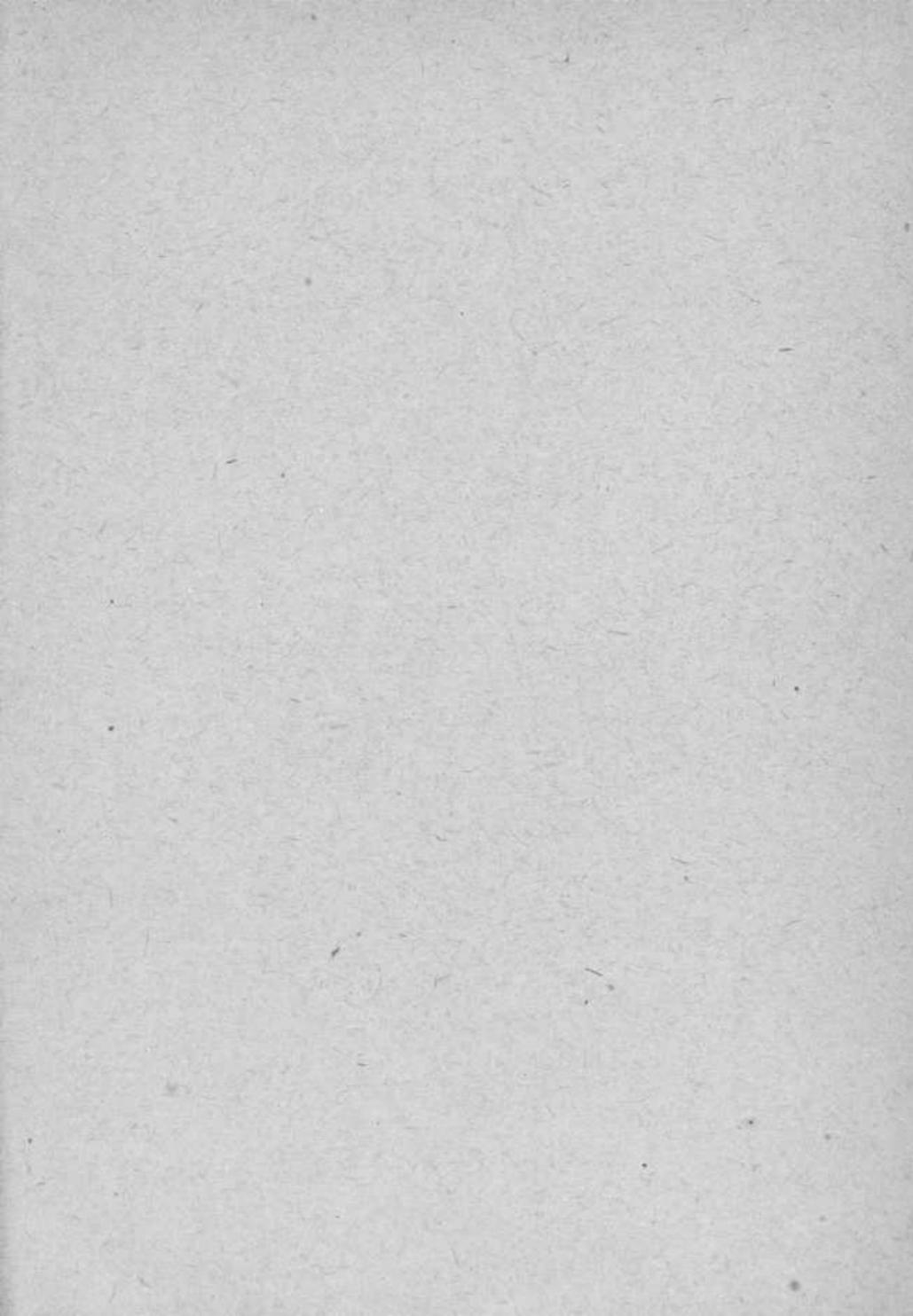
NICOLÁS ANTONIO.—Bibliotheca Hispana Nova. Vol. 2.º.—Matriti, 1788. Dice así: «María de Jesu, olim, seu familiari cognomine Coronel, Graecurri (Agreda est in Aragoniæ confinio Castellæ municipium) nata, inter moniales Immaculatæ Deiparæ Virginis Conceptionis ejusdem loci, quæ S. Francisci profitetur regulam, virgo Deo facta, eximie sanctitatis opinione olim clara, cerciorem eam in dies clarioremque tota Hispania et apud omnes hominum ordines magnis virtutibus, singularibusque sibi dispensatis e coelo donis, usque ad mortem reddidit.

Haec ipsa mirabilis femina revelata sibi de Jesu Christi Domini Nostri et Mariæ ejus Matris vita et rebus gestis quamplurima mysteria ignota, inaudita hactenus, comprehendisse dicitur in quodam opere, quod a viris undique doctissimis et piissimis diligentissime examinatum, riteque approbatum, typis nuper Matritensibus subjectum, tribus contentum tomis hoc titulo: *Mystica Ciudad de Dios*, «alias *Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios María Santísima.*» Matriti, 1670, in folio...».

MELLA (VÁZQUEZ DE) en el *Homenaje a Santa Teresa* compara esta santa a la Venerable en las dotes de gobierno; y llama a la Venerable «monja estadista, cuyas dotes de gobierno brillan con extraordinario esplendor.» Pág. 116.

MARIN DEL CAMPO (D. JUAN), cita y alaba varias veces a la Venerable en artículos publicados en la «*Lectura Popular*» y el «*Siglo Futuro*».

Véanse en la *BIOGRAFÍA DE LA VENERABLE*, tomo V y en el VI, otros muchos testimonios.









SS-D

228